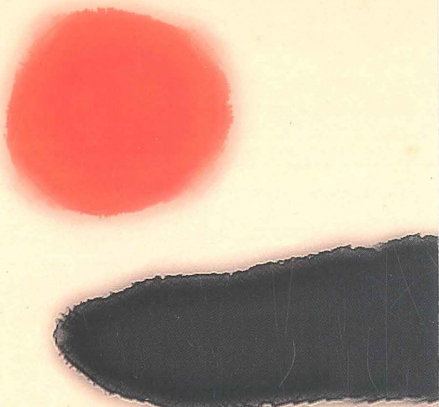


Ihara Saikaku

# Cinco Amantes Apasionadas

Traducción: Javier Sologuren - Akira Sugiyama





**Ihara Saikaku** (*Osaka, 1642-1693*), seudónimo del probable nombre de Togo Hirayama, fue uno de los autores más relevantes de la época de renovación Genroku en el siglo XVII. Escribió abundantes y magistrales *baikus* y *rengas*; pero destacó en la prosa, siendo uno de sus títulos más brillantes *Cinco amantes apasionadas*. Libro cargado de sugerencias y libertades para el amor, uno de los clásicos de la literatura japonesa, inicia auspiciosamente la Colección Orientalia del Centro de Estudios Orientales, que incluirá obras de gran importancia sobre diversas culturas de Oriente.

**De los traductores:**

Javier Sologuren (*Lima, 1921*), poeta, ensayista y traductor, fue becado por la Fundación Japón junto a Akira Sugiyama, traductor japonés y notable estudioso, para colaborar con la traducción de *Cinco amantes apasionadas*. Ambos han traducido también *El Japón, su belleza y yo*, de Yasunari Kawabata.







*CINCO AMANTES APASIONADAS*

*CINCO AMANTES APASIONADAS*

IHARA SAIKAKU

TRADUCCIÓN

DE

JAVIER SOLOGUREN Y AKIRA SUGIYAMA



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ  
FONDO EDITORIAL 1999

Colección Orientalia  
Centro de Estudios Orientales

Primera edición 1999

*CINCO AMANTES APASIONADAS*

Responsable de la colección: Ricardo Sumalavia

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18,  
San Miguel, Apartado 1761, Lima 100, Perú.  
Telfs. 460-0872 - 460-2870 - 460-2291, anexo 220-356

Diagramación: Lourdes Rodríguez Matysek

Ilustración de la carátula: Kitagawa Utamaro (1753-1806)  
Estampa 1800, *Amantes*

Ilustraciones interiores: Yoshida Hambei  
Dibujos realizados para la  
edición japonesa de 1686

Diseño de carátula: Enrique Ottone

ISBN: 9972-42-163-1

Impreso en el Perú - Printed in Peru

# ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| En torno a <i>Cinco Amantes Apasionadas</i><br>por Javier Sologuren | 9   |
| Historia de Onatsu y Seiyuro  | 21  |
| Historia de Osen y el tonelero                                      | 43  |
| Historia de Osan y Moemon   | 71  |
| Historia de Oshichi y Kichisaburo                                   | 99  |
| Historia de Oman y Guengobei  | 123 |

## *En torno a Cinco amantes apasionadas*

**A**UTOR DE *Cinco amantes apasionadas* y uno de los más grandes narradores del Japón de todos los tiempos, Ihara Saikaku nació en 1642 en Osaka, ciudad que a la sazón había alcanzado notable importancia, tanto por su numerosa población, como por su pujanza económica que superaban a la incipiente Edo, la actual Tokio. El *shogunato* había asegurado con firmeza el orden y la paz del país, condiciones que favorecieron el repunte de los *chōnin*, la clase comerciante a la cual pertenecía Saikaku. Es muy escasa la información que se tiene sobre la vida de este eminente escritor, paradójicamente tan conocido y popular en su época. Los escasísimos juicios que, tiempo después de su muerte, se emitieron sobre su obra son, por lo demás, cuando no mezquinos, faltos de comprensión para los valores substanciales que esta encarnaba. Como suele suceder, debió transcurrir un largo lapso para que se despertara un legítimo interés en torno del gran escritor, se estudiara su creación y se descubrieran sus altos méritos.

Para tener una idea del trascendente significado literario de Saikaku, basta saber que, al escribir *Kōshoku ichidai otoko*<sup>1</sup> (1682), su primera novela, dio el jalón inicial,

después de cinco largos siglos (los corridos a partir del *Genji monogatari*), realmente considerable en la narrativa japonesa, creando un nuevo género, el *ukiyo-zōchi*, sobre la base de libros cuyo tema es el mundo flotante, es decir, el de los barrios licenciosos adonde acudían, en pos de placeres, los comerciantes adinerados. Se origina así el realismo dentro de la expresión literaria japonesa; pero, como luego se verá, de un carácter muy especial.

Por el hecho de haber colaborado con Akira Sugiyama en la traducción al español de *Kōshoku gonin onna* (obra a la que le hemos dado el título de *Cinco amantes apasionadas*), es que estas breves páginas pueden pretender alguna validez. Sin embargo, no podemos soslayar sus relaciones naturales con las otras obras escritas por Saikaku, tales como *Kōshoku ichidai otoko y Kōshoku ichidai onna*,<sup>2</sup> de ahí las indispensables referencias a las mismas.

El título del libro que nos ocupa es ya de por sí interesante. Dos de los tres conceptos incluidos en él (*Kōshoku y gonin*) reclaman una cierta aclaración. *Kōshoku* constituye toda una constelación semánticamente centrada en la carnalidad (con las denotaciones de impudicia, lujuria, lascivia, sensualidad) que asimismo se presenta en la expresión *Kōshoku-mono* (las cosas referentes al placer sexual, a la voluptuosidad). Tales manifestaciones no se dan, al menos en el grado que parecen prometer, en las conductas de sus protagonistas. No hay nada que raye en lo obsceno o pornográfico en Onatsu, Osen, Oshichi, Oman y —como adelante veremos— en la cortesana Minagawa. Ninguna de estas mujeres busca, movida por la avidez carnal, la multiplicación de sus experiencias sexuales con otros amantes, tal como lo hacen la anónima protagonista de *Kōshoku ichidai onna*, víctima de la ninfomanía, o Yonosuke, el insaciable libertino cuyas aventuras se relatan en *Kōshoku ichidai otoko*, la primera

novela de Saikaku. Son todas ellas mujeres que, en aras de la pasión amorosa, todo lo dieron y todo lo arriesgaron, de ahí, la motivación del título que le hemos dado: *Cinco amantes apasionadas*. Por lo demás, *Kōshoku*, ya lo hemos visto, es palabra componente de otros títulos de Saikaku y su significado, como precisa Ivan Morris, varía según las épocas, y en las obras de Saikaku se desplaza el énfasis semántico de acuerdo con el tema predominante. Por eso, al desplegarse el abanico amoroso, la mirada puede deslizarse sobre colores y matices que van desde el correspondiente a la galantería hasta los que se refieren al epicureísmo y al hedonismo, pasando por los relativos al sentimiento romántico, al deseo, la sensibilidad, la distinción y el dandismo.

En lo concerniente al número de estas heroínas, bien pueden ser seis y no cinco; ya que en la «Historia de Onatsu y Seiyuro», Minagawa pone fin a su vida a causa de su pasión por Seiyuro y aunque Onatsu, que es la heroína del relato, pierde temporalmente la razón y hasta intenta suicidarse llevada por el mismo apasionado amor por Seiyuro, lo cierto es que su destino fue entregarse a la vida religiosa sin que llegara a pagar tales extremos con su vida.

Por otra parte, si se piensa hallar un desenvolvimiento paralelo en el curso de estas historias, nos percatamos de que tal cosa no existe. Aunque es verdad que Onatsu, Osan, Oshichi y Oman toman por su cuenta y riesgo la iniciativa amorosa y deciden su comportamiento frente a quienes serán sus amantes; no sucede así con Osen, a quien las astutas artes de una alcahueta la inducen a entregarse al tonelero, «ya cegada por la pasión». El fin que les aguarda es también diferente. Si bien en las primeras historias es lamentable —en especial la segunda, tercera y cuarta en las que perecen trágicamente—, no acontece otro tanto en la última, cuyo desenlace es absolutamente *asimétrico* respecto de las

precedentes. En efecto, Oman y Guengobei, después de arrastrar una existencia penosa, reciben una inmensa fortuna y —lo cual es más significativo— permanecen juntos para disfrutarla tanto como su fogoso amor. Esto es, sin vuelta de hoja, un desenlace feliz e insólito dentro del conjunto de relatos que comentamos.

Sin embargo, no queda allí el asunto. A Guengobei, el transformado amante de Oman, lo primero que se le ocurre, al vincular tantísimos bienes a sus deseos más poderosos, es cancelar las deudas contraídas por todas las cortesanas de Edo, Kioto y Osaka. Y aunque Saikaku no nos dice con qué propósito Guengobei llevaría a cabo semejante empresa (cosa, por lo demás innecesaria, ya que dicho rescate implicaba que las cortesanas pasaran a ser amantes de sus *redentores*), tal vez el lector no deje de asociarlos con los delirios fornicarios de Yonosuke, el anti-héroe de *Hombre lascivo y sin linaje*. Su técnica compositiva se presenta, además, con un mayor despliegue, particularmente, en la «Historia de Osan y Moemon», relato estructurado con impecable maestría.

La sensual pasión de Saikaku por lo concreto, múltiple y variado se advierte fácilmente en sus características enumeraciones y descripciones, tan pormenorizadas que, de no mediar su certero instinto artístico, podría reducirse a una fatigosa prolijidad. Son, por el contrario, sugestivos despliegues de objetos que, contrariando toda austeridad, estimulaban probablemente el gusto por el boato y la posesión material de la nueva clase adinerada, la del propio Saikaku, los *chōnin*, por entonces en vigoroso crecimiento. Léase, a modo de ejemplo, en la última historia, la página donde detalla la fabulosa fortuna que los padres de Oman ponen a disposición de Guengobei al entregarle las trescientas ochenta y tres llaves de la mansión y, con ello, el deslumbrante

inventario de sus bienes. Riqueza y fábula a la vez, ya que en ese tesoro se hallan

[...] salazones de carne de sirena, cubetas de ágata; el mazo para pilar el arroz que aparece en el cuento taoísta «El sueño de Hantán», el cofre del pescador Urashima Taro que visitó el palacio de la princesa Otojime en las profundidades del mar; el bolso de Bensaiten, la diosa de la música; la navaja con la que se rasuraba su larga cabeza Fukurokuyu, el dios de la felicidad, la lanza del guardián del cielo Bishamenten; el cedazo del dios de la riqueza Daikoku; el registro de pequeños gastos del dios de los comerciantes Ebisu, etcétera

Aquí se detiene Saikaku, quizás a regañadientes, venciendo su proclividad a agotar las facetas de un todo. Esta complacencia enumerativa es, verosímelmente, producto de su ya señalada afición sensual por las cosas, por sus calidades de belleza y rareza, y constituye una vía siempre abierta a su humor de burlas. Recordemos, asimismo que, según lo observa Ivan Morris, este cuento, el último del libro, también es el único dentro del conjunto que posee un *happy end*: «Saikaku habría conducido las cosas para concluir con una nota de deliberada irrealidad».

Es precisamente ante la realidad —es decir, en la perspectiva asumida por Saikaku ante ella— que se nos plantean problemas muy definidos e interesantes. De un lado, podemos percatarnos de que son esas aprehensiones menudas de la realidad material las que contribuyen en parte a presentárnoslo como un escritor realista. En parte —decimos— porque es bien sabido que nuestro narrador tuvo ojos muy abiertos a los acontecimientos que se producían en su época y en su entorno, así como a todo suceso que hiriera la imaginación popular, al punto que todas las historias integrantes de *Cinco amantes apasionadas* se inspiraron en acontecimientos

concretos, hechos trágicos que ganaron, por tal signo, un vivo lugar en la crónica hablada del pueblo. Saikaku, quien recorrió un buen número de provincias de su país, recogió así muchas historias cuyos valores anecdóticos y emocionales eran sumamente aptos para su exitosa configuración literaria. Las costumbres, tan bien observadas, formaron parte relevante de sus relatos, pero no hicieron de él nada de lo que suele designarse como un escritor costumbrista. El narrador nato que fue captó todo esto y le insufló una vida convincente.

Sin embargo, el realismo de Saikaku no es, en modo alguno, una etiqueta que se corresponda enteramente con el contenido que designa, de ahí que tal tendencia sea considerada como algo supuesto o, en todo caso, de una naturaleza muy peculiar. Al respecto, opinamos que Donald Keene tiene la explicación justa: realismo que «depende de la suspensión de las reglas normales de la perspectiva [...]. Minucioso en el detalle, maravillosamente exacto, pero increíble en los hechos mayores». Por nuestra parte, podríamos añadir que si Saikaku fue realista en la descripción, ya no lo fue tanto en la narración.

Señalamos, por cuenta nuestra, algunas de tales inverosimilitudes. En la «Historia de Osen y el tonelero», Saikaku presenta a Osen como dechado de esposa. Entre ella y el tonelero, su marido, no mediaba nada ni nadie que pudiera presagiar una separación y, menos aún, una unión adúltera; sin embargo, ante la vejación que la celosa mujer de su amo le inflige, Osen emprende súbitamente la seducción de este y concluye enamorándose del mismo. Un pasaje tan brusco (todo un salto, en verdad, del amor fiel y satisfecho al adulterio) difícilmente puede caber en los términos de la credibilidad. Saikaku no se preocupó, pues, de establecer una cadena de hechos que condujeran congruentemente a

semejante desenlace, dándole la espalda, en cambio, a lo que el sentido común exigiría para lograr explicarlos.

Otro tanto acontece en la «Historia de Osan y Moemon». Osan, mujer de un editor de almanaques, «era el modelo de la esposa deseable para un comerciante». Para ambos la felicidad reinaba, pues vivían en «perfecta unión». El marido se ausentó en una ocasión por razones de negocios. Para atender su comercio y aconsejar a Osan en los menesteres domésticos quedó Moemon, un joven empleado de toda confianza. De este se enamora una de las criadas de la casa, a quien Moemon responde con burla y desdén. Osan, en su papel de ama de casa, decide darle una buena lección, divirtiéndose a su costa. Misivas de amor, escritas por ella a nombre de la criada, conquistan a Moemon quien le da cita a esta. Supuestamente, ella lo esperaría en su lecho por la noche, pero sería Osan quien la sustituiría y quien, al acercársele Moemon, lanzaría la voz de alarma a fin de que las criadas, palo en mano, le dieran su merecido. Un sabroso pasaje de comedia de enredos y un picaresco *quid pro quo*, sin duda alguna. Pero las cosas tomaron otro rumbo: ama y criadas, vencidas por la agitación de los aprestos punitivos, se duermen. Y aquí ocurre lo inesperado. Moemon se introduce en el lecho y creyendo poseer a la criada, posee a Osan, sin que esta tuviera la más mínima conciencia de lo que le estaba ocurriendo. Episodio tal como aquellos de los que suele decirse: «cuesta creerlo». Este hecho, por lo demás, es el punto de arranque de sus relaciones íntimas y apasionadas con Moemon a las que puso trágico término la ejecución de ambos.

Pensamos que el par de ejemplos que acabamos de aportar debe formar parte de los «hechos mayores» a los que Keene aludía al cuestionar el pretendido «realismo» de Saikaku. A fuerza de gran narrador, su imaginación viola,

cuando lo cree conveniente y en vista tanto del desarrollo espectacular de la acción como de los resultados artísticos, la aparente congruencia de los hechos externos para articularlos —acabamos de verlo— de modo muy personal y *sui generis*.

La naturaleza y el paisaje, su configuración estética, solo tienen cabida en estos relatos en tanto que referentes físicos indispensables para situar las peripecias de sus personajes. No faltan, en cambio, las menciones a las consabidas peculiaridades propias de las estaciones. En última instancia, aquello que siempre cuenta en la narrativa de Saikaku es el hecho humano. Qué hacen los hombres y cómo lo hacen. En cuanto a por qué lo hacen, nos lo recuerda a menudo: los hombres son inconstantes, terribles son los efectos de la lujuria... Sin embargo, a Saikaku no se le escapan los propios dioses. En la «Historia de Onatsu y Seiyuro», vemos como a Onatsu, luego de elevarle al dios del santuario *shintoi*sta de Kamo un voto escrito rogándole por la vida de Seiyuro, se le aparece en sueños un anciano, que es el dios mencionado, diciéndole cuán insensatos son los deseos de los hombres. Así, en la última fiesta del templo, a la que acudieron miles y miles de devotos, «no se halló ni uno solo que no rogara ávidamente por su provecho personal. Todos hacían peticiones ridículas». Y a renglón seguido, Saikaku le hace decir: «pero como me era grato oír el sonido de las monedas que depositaban en mi cofre, me quedé a escucharlo pensando que, de todos modos, ese era el trabajo de los dioses». El hecho de que en este pasaje Saikaku recurra al oblicuo testimonio del sueño, en nada invalida la profana y acerada crítica de que hace objeto a las divinidades. Responde a una actitud secular y relativista que desacraliza; en él se manifiesta, pues, un nuevo hombre, un espíritu nuevo.

Puede sorprender al lector el hecho de que, siendo Saikaku un sagaz observador de la conducta humana y tan adentra-

do en el corazón de la vida cotidiana y sus singularidades, no haya ahondado en el mundo vivencial de sus personajes. En sus relatos hallamos una suerte de desustanciación anímica que hace de hombres y mujeres algo así como tipificaciones esquemáticas, a lo cual Keene denomina «bidi-dimensionalidad», la misma que tan acertadamente parangona con las figuraciones planas —línea y color— del *ukiyo-e*, la estampa evocadora del mundo flotante —cortesanas y actores de *kabuki*—, señalando su íntimo parentesco. Yonosuke y la innominada cortesana que cuenta su asendereada existencia son dos pruebas palmares de este aserto. Pero el aporte de esa tercera dimensión, por poco que se medite en ello, no es cosa exigible a un autor de la segunda mitad del XVII; ya que era absolutamente desconocida en su época, en la que ni la moral confuciana ni el rigorismo del régimen *tokugawa* (en el cual no contaba el individuo, sino como una dócil pieza moviéndose ordenadamente en el interior del mecanismo social) podrían permitir la aparición de alguna suerte de relieves individualizadores. De ahí, asimismo, el especial modo en que sus retratos se producen. Saikaku es un gran maestro de la descripción y como tal traza con mano segura y a grandes rasgos las imágenes de sus personajes, pues todas y cada una de las peculiaridades —morales y físicas— que pone de manifiesto son de una viva relevancia. Le basta, además, con unos pocos trazos para ofrecernos su presencia cabal, pero en genérico y desde la vertiente externa y sensible del comportamiento. Entre estos retratos sobresalen los de personajes secundarios: el del palurdo Zetaro el Salta-rocas; el de la Charlatana, la vieja celestina que pone a Osen en brazos del enamorado tonelero. Esta, en particular, se va revelando a través de sus sigilosas tretas.

Saikaku observa, observa siempre pero desde lejos. Asiste a un desfile, como aquel en el que tan brillantemente hace

pasar revista a las beldades («espectáculo de flores vivas») que volvían de contemplar los esplendores primaverales, en la «Historia de Osan y Moemon». Esa óptica de la distancia —ya bien vista por notables estudiosos de Saikaku— prevalece a lo largo de los cuentos de *Cinco amantes apasionadas*. Asistimos a sus devaneos, a sus cuitas, a sus trágicas peripecias, llevados de la mano por un mago razonador y sonriente que, aunque simpatiza de veras con sus desamparadas criaturas, jamás nos pone cara a cara con el dolor que sus vidas conllevan. Se diría que el vigoroso sensualismo vital y artístico de Saikaku se rehusara a alcanzar tales fronteras. Sus recurrentes comprobaciones morales jalonan el curso de sus relatos («Efímero es este mundo», «Triste y fugaz es este mundo», «La vida humana es limitada, pero inagotable la pasión amorosa») que poseen un matiz muy peculiar que les viene, seguramente, aunque solo fuera en parte, de su rol estético en el proceso de la construcción del relato. Reflexiones reiteradas y de alcance muy generalizado, así como otras en las que se aprecian agudezas de visión cuyos antecedentes pueden hallarse en la hazañosa peripecia jaikaísta de nuestro autor. Citamos un ejemplo tomado de la «Historia de Osan y Moemon»:

La gente oculta lo que no le conviene: el jugador no nos habla de sus pérdidas; el galán calla los engaños sufridos en los barrios licenciosos; no cuenta sus derrotas el rufián; el mercader se hace el que se olvida de sus errores de cálculo. En fin, tratan de disimular sus fracasos como el hombre que pisa en la oscuridad el excremento de un perro.

A fin de cuentas, el punto de vista de Saikaku ante los acontecimientos permite apreciar un permanente contrapunto entre el hombre y el narrador. De un lado, su preponderante inclinación por los aspectos extravagantes de la vida humana, y del otro, la distancia que, al mismo tiempo

y ya en su papel de narrador, toma ante ellos y de la cual se siguen, muy naturalmente, los apuntalamientos reflexivos que acabamos de mencionar. De una a otra posición, el giro es netamente perceptible. En la primera, sentimos toda la fuerza de su verdad vital y de su clara raigambre popular; en la segunda, vemos que sus ojos ya no ven directamente esos hechos sino a través de la máscara que el arte le impone. Una de las características de su estilo es precisamente la artística mezcla de la sutilezas expresivas del *jaikai* y los refinamientos de la lengua clásica, por una parte, con los usos coloquiales, por otra. Todo lo cual no quiere decir que exista contradicción alguna, perjudicial a la bondad de su arte. Por el contrario, es debido a esa conjunción de ambos puntos de vista que dicho arte cobra una calidad tan sávida y personal. Súmese a esto la fluidez narrativa que corre pareja con un lenguaje ceñido al primordial designio de servir lealmente a los hechos. Lealtad que vendría a ser un componente de la visión clásica de *Cinco amantes apasionadas* en abierta oposición al favoritismo artístico del lenguaje que, a modo de torsión barroca, impera en *Hombre lascivo y sin linaje*. Una y otra obra se distinguen, pues, en técnica y estilo, pero por fuerza de las obsesiones temáticas de Saikaku algo de la una pasa a la otra. Recuérdese al respecto cómo Guengobei se identifica con Yonosuke en el deseo de rescate total de las cortesanas de Edo, Kioto y Osaka.

En la historia de las letras españolas, Lope de Vega (1562-1635) concita siempre gran admiración no solo por la genialidad de su creación lírica y dramática sino, además, por el portentoso número de sus obras. Como él mismo lo dijo en su *Arte nuevo de hacer comedias*: «Y más de ciento en horas veinticuatro/ pasaron de las musas al teatro». Saikaku, en la tradición literaria japonesa, resulta ser un escritor

paralelo en la presteza de la inspiración y de la escritura; ya en la composición del *jaiku* (de los que se dice compuso veinte mil en un día), ya respecto de sus obras en prosa, pues es bien sabido que escribió veinticinco en un lapso de once años, los últimos de su vida. Y sin ánimo de llevar más allá este asunto de coincidencias, señalemos que tanto Lope como Saikaku abrevaron en las frescas aguas de la vena popular.

Celeridad en la escritura, pletórica disponibilidad interna, ingenio repentista son facetas de una encandiladora personalidad literaria. Saikaku las poseyó en ingente medida. No bastan por sí mismas para dar razón cabal de una obra maestra como *Cinco amantes apasionadas*. En este gran escritor obraron en profundidad, además y decisivamente, su sensibilidad estética y humana.

Javier Sologuren

1. Cuyo título, en la traducción al español de Antonio Cabezas García, es *Hombre lascivo y sin linaje*.
2. Titulada, en versión castellana, *Vida de una cortesana*.

*HISTORIA*  
*DE*  
*ONATSU Y SEIYURO*



*El amor oscurece el razonamiento en el país de la voluptuosidad donde se hace día de la noche*

MUROTSU ES UN puerto próspero y activo en la provincia de Jarima. En el apacible mar primaveral, como almohadas sobre las olas, flotan los barcos cargados con preciosas mercaderías. En este pueblo vivía un comerciante llamado Seizaemon Izumi. Se dedicaba a la fabricación y venta de *sake*. Su negocio gozaba de prosperidad y, en todo orden de cosas, nada le faltaba. Tenía también un hijo llamado Seiyuro, cuya belleza de nacimiento superaba el retrato de Narijira, el hermoso galán de antaño. Su semblante atraía a las mujeres. Desde los catorce años, se había lanzado por los senderos de las voluptuosidades, a tal punto que, entre las ochenta y siete mujeres de la vida alegre del puerto, no había una sola que no tuviera relaciones íntimas con él.

Los juramentos escritos de fidelidad que las cortesanas le habían remitido ascendían a centenas de fajos; las uñas del meñique, que en prenda de amor se habían arrancado, desbordaban un cofrecillo; con los cabellos que se habían hecho cortar, podía tejerse una gruesa cuerda capaz de atar a la mujer más celosa. Los recados de amor que le llegaban diariamente formaban una pila de papeles. Los vestidos con el emblema familiar que ellas le obsequiaran estaban

amontonados y sin uso en un rincón. Hasta las viejas diablesas —que a orillas del río de los Tres Pasajes, a la entrada del infierno, desvestían a los muertos— perderían toda codicia por apoderarse de sus ropas, tal era la profusión de vestidos; incluso, hasta los ropavejeros del barrio situado cerca del puente Korai hubieran sido incapaces de ponerles un precio. Todas aquellas prendas las depositó en un almacén en cuya puerta escribió «Depósito del mundo flotante».

—«¡Qué tal necio! Guardará todo eso pensando obtener alguna ganancia cuando su precio suba. Pero antes que ello ocurra, su nombre será inscrito en el registro oficial de los desheredados». Así lo deploraban las personas que veían el depósito. Sin embargo, en el sendero de los placeres es muy difícil retroceder.

En esa época, conoció a una cortesana llamada Minagawa y quedó locamente enamorado de ella. La crítica de la gente o los chismes que circulaban acerca de él, no le importaban. En sus extravagancias, se daba el lujo de encender, con máximo resplandor, los faroles en una noche de luna, y cerrar puertas y tabiques en pleno día para hacer del lugar de sus diversiones un país ignorante de la claridad diurna. Había reunido un buen número de astutos bufones: a unos, los hacía sonar claquetas de madera a fin de remedar a los serenos; a otros, los hacía imitar los chillidos del murciélago. Y mientras salmodiaba rezos a Amida, ordenó a las alcahuetas preparar té para consolar las almas de los muertos; disponer, en memoria del criado Kiugoro, quien sin embargo aún se hallaba vivo, un altar para el culto que se rinde al alma de un difunto; y encender, con largos mondadientes de madera, un fuego de acompañamiento para la partida de su alma.

Luego de haber cumplido así hasta el agotamiento todas estas cosas que se hacen por la noche, queriendo imitar las costumbres de la Isla de la Desnudez que, según dicen,

aparece en el mapa del mundo, hizo que se desvistiera toda la gente de la casa.

Pese a que eso disgustara a las cortesanas, las forzó a desvestirse; todas estaban avergonzadas de dejar ver su desnudez. Entre ellas, Yoshisaki, cortesana de la clase *kakoi*, o sea de tercera, presentaba en la cintura una larga mancha blanca, en forma de pez-gato, que siempre había tratado de ocultar. Ante esta imagen, la asistencia entera se prosternó para adorarla, exclamando que el pez-gato era el mensaje de Benzaiten, la diosa de la música y la elocuencia, y por consiguiente tenían frente a sus ojos a la propia deidad. Sin embargo, se produjo una sensación de molestia. Por otro lado, más se miraba a las otras muchachas, más fealdades se les descubría, de modo que, poco a poco, el ambiente se fue enfriando y la alegría se desvaneció.

Fue en ese momento precisamente que, incapaz de refrenar por más tiempo un resentimiento acumulado, el padre de Seiyuro irrumpió en la casa de citas en busca de su hijo; súbita tempestad, tan imprevista como el incendio que estalla sin dejar un solo instante para salvar los muebles. Seiyuro imploró su perdón diciendo que ya no se entregaría más a las llamas del libertinaje. Pero por más que se deshiciera en excusas, su padre no quiso acceder a sus súplicas: «Lárgate a donde quieras. No quiero saber más de ti». Dicho esto, pidió permiso a los presentes y se marchó.

Minagawa, en primer término, y las otras muchachas, luego, se echaron a llorar, completamente desamparadas. Pero uno de los bufones, de nombre Yisuke y cuyo apodo era Noche Oscura, no se mostraba en modo alguno desconcertado. «Un hombre, así estuviese desnudo, bien vale sus cien *kan* de centavos de cobre y, aun cubierto con un mero taparrabo bien puede ganarse la vida. Así que, mi señor Seiyuro, no hay por qué preocuparse». Lo divertido de estas palabras

produjo su efecto en la concurrencia y sirvió para que se pusieran a beber nuevamente a fin de olvidar, por lo menos, lo que la situación tenía de desoladora. Pero, teniendo en cuenta el cambio de circunstancias, la casa de citas modificó pronto su actitud; Seiyuro llamaba dando palmadas para que lo atendieran, pero era ignorado. Pensaba que ya era la hora del caldo, pero la mesa continuaba vacía. Al pedir té, las sirvientas aparecieron descortésmente con una taza en cada mano y, al dejar el salón, redujeron las mechas de las lámparas de aceite; llamaba por su nombre a las cortesanas, y una a una las hicieron retirarse. Ni quien lo dude, fue un cambio completo. Pero esto es habitual en las posadas de amor. La benevolencia allí dura mientras se la pueda comprar con una pieza de oro *ichibu-kin*. Todo ello hería dolorosamente a Minagawa quien, habiéndose quedado sola, era toda lágrimas. «¡Qué lamentable!» —dijo Seiyuro— y luego se quedó callado. Esas únicas palabras daban a entender muy bien que estaba firmemente decidido a morir. Sin embargo, la idea de que con solo pedírselo Minagawa aceptaría ponerle fin a su vida con él, lo apenaba tanto que no sabía qué partido tomar. Adivinando sus intenciones, Minagawa le dijo: «Parece que queréis quitaros la vida, pero no lo hagáis porque es una necedad. Quisiera deciros “yo también voy con vos”; pero ciertamente me da pena dejar este mundo. En este oficio, es normal que las mujeres se muestren a menudo inconstantes. Lo que hubo entre nosotros, ahora no es sino un pasado enteramente concluido; ha llegado la hora de despedirnos». Después de decir estas palabras, abandonó la habitación.

Decepcionado en su espera, deprimido, Seiyuro no podía dejar de decirse sollozando: «Peor que una cortesana. ¡Qué bajeza de alma al olvidar nuestra intimidad! He sido engañado por esta maldita mujer».

Iba a dejar el salón, cuando Minagawa, vestida toda de blanco lista para morir, irrumpió en él y, apretándolo fuertemente contra ella, exclamó: «¿Adónde vais, querido? ¡Aquí hemos de morir! ¡Démonos prisa!».

Y sacó un par de navajas. Seiyuro, al conocer el verdadero sentimiento de Minagawa, se sintió dichoso. Pero en ese instante, la gente de la casa entró en el cuarto y los separaron a ambos. Minagawa fue llevada a casa de su patrón; Seiyuro, rodeado y conducido al templo de Eiko-in que patrocinaba su familia y gracias al cual se pensaba, de este modo, hacerle obtener su perdón. ¡A los diecinueve años, en plena juventud, era muy penoso que tuviera que hacer el voto de renunciar al mundo!

### *Unos recados amorosos surgen del interior de un cinturón*

**Q**UÉ DESGRACIA ¡Acaba de pasar! ¡Llamen a un médico, traigan remedios! —exclamaba la gente alborotada—. «¿Qué ha pasado?», «¡Minagawa ha intentado suicidarse» —respondían afligidos—. Y cuando alguien decía: «Tal vez aún pueda salvarse», el pulso de Minagawa dejó de latir. Efímero es este mundo.

Durante más de una decena de días, se le ocultó el drama a Seiyuro, perdiendo así el momento oportuno para suicidarse. «No podemos hacer de nuestras vidas lo que se nos antoja». Escuchando este consejo de su madre, Seiyuro prosiguió una existencia a la cual no le tenía sin embargo ningún apego. Salió del templo de Eiko-in sin llamar la atención y, como en Jimeyi contaba con una persona conocida, dejó secretamente su ciudad para hacerle una visita. Allí, teniendo en cuenta la vieja amistad con la familia de Seiyuro, fue bien recibido. Al cabo de un tiempo, ocurrió que, en casa de un

comerciante del lugar llamado Tayimaya Kiuemon, se buscaba un empleado al cual confiarle los asuntos de la tienda. «En esta casa tendréis la oportunidad de asegurar vuestro porvenir», le dijo a Seiyuro el jefe de la familia que lo había recibido; así fue que, recomendado por este último, entró por primera vez al servicio de los demás.

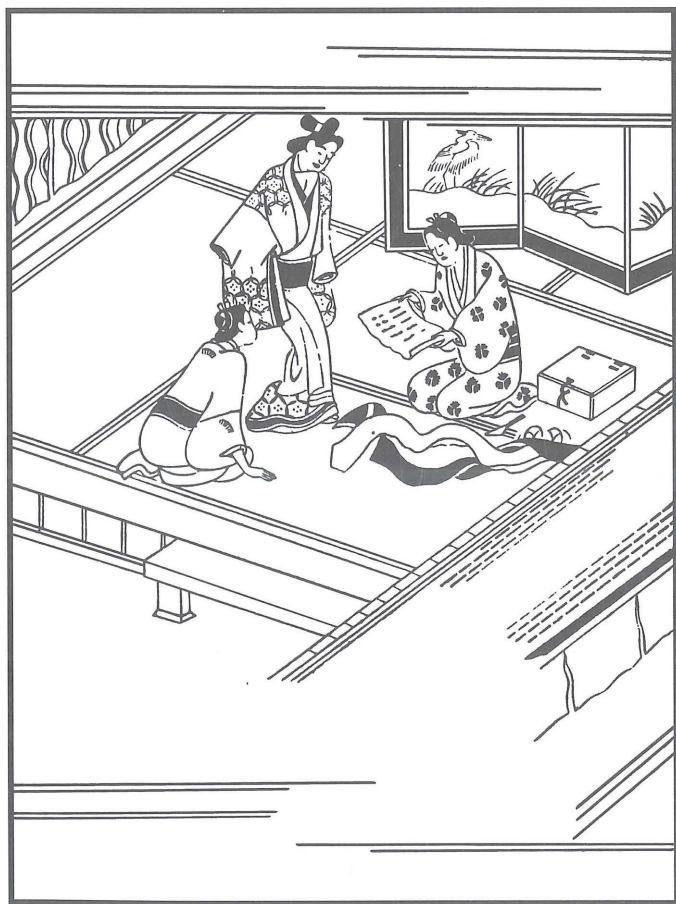
Seiyuro había recibido una buena educación. Era de carácter suave y de inteligencia superior a la mediana. Su tipo era como para gustar a todos; buen mozo, debía ser amado particularmente por las mujeres. Pero, él ya había olvidado el aliño cuidadoso en su arreglo personal y se hallaba completamente cansado de las cosas del amor. Como servía de la mañana a la noche con perfecta honestidad, su amo contaba con él para todo género de asuntos y, viendo con placer acumularse el oro y la plata en su casa, fundaba sus esperanzas futuras en Seiyuro.

Kiuemon tenía una hermana menor llamada Onatsu quien a la sazón contaba con dieciséis años. Pero como se mostraba difícil en la elección de un marido que deseaba buen mozo, ninguna unión aún se había decidido para ella. Ni en la capital ni mucho menos en las provincias se habría podido hallar a una mujer decente tan bella como Onatsu. La gente de Kioto decía de ella que su belleza superaba a la de una *tayu*, cortesana de primera clase que antaño, en Shimabara, el barrio de los placeres, llevaba una mariposa como emblema personal. Inútil destacar aquí, uno tras otro, los rasgos físicos de Onatsu; los comentarios de la gente de Kioto son suficientes para que podamos imaginar su incomparable belleza. En cuanto a sentimientos, parecía ser apasionada.

Un día, Seiyuro le pidió a una sirvienta llamada Kame que volviera a coser, de modo de hacerlo menos ancho, un cinturón de seda *riumon* que llevaba de ordinario y cuya excesiva anchura ya no le gustaba. La sirvienta se apresuró a

descoserlo. De allí salieron viejas cartas, recuerdos de relaciones amorosas del pasado. Sorprendidas del hallazgo, Kame y Onatsu se pusieron a leerlas ávidamente una tras otra. Había catorce o quince, todas dirigidas a «mi querido Kiyō (Seiyuro)».

Pero el reverso del pliego llevaba nombres diversos, tales como Kacho, Ukifune, Kodayu, Akashi, Unoja, Chikuzen, Senyu, Choshu, Ichinoyo, Koyoshi, Matsuyama, Kozaemon, Dewa, Miyoshi, nombres todos, tanto como fueran, de cortesanas de Murotsu. Cada una de estas cartas mostraba que la cortesana se encontraba perdidamente enamorada del destinatario. Le ofrecían tanto su amor como su vida. Carecían de esas frases zalameras muy comunes en la profesión de lo barrios licenciosos, y más bien una viva sinceridad fluía bajo el pincel. Dichas líneas hacían despertar un profundo cariño y respeto hacia aquellas mujeres, aunque fuesen de la vida. La entrega de Seiyuro a las diversiones del mundo de los placeres tuvo, pues, grandes recompensas. «Este joven debe de tener, oculto en su ser, algo maravilloso —pensó Onatsu— por algo todas las mujeres se vuelven locas por él». Y pronto, sin darse cuenta, ella misma se enamoró de Seiyuro. Desde entonces, día y noche solo pensaba en él; parecía como si su alma hubiese dejado el cuerpo para dar en brazos de su amado y hablaba como en sueños. Las flores primaverales ya no atraían sus miradas y se le antojaban oscuras; tomaba por el pleno día la claridad de la luna de otoño; la aurora de un día nevado no le parecía blanca; el canto del cuclillo en el crepúsculo de estío no llegaba a sus oídos. Ya no distinguía el transcurso de las estaciones; no sabía si se estaba celebrando la fiesta de Obon o la del Año Nuevo. Perdió, finalmente, toda noción de las cosas. Su pasión, que su pudor ocultaba, se transparentó en sus miradas y sus palabras traicionaron sus deseos amorosos.



*De allí salieron viejas cartas, recuerdos de relaciones amorosas del pasado. Sorprendidas del hallazgo, Kame y Onatsu se pusieron a leerlas ávidamente una tras otra. Había catorce o quince, todas dirigidas a «mi querido Kiyō (Seiyūro)».*

Como esta situación no tenía nada que no se presente a menudo en este mundo, las criadas a su servicio querían por cualquier medio ayudarla a satisfacer su pasión. Pero, en tanto que ellas la compadecían, también se prendaron de Seiyuro. Con la sangre extraída hincándose con la aguja, la costurera le escribió una misiva entregándole su corazón; la sirvienta de enlace le deslizó en la manga una declaración que, no sabiendo escribir, se había hecho redactar por mano masculina; las jóvenes camareras, al servicio de los departamentos particulares, le llevaban a la tienda té que él no había pedido; la niñera se acercó y le puso en los brazos al bebé de la casa, que se meó en sus rodillas. «Es hora de que vos también tengáis un lindo pequeño como este. Yo misma, después de haber dado a luz un hermoso niño, he entrado en esta casa como nodriza. El padre era un inútil. Según me cuentan, ahora trabaja como aprendiz en Kumamoto, en la provincia de Jigo. Al romper mi matrimonio, hice que me remitiera un acta de separación y heme aquí ahora sin marido. Bien que por naturaleza soy, en verdad, llena y desarrollada en anchura, mi boca es chica, mi pelo ligeramente crespo». Era muy divertido oírla contar con voz dulzona y como hablándose a sí misma.

En cuanto a las criadas de la cocina, también ellas, a su modo, le dispensan a Seiyuro favores especiales que lo confundían. Así, al momento de servirle en su plato, cucharón en mano, el sancochado de pescado con verduras, le escogían los mejores trozos.

Estas atenciones, de que era objeto por doquier, le agradaban a Seiyuro; pero, asimismo, lo molestaban. Le hacían descuidar los asuntos de su servicio por cosas que le eran extrañas, pues las respuestas a todas esas solicitudes amorosas no le dejaban ningún ocio. Al fin, se sintió disgustado por ellas; se hallaba estúpido y fatigado como quien se

despierta en medio de un sueño. Solo Onatsu, quien por una tercera le había hecho llegar numerosas misivas de amor, logró cautivarlo. Aunque se rindió a sus sentimientos, no podía hallarse a solas con ella en esta casa donde tantos ojos los habrían sorprendido. El deseo ardía en sus corazones y la pasión que los fue atacando paulatinamente los adelgazó al punto de estragar su belleza. Los días y los meses pasaban sin que nada pudiesen hacer.

Llegar a oír la voz del otro era su único placer. La vida es la simiente de todas las cosas. Los amantes pensaban que manteniéndose con vida, tal como el viento inclina una yerba sobre otra, con el tiempo ellos lograrían juntarse. Alimentaban sus esperanzas comunicándose sus sentimientos. Pero tal vía de amor era obstruida por la cuñada de Onatsu. Los vigilaba estrechamente, y cada noche, a la hora de inspeccionar que todo fuego estuviese apagado, ponía sin falta buen cuidado en cerrar la puerta interior que comunicaba la tienda con los departamentos particulares. El ruido que hacía esta puerta de ruedecillas, al cerrarse las hojas, producía en ambos un eco aún más terrible que el retumbar del trueno.

### *Danza del león al ritmo de los tambores*

**C**UANDO LOS CEREZOS han florecido en Onoe, hermosas mujeres casadas y señoras orgullosas de la belleza de sus hijas visitan el lugar para que se les admiren sus atractivos. No van, pues, a contemplar las flores sino más bien a ser contempladas. Así es como se comportan las mujeres hoy en día. En todo caso, las mujeres son hechiceras que pueden embrujar aun al astuto zorro del castillo de Jimeyi. Un día de primavera, las mujeres de la casa Tayimaya decidieron hacer un paseo campestre. Las damas

salieron en un cortejo de palanquines seguidas por Seiyuro quien las acompañaba en calidad de supervisor. Los famosos pinos de Sone y Takasago mostraban sus verdes retoños, y la playa de arena desplegaba un panorama de sin par belleza. Los niños de la aldea, rastrillo en mano, separaban las hojas secas de los pinos para recoger pequeños hongos o recolectar violetas y flores de kaya. Ante tan divertido espectáculo, raro para ellas, las mujeres también se pusieron a coger a discreción plantas tiernas; luego, en algún sitio donde la yerba crecía menos espesa, hicieron tender tapices y estereras adornadas con dibujos. El mar estaba calmo y la intensa luz bermeja del sol poniente, al reflejarse en sus mangas, por el color, rivalizaba con ellas en belleza.

Las demás personas que habían acudido a ver las flores no dirigían, sin embargo, sus miradas ni a las glicinas ni a las mosquetas; más bien se sentían atraídas hacia el grupo de mujeres de la casa Tayimaya quienes se hallaban en el interior de un cerco de cortinas que habían improvisado colgando sus vestidos de las cuerdas. Los excursionistas, a fuerza de clavar sus miradas entre esos cortinajes, olvidábase del camino de vuelta, abrían su tonel de sake y bebían con el sentimiento de que la embriaguez es un placer del cual solo el hombre posee el privilegio. Descuidaban todo lo demás, pero se regocijaban en extremo a la vista de las mujeres, el mejor de los aderezos del día, para acompañar su brebaje.

De este lado, en el interior de las cortinas, banquete de mujeres. El único hombre entre ellas: Seiyuro. Afuera, los portadores de palanquín habían bebido a tazas llenas el sake que se les había ofrecido. Y ahora, completamente ebrios, se hallaban dormidos y debían tener placenteros sueños que en nada les cederían al del filósofo chino Chuang-tzu, cuando se vio tornado en mariposa y se contemplaba revoloteando a

través de una vasta llanura. Largamente gozaban de sus sueños, inconscientes de todo lo que los rodeaba.

Precisamente, en ese lapso, un gentío se desplazó al acercarse una compañía de actores de *daikagura*, que se anunciaba por los redobles variados de un gran tambor. A la vista del lugar donde se divertían los visitantes, se pusieron a representar la danza del león. Todo el mundo se levantó para admirar los movimientos de la cabeza del león. Las mujeres, sobre todo, eran las más curiosas de un espectáculo que las cautivaba por completo y cuya repetición no cesaban de reclamar. Así, la compañía no dejaba el sitio y desplegaba todos los mejores recursos de su arte.

Onatsu no presenciaba el espectáculo; se había quedado sola detrás de las cortinas. Se quejaba de dolor debido a un diente cariado; tendida descuidadamente, la manga de su vestido a guisa de almohada, parecía algo enferma. Había dejado su cinturón desanudado y que por sí solo se deshizo; oculta detrás de una pila de vestidos de muda, con ronquidos bien limitados simulaba estar sumergida en un sueño profundo, fingimiento bastante refinado en sus detalles. Pensaba que bien se podía aprovechar esta oportunidad para hacer el amor a la volada; poseía una inclinación voluptuosa harto rara en una doncella decente.

Al notar que solo ella se había mantenido separada, Sei-yuro dio un rodeo por un camino trasero que cubría el espeso follaje de pinos. Onatsu le hizo señas de aproximarse. Sin cuidarse de que su peinado podía desatarse, sin decir palabra y respirando fuertemente por la nariz, jadeaban ambos, sintiendo las palpitaciones de su corazón. Pero no apartaban la mirada de un intersticio del telón por el que se podía ver el interior; temían sobre todo ser sorprendidos por la mujer del hermano mayor. Sin embargo, no habían prestado atención a lo que sucedía detrás de ellos. No fue sino en el momento

en que se pusieron de pie que percibieron a un leñador que había depositado en tierra su fardo. Tenía la hoz en una mano y con la otra agitaba su taparrabo como queriendo decir qué les parece el mío. Su rostro expresaba un vivo goce por el espectáculo del que acababa de ser testigo. Ellos no dudaron de que habían sido vistos. Ese era el caso justo para el dicho: «Ocultar la cabeza, mas no el trasero».

Al ver a Seiyuro que salía del interior de las cortinas, los actores de la danza del león se detuvieron en la mitad misma de la representación, en el punto en que era lo más divertido, y los asistentes, súbitamente privados de regocijo, experimentaron mil contrariedades. Sin embargo, una espesa niebla caía sobre las montañas y el sol ya se había inclinado hacia el oeste. Las mujeres de Tayimaya arreglaron sus cosas y emprendieron el retorno a Jimeyi. Daba la impresión de que las caderas de Onatsu, ahora que habían conocido a un hombre, hubieran cobrado una amplitud nueva. Hallándose atrás, Seiyuro les dijo a los actores de la danza del león: «Hoy, gracias a vosotros, todo ha sucedido a satisfacción». Estas palabras dan a conocer que todo fue un ardid fraguado por Seiyuro. Ni los sabios dioses, ni mucho menos la mujer del hermano mayor, con su ridícula astucia, se habrían dado cuenta de que aquella danza del león era una mera treta para que Seiyuro y Onatsu satisficieran su pasión.

### *El hombre que había olvidado en la posada su cofre de cartas*

UNA VEZ EMBARCADO en esta aventura, Seiyuro ya no podía retroceder. Raptó a Onatsu y, con ella, se dirigió hacia el puerto de Shikamazu a fin de llegar allí antes de la caída de la noche. Había resuelto huir a Osaka o

Kioto; pensaba que con los años la gente se olvidaría del asunto y que por aquel lugar les sería posible llevar una vida, penosa sin duda, pero soportable si podían permanecer juntos. Hicieron a toda prisa los preparativos necesarios y ya vestidos de viaje esperaban la partida del barco en una miserable cabaña, al borde del mar. Allí se hallaban también numerosos viajeros, cada cual vestido de acuerdo con su posición. Entre ellos, unos peregrinos que se dirigían al templo de Ise; un ferretero de Osaka; un armero de Nara; un asceta del templo de Daigoyi; un fabricante de batidores de té proveniente de Takayama; un vendedor de mosquiteros de la provincia de Tamba; un comerciante de telas de Kioto; un adivino que propagaba las predicciones del santuario de Kashima. Era tal como lo dice el proverbio: «Diez personas se reúnen, de diez provincias diversas proceden». Entretenido espectáculo el que ofrecen estos barcos de pasajeros. El batelero grita: «¡Todos a bordo! ¡El barco parte! Según su buena intención, que cada cual tenga a bien presentar una ofrenda al dios Simiyoshi, protector de las embarcaciones». Tendían a los viajeros una escudilla con mango para recibir las monedas; quisieran beber o no, le hacían pagar a cada quien *siete mon* por el *sake*. A falta de cacerola para calentarlo, había sido vertido en un pequeño balde del que cada cual lo extraía mediante una escudilla. Para acompañar la bebida, desmenuzaban trozos de pez volador seco, a la vez que ofrecían a prisa tres escudillas consecutivas que inmediatamente los ponían de buen humor. El batelero gritó: «¡Buena suerte para todos! ¡Tenemos viento en popa!». Diciendo esto, se ocupaba en tender la vela a las ocho décimas. El barco había recorrido ya más de una legua, cuando uno de los pasajeros, un correo postal procedente de Bizen, dio una palmada a la vez que pegaba un grito: «¡Ay caramba! ¡Me he olvidado de mi cofre de cartas! ¡Lo había atado a mi

sable pero lo he dejado en el albergue!» Mirando hacia la ribera, continuó: «¡Sí lo puse al lado del altar!». Entonces, los viajeros exclamaron: «No chilles, caray. Desde aquí, ¿quién te va a escuchar? Seguro que también dejaste los cojones por allá». El hombre se palpó expresamente para asegurarse que los tenía, y contestó que, con seguridad, llevaba el par, lo que provocó un estallido de risa general. «Bueno, pues, ¿qué le vamos a hacer? Maestro, regresemos para que este tonto pueda recoger sus cosas». El batelero viró para entrar al puerto. Sin embargo, todo el mundo estaba descontento de esta partida frustrada que pareció de mal agüero.

Apenas el barco tocó la ribera, se vio correr, de un lado a otro, a hombres enviados de Jimeyi en busca de Onatsu y Seiyuro. Para ver si por casualidad estos se hallaban en el barco, se pudieron a examinar uno por uno a los viajeros. A Onatsu y a Seiyuro les fue imposible ocultarse. No les quedó más que lamentar su destino «¡Qué vida más triste!». Pero los perseguidores, hombres despiadados, estaban sordos a sus súplicas. Hicieron que Onatsu subiera a un palanquín rigurosamente cerrado, ataron a Seiyuro las manos a la espalda y los llevaron a Jimeyi. Ninguno de los que presenciaron la deplorable suerte de los amantes pudo evitar el compadecerse de ellos.

Desde ese día, Seiyuro fue confinado en un cuarto bajo la vigilancia de varios hombres. Pero, a despecho de su tristeza y sufrimiento, no se preocupaba en absoluto de sí mismo; solo repetía una y otra vez el nombre Onatsu. «Si ese tipo no se hubiese olvidado de su cofre de cartas —se decía— ahora estaríamos en Osaka. En el barrio de Kozu habríamos alquilado un cuarto retirado de la calle. Hubiéramos tomado a nuestro servicio a una anciana y, como nos lo prometimos secretamente, noche y día habríamos permanecidos acostados, juntos, una cincuentena de días. ¡Qué irritante sinsabor

que este designio se haya convertido en mero sueño del pasado! ¡Qué me maten, pues! ¡Qué largos me son los días! ¡Estoy harto de la vida!». Intentó a menudo suicidarse; cerraba los ojos, tratando de cortarse la lengua con los dientes. No obstante, su amor por Onatsu lo detenía y sin pudor ni discreción se echaba a llorar exclamando: «¡Cómo quisiera poder ver de nuevo su hermoso cuerpo una vez más antes de morir!». Tal era su aflicción que hasta a sus guardianes les daba pena verlo; estos procuraban reconfortarlo de muy diversos modos. Mientras tanto, los días pasaban.

Por su parte, Onatsu sentía una pena semejante. A lo largo de siete días, se privó de todo alimento; después de lo cual presentó al dios del templo *shintoísta* de Kamo un voto escrito para suplicarle que salvara la vida a Seiyuro. Cosa extraordinaria y misteriosa, el mismo día, en medio de la noche, un anciano se le apareció al lado de la cabecera y le anunció lo siguiente: «Oye bien: en general, solo cuando la gente se encuentra afligida acude a los dioses y pide cosas tan insensatas que siempre exceden nuestro poder. Quieren ser ricos de la noche a la mañana; piden tener relaciones con una mujer casada; reclaman la muerte de alguien a quien odian; desean que haga sol cuando está lloviendo, o tener una nariz larga cuando son ñatos de nacimiento. Así, elevan toda suerte de vanas plegarias, verdaderamente imposibles de satisfacer y que importunan a los budas y a los dioses. En la última fiesta del templo, entre los dieciocho mil y dieciséis fieles que acudieron a practicar sus devociones, no se halló ni uno solo que no rogará ávidamente por su provecho personal. Todos hacían peticiones ridículas; pero como me era grato oír el sonido de las monedas que depositaban en mi cofre, me quedé a escucharlos pensando que, de todos modos, ese era el trabajo de los dioses. Entre los creyentes que me visitaron, solo hallé una persona de fe sincera. Era la

servienta de una tienda de carbón de palo, en Takasago. Después de la reverencia, dijo sin afán alguno: "Solo deseo seguir bien de salud y poder venir a visitarlo nuevamente". Dio unos pasos para retirarse, pero dándose vuelta, añadió: "Por favor, concédame un buen marido". Le contesté: "Ruegos de tal naturaleza se hacen al dios del santuario de Izumo. Nada tengo que ver con esas cosas". Pero se fue sin alcanzar a oír mis palabras.

Si hubieras confiado en tu padre o en tu hermano mayor para hallar marido, ningún inconveniente se habría producido; pero como te has guiado por tu pasión al escoger tú misma un buen mozo del que te has enamorado, se te ha presentado una muy cruel dificultad. Tu existencia, cuya pérdida no lamentarás, será no obstante larga, mientras que la de Seiyuro, cuya continuidad deseas, cesará pronto».

Acabado este triste sueño que le había parecido viva realidad, Onatsu se despertó angustiada y se pasó en sollozos el resto de la noche.

Y, efectivamente, Seiyuro fue conducido ante el magistrado quien lo interrogó por un cargo inesperado. Setecientos *ryo* en piezas de oro habían desaparecido de un armario del depósito de la Casa Tayimaya. El rumor público acusaba a Seiyuro de haber hecho que Onatsu se robara el dinero para luego darse él a la fuga con dicha suma. En una situación tan desfavorable, Seiyuro no pudo probar su inocencia. De modo que, triste es decirlo, fue ejecutado el 18 de abril a la edad de veinticinco años. Los que asistieron a sus últimos momentos pensaron que la existencia en este mundo es bien frágil y efímera. Mojaron las mangas con sus lágrimas. Se creería que un súbito aguacero, caído por la noche, las hubiera empapado. Nadie hubo que no se entristeciera y lamentara la muerte de Seiyuro.

Semanas después, o sea a principios de junio, cuando se sacaron todas las cosas del depósito para asolearlas y evitar la polilla, se encontraron los setecientos ryo en cuestión, dentro de un baúl con ruedas. «Las cosas se deben hacer con sumo cuidado; si no, ya ven lo que sucede», dijo un anciano con aire prudente.

*Una vez muerto, ¿de qué valen las setecientas piezas de oro?*

QUIEN NO SABE nada, sabe la serena paz de Buda, dice el proverbio. Onatsu ignoraba que Seiyuro había muerto. Un día, al encontrarse pensando tristemente en Seiyuro, un coro de niños pasó frente a su casa cantando: «Si mantan a Seiyuro que maten también a Onatsu». Dichas palabras la perturbaron. Le preguntó a la nodriza, quien le había criado desde pequeña, cuál era su significado. Impedida de responder, la anciana no pudo sino derramar lágrimas.

«¡Ay de mí, es pues cierto!», gritó Onatsu toda desesperada; luego, se unió a los niños y dirigiendo el coro empezó a cantar: «Mejor morir que seguir viviendo así, solo pensando en él». Al verla en tal estado, todos la compadecían y trataban de calmarla diciéndole palabras consoladoras, pero de nada servía; se anegaba en una mar de lágrimas, para luego decir: «Aquel joven que pasa por allí, ¿no es Seiyuro? Su sombrero de junco, sí, su mismo sombrero! ¡Yajan! ¡ja! ¡ja!» y estallaba en locas carcajadas. Paulatinamente se fue desvaneciendo su belleza, y ella misma llegó hasta enloquecer. Pronto se la vio vagabundear por los prados, y si la noche la sorprendía en el campo, se quedaba a dormir sobre las yerbas. Las muchachas que la acompañaban también fueron perdiendo una por una la razón hasta quedar dementes al igual que Onatsu.

Viejos amigos de Seiyuro, deseosos de dejar de él al menos un recuerdo, limpiaron y purificaron el sitio donde había teñido con su sangre las yerbas y el polvo, y enterraron su cuerpo. Para señalar la sepultura, plantaron pinos y robles alrededor del montículo que se levantaba allí, el cual desde entonces se llamo «Túmulo de Seiyuro». Nada más triste puede haber en este mundo. Todas las noches, Onatsu acudió a rogar por la salvación en el más allá de este difunto. Sin duda alguna, en esas visitas había tenido a menudo la visión del desaparecido tal como lo había conocido antaño. Los días pasaron. Y al centésimo después del deceso, Onatsu como siempre visitó la tumba de Seiyuro, se arrodilló sobre la yerba húmeda de rocío y extrajo una daga para suicidarse. Pero sus compañeras, bien que a duras penas, lograron detenerla. Le dijeron: «Ahora seríinútil acabar con vuestra existencia. Si vuestros sentimientos son verdaderamente sinceros, cortaos vuestros cabellos y entrad a la vida religiosa. Orad hasta el fin de vuestros días por el espíritu de aquel que ya dejó de existir. Esa es la manera cómo Seiyuro podrá obtener la salvación. Nosotras estamos dispuestas a seguiros en vuestra devoción». Al escuchar estas palabras, el corazón de Onatsu se apaciguó. Comprendió la intención de sus compañeras y les respondió: «Sea, no dejaré de seguir vuestro consejo». Dicho esto, se encaminó al templo de Shogakuyi en Jimeyi y, después de obtener el permiso del superior, cambió su Kimono de verano por el hábito teñido de negro de las religiosas. Onatsu contaba entonces con dieciséis años. Por la mañana, bajaba al valle para sacar agua del río; por la tarde, cogía flores en la cima de la montaña. Durante el retiro de verano, todas las noches, lámpara en mano, recitaba vehementemente el Gran Sutra. Se convirtió así en una monja bienhechora. Su celosa devoción le valió ser muy admirada, y la reputación de ser el avatar de la princesa

Chuyo, de vuelta a este mundo. La vida ejemplar de la reclusa suscitó también la fe religiosa del patrón de la Casa Tayimaya. Se cuenta que él ofreció al templo aquellas setecientas piezas de oro para que se destinara a ceremonias religiosas y oficios fúnebres. Asimismo, rogó por el descanso del alma de Seiyuro. A la sazón, los acontecimientos de este relato fueron escenificados en la región de Kioto-Osaka, y el renombre de Onatsu y Seiyuro se extendió hasta los pueblos y aldeas más remotos del país. Esta historia de amor era, pues, como si en el río Shinkawa de Osaka se hubiera lanzado una nave recién construida en donde los amantes embarcarían sus sueños y pasiones. Sin embargo, el viaje tendría un destino efímero como el de las espumas del río. Triste y fugaz es este mundo.

*HISTORIA*  
*DE*  
*OSÉN Y EL TONELERO*



*Llorando de amor, el tonelero reemplaza el aro inferior de la cuba que ha cedido al limpiarse el pozo*

**L**A VIDA HUMANA es limitada, pero inagotable la pasión amorosa. Había una vez un hombre que comprendía bien lo que de impermanente tiene nuestra existencia, pues fabricaba ataúdes con sus propias manos. Se servía diligentemente del taladro y de la sierra; sin embargo sus ingresos eran tan tenues como el humo del horno que encendía con las virutas de su cepillo. En el arrabal de Tenma, al norte de Osaka, lugar que convenía a su humilde condición, había alquilado una casa groseramente construida, con el techo cubierto de cañas. Pese a haber nacido en la vecindad, su hija poseía una belleza por encima de la común. No parecía ser provinciana. Blanco era su cuello desde la base de las orejas y se echaba de ver que sus pies no habían hollado la tierra de los campos.

Tenía catorce años y era el último día de diciembre cuando su padre, en dificultades para pagar con dinero el impuesto territorial del año, la envió a trabajar como criada donde unos ricos comerciantes. Allí había servido varios años. Dotada por naturaleza de un espíritu despierto, había cuidado con todo esmero de los ancianos padres que vivían retirados, sabía bien hacerle la corte a la dueña de casa y

complacer a todo el servicio doméstico. Se le había confiado, por consiguiente, la misión de sacar los objetos preciosos que se hallaban guardados en el almacén interior y devolverlos allí. En torno de ella, todos pensaban: «Si Osen no estuviera, buena falta que haría», y era ciertamente a causa de su cordura. Con todo, no entendía nada de los asuntos amorosos y hasta entonces había pasado vanamente sus noches en compañía de su sola almohada. Cuando, en son de broma, algún muchacho le tiraba de la manga o de las faldas de su vestido, ella no vacilaba en lanzar agudos gritos y no le dejaba al joven sino la tristeza de su fiasco, por lo que ningún hombre la requebraba. Había quienes censuraban esta conducta, pero es deseable que las jóvenes se comporten de ese modo.

Ahora bien, en la época en que transcurre esta historia, el siete de julio, fiesta de Tanabata, se presentaba, como ofrenda a la estrella Vega, siete piezas de vestidos que nadie aún se había puesto, doblados de manera que la manga derecha quede sobre la izquierda y acompañados de unas ramas de bambú con algún poema de circunstancias. Era divertido ver, de su lado, a la gente humilde festejar el día de las estrellas Vega y Altaír con ofrendas de pepinos y de ramas de caqui con sus frutos. Era también costumbre, en esta ocasión, que los inquilinos de las casas que daban a las callejuelas transversales o sobre la calle de atrás acudieran en ayuda de su propietario para limpiarle el pozo. Dicho espectáculo era uno de los más curiosos que era dable ver aquel día.

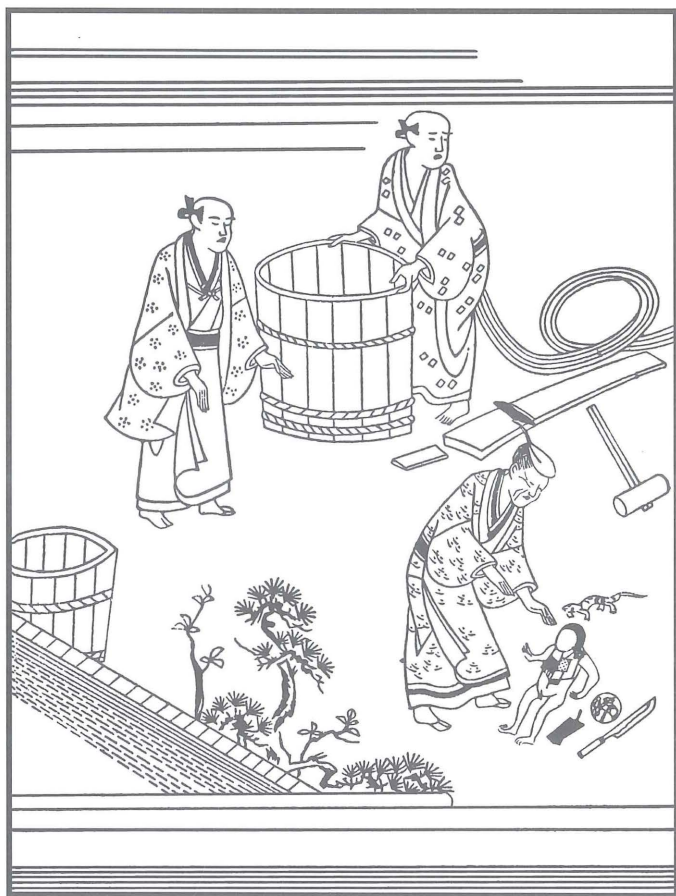
En efecto, cuando el agua fangosa del fondo del pozo había sido en gran parte vaciada y ya no se sacaba sino arena, se descubrió, mezclado con esta, diversos objetos que habían desaparecido y que se tenían por robados, entre otros, un cuchillo de cocina de hoja delgada; un trozo de alga laminar

atravesada por una aguja, que había debido servir para algún maleficio; un centavo con la efigie de un potro conducido a la mano; una muñeca desnuda privada de ojos y nariz; una clavija de calidad inferior que se coloca en la empuñadura de las espadas; un babero compuesto de diversas telas remendadas. Todo un lote de cosas dispares. Ciertamente, esos pozos exteriores, a los que no cierran tapa alguna, producen una sensación de incertidumbre.

Al llegar cerca del sitio de donde salía la fuente del pozo, el viejo clavo de dos puntas, que servía para mantener el aro de base de la cuba, cedió y se rompió. Fue llamado el tonelero acostumbrado para que reemplazara el aro de bambú.

Después de haber obstruido un hilo de agua que manaba del pozo, una vieja, toda achaques, se divertía con una especie de gusano que, aún vivo, nadaba allí. Habiéndole preguntado el tonelero qué era eso, respondió: «Es un lagarto de agua que acaban de sacar del pozo. ¿Acaso no sabes que, si se le encierra en un tubo de bambú para tostarlo y ya hecho polvo se esparce sobre la cabellera de la persona amada, esta queda prendada por su parte?». Todo esto dicho con el tono más persuasivo.

Antaño, esta vieja había sido conocida como práctica en abortos bajo el nombre de «la Kosan del estanque de Moeto-ike». Pero, habiéndose prohibido su profesión, dejó de ejercerla. Para vivir al día, trabajaba ahora en moler granos de trigo en un mortero para hacer harina de fideos. ¡Qué lástima que, llevando una existencia tan precaria, sus oídos fuesen indiferentes a los repiques de las campanas que, por la noche en los templos del barrio de Teramachi, anuncian la impermanencia! Caída en una sórdida miseria en la que veía las consecuencias de su pasado, le contaba al tonelero su temor por lo que pudiera sucederle en el futuro. Sin embargo, este no le prestaba atención a lo que decía y solo preguntaba,



«Es un lagarto de agua que acaban de sacar del pozo. ¿Acaso no sabes que, si se le encierra en un tubo de bambú para tostarlo y ya hecho polvo se esparce sobre la cabellera de la persona amada, esta queda prendada por su parte?».

con insistencia, cómo podría hacerse amar gracias al polvo de lagarto tostado. El desesperado interés del tonelero por conocer pormenores acerca del polvo, hizo que se despertase en el corazón de la vieja cierta compasión por este hombre, de modo que le dijo: «No le diré nada a nadie. ¿Quién es, pues, la que amáis?». El tonelero, muy emocionado, empezó a hablar de la persona por quien ardía de amor. Como si golpeará el fondo de uno de sus toneles, vertió todo lo que tenía en su corazón. «Esta persona —dijo llorando— no está lejos de aquí. Es Osen, la criada que sirve en esta casa. ¡Le he enviado un sinnúmero de misivas, pero jamás me ha contestado!». Meneando la cabeza con aire avisado, la vieja declaró: «En ese caso, ninguna necesidad de recurrir al polvo de lagarto. Te serviré de intermediaria y haré que este amor tenga éxito. Pronto verás tu pasión satisfecha».

Sorprendido, el tonelero respondió: «Hoy en día, para cualquier cosa es necesario mucho dinero y yo no podría comprometerme, bien que deseo ponerme en vuestras manos. De tenerlo, ¿cómo iba yo a negarme a ofrecérselo? Sin embargo, como regalo, yo podría presentar, al día de Año Nuevo, un vestido de algodón teñido al gusto de la destinataria; para la Fiesta de los Muertos, una pieza de tela de algodón blanqueado, de calidad mediana, producto de la ciudad de Nara. No sé si con esto me sería posible corresponder a vuestros favores».

A lo cual la vieja respondió: «Pero ¿acaso es esa una pasión interesada? Si acepto ocuparme, no es por ese motivo. Lo importante es tener éxito en haceros amar. Durante largos años, y hasta ahora, sirvo de intermediaria a miles de personas y jamás he conocido el fracaso. Haré que encuentres a Osen aún antes de la Fiesta de los Crisantemos, en septiembre».

Estas palabras atizaron aún más la pasión amorosa en la que ardía el tonelero. «¡Buena vieja! —exclamaba— ¡velaré,

sin falta, para que estéis provista, durante vuestra vida, de leña de quemar y podáis así preparar vuestro té!». Cierto es que ella era anciana, pero en este mundo, no se puede saber cuán larga será la vida; es bien cómico ver cómo, aun por amor, la gente acepta con tanta facilidad hacerse de tales compromisos.

### *Después de la danza, un fantasma en lo profundo de la noche*

EN EL BARRIO de Tenma, se hallan siete misterios. Estos son: El fuego en forma de quitasol, delante del templo de Daiyoyi; el niño sin manos del templo *shintoísta* de Shinnei; la mujer que camina de cabeza, en Sonezaki; la cuerda que aprieta por sí misma el cuello, en la undécima manzana de Tenma; el *bonzo* llorador, del barrio de Kawasaki; el gato que ríe, en el barrio de Ikeda; el mortero que echa humo en Ugüisu-zuka. Estas manifestaciones extraordinarias se deben sin duda a la intervención de viejos zorros o tejones que tenían el poder de metamorfosearse. Pero, en este mundo, el ser más terrible es aún el hombre, pues vemos que cambia también de aspecto para arrebatarnos la existencia.

El corazón del hombre cae de modo enteramente natural en las tinieblas del error, del mismo modo que es oscuro el cielo sin luna, en la noche ya avanzada del veintiocho de julio. Suspendidos en el tejadillo de las casas, los faroles de la Fiesta de los Muertos se apagan. Echando de menos el fin de las danzas de esta fiesta que se acababa, la gente, después de haber dado vueltas como loca desgañitándose al cantar, tomaba una a una el camino de casa. En las desiertas encrucijadas, aun los perros se encontraban sumidos ya en el sueño.

Después de haberse asegurado que la gran puerta de acceso al cuerpo principal del edificio se hallaba todavía entrea-bierta, la vieja proxeneta, a quien había comisionado el tonelero, entró cerrándola violentamente tras de sí; se precipitó al interior de la casa donde vivía Osen y se desplomó en el piso contiguo a la cocina. «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Horror! ¡Pronto, un vaso de agua!», exclamó con voz a punto de extinguirse. Parecía como si fuera a morir, pero como se apercibieron que aún respiraba, la reanimaron y recobró con bastante facilidad el ánimo.

La dueña de casa y su suegra fueron las primeras en preguntarle qué había visto para estar tan aterrorizada. Entonces, ella contó lo siguiente:

«Para una mujer de edad, no es nada conveniente pasearse durante la noche, pero como yo estaba acostada desde la noche sin pegar pestaña, salí para ver las danzas. Al llegar frente a la mansión del señor Nabeshima, me detuve a escuchar, sin aburrirme, al director del coro que cantaba admirablemente “Yamakudoki” y “Matsuzukushi”, con la misma voz que el maestro Doguen Yínbee de la capital. Luego me abrí paso por entre la muchedumbre y contemplé el espectáculo, usando como pantalla un abanico sobre los ojos. Aun en la oscuridad, la gente es harto lista y, sin dejarse engañar, bien veían que yo era una vieja. Así, pese a la elegancia de mi atuendo —vestido blanco sin forro con un cinturón negro anudado a la moda actual— a ningún hombre se le ocurrió pellizcarme el trasero. En resumen, una mujer no vale sino en tanto que joven. Me di la vuelta entonces, despechada, recordando algo del pasado y, ya había llegado hasta la proximidad de vuestra puerta principal, cuando un hermoso muchacho, al parecer de veinticuatro o veinticinco años, se agarró de mí, declarándome que el amor lo hacía sufrir hasta tal punto que dentro de uno o dos días iba a morir. “Verdaderamente, esta

criada Osen no tiene corazón; pero mi alma no tendrá otro objeto para su tenaz rencor que esta casa; en siete días, ¡les daré muerte a todos los que la ocupan, sin perdonar ni a uno solo!». Apenas había pronunciado estas palabras, la nariz empezó a crecerle y a enrojecérsele la cara; los ojos le chispeaban y he aquí que semeja al dios cuya estatua va a la cabeza del cortejo de la Fiesta de la Purificación en el templo de Sumiyoshi. Presa de espanto hasta perder el aliento, me precipité a vuestra casa». Todos quedaron muy sorprendidos. La suegra dijo, derramando lágrimas: «No faltan ejemplos en este mundo de hombres que secretamente languidezcan de amor. Osen está en edad de casarse. Si el muchacho tiene un buen oficio y no es jugador ni frecuenta los prostíbulos, en una palabra, si es serio, bien podríamos dársela. Pero, no sabemos quién es. ¡Pobre hombre!».

La estratagema, ideada por la vieja, hacía ver que era en verdad muy experta en intrigas amorosas. A las campanadas de medianoche, la llevaron a su casa de la mano. Mientras reflexionaba acerca del medio del que debería valerse para tener éxito, los rayos de la aurora tocaron su ventana. En la casa vecina, ruido de un eslabón que pega en el pedernal; llanto de un recién nacido; caza de los detestables mosquitos que habían penetrado en el mosquitero de papel y picado, la noche entera, a los durmientes. A la vez que atrapaba con una mano las pulgas alojadas en su ropa interior, una mujer, con la otra mano, retiraba unos centavos del cobre del altar de Buda a fin de comprar unas yerbecitas para cocerlas en el caldo. En el medio de este alboroto matutino común a la gente pobre, se podía escuchar a los esposos conversar amenamente. Las esteras desordenadas con las almohadas puestas hacia el sur daban a conocer que, la noche última, no se habían incomodado al infringir la prohibición referente al día *jinoe-ne*, a pesar del temor de

que el hijo concebido en dicho día se convirtiera en ladrón. Poquito a poco, el sol mañanero comenzaba a brillar. Y aunque el viento del otoño no fuera aún de un penetrante frescor, la vieja se había ceñido la frente con una toalla, a modo de compresa, para dar la impresión de estar bastante enferma. Mandó llamar al médico Okayami Dosai quien le prescribió un remedio que ella no tenía con qué comprar. De modo que ella misma se preparó la medicina en una tetera y en el momento en que la primera infusión estaba lista, Osen vino a visitarla por la callejuela de atrás de la casa. Con voz suave, le preguntó a la vieja cómo se sentía y sacó del bolsillo de su manga izquierda la mitad de un pepino encurtido al estilo de la provincia de Nara; la tajada estaba envuelta en hojas de nelumbio. Al poner el paquete sobre un atado de leña de quemar, dijo: «¡Ay caramba, he olvidado la salsa de soya. Ahora se la traigo!». Iba a regresar, cuando la vieja la retuvo diciéndole: «De modo inesperado, pronto voy a perder la vida a causa de vos. Como no tengo hija, rogad por mí después de mi muerte». Cogió entonces un viejo cubo destinado a guardar la agramiza y de allí sacó un par de calcetines de cuero violeta oscuro provistos de cordones rojos, así como una bolsita, hecha de retazos de tela, para contener un rosario búdico de la que retiró, para ponerla a un lado, la carta de divorcio que su marido le había enviado al repudiarla. En recuerdo suyo, la vieja le entregó esos dos objetos a Osen. Irreflexiva como lo son las mujeres, la muchacha se dejó engañar por palabras que creyó sinceras y, rompiendo a llorar, le dijo: «Ya que ese hombre está a tal punto enamorado de mi, ¿por qué, pues, no se dirigió a vos, tan buena concedora de las cosas del amor? Si me hubiera manifestado sus sentimientos, no habría tenido por qué sufrir».

Viendo que el momento propicio se había presentado, la vieja le contó todo el asunto. «¿Por qué os ocultaría ahora

las cosas? —dijo—. La profundidad de los sentimientos que, tantas veces, me ha revelado experimentar por vos, hace que no se pueda expresar con palabras compasión y piedad suficientes por él. Si lo rechazáis, mi propio rencor obstinado no podría apartarse de vos». Y continuó, desplegando toda la habilidad verbal que su larga experiencia le había concedido, tan bien que, muy naturalmente, Osen se dejó arrastrar hasta decir, cegada por la pasión que se le subía a la cabeza: «Tened a bien, cuando os plazca, hacerme conocer a ese joven». La vieja se puso muy contenta y le hizo de inmediato confirmar esta intención por un compromiso. «He encontrado —dijo— el mejor lugar para una cita. El once de agosto, partid pues, sin previo aviso, en peregrinaje al templo de Ise. Os uniréis ambos en el camino y, sobre la almohada, no os será sin duda desagradable deciros, en completa intimidad, que os amaréis la vida entera». Como para excitar la imaginación de la muchacha, añadió: «En cuanto al joven, es de buena presencia». De manera que, aun antes del encuentro, Osen ardía ya por él. Se puso entonces a hacerle toda suerte de preguntas, como: «¿Sabe leer y escribir? ¿Tiene el cabello arreglado al gusto actual, con la castaña caída hacia atrás? A causa de su oficio, ¿no habrá quedado encorvado? El día de la partida podríamos tal vez detenernos, desde la tarde, en Moriguchi o en Jirakata, y allí alquilar colchones y acostarnos temprano». En medio de todas estas frases diversas, se oyó la voz de Kume, sirvienta de enlace: «¡Señorita Osen, os llaman de casa!». Esta se dio vuelta dejando tras de sí estas palabras: «El once, sin falta».

*Tan delicioso como el agua de la capital es el amor de los enamorados que secretamente se ven para enlazar sus cuerpos*

CONTEMPLAR MAÑANA temprano los dondiegos de día en su plena floración será algo realmente maravilloso, de una frescura incomparable, —dijo el ama de casa—. Desde horas tempranas de la noche anterior, dio orden de disponer unos bancos a lo largo del seto posterior que se encuentra alejado de la casa, y extender por tierra un tapiz de flores; para la ejecución de sus órdenes, confiaba absolutamente en Osen. «Preparen —le dijo— una caja de dulces y arroz tostado. No olviden los mondadientes y la tetera. Tomaré mi baño mañana por la mañana, un poco antes de las seis. Me anudaré la cabellera sencillamente, en tres enroscadas. De indumentaria, sácame un kimono simple, con mangas anchas y forro de color de flor de duraznero. De cinturón, el de raso gris, adornado con círculos; como falde-llín, uno de color blanco, salpicado de dibujos que resalten. Si presto atención a estos detalles, es porque nos ven de casa del vecino. Por otra parte, no hagas que los criados lleven trajes remendados. A la hora habitual de levantarse, envía un palanquín para traer a mi hermana menor que vive cerca del puente de Tenyin-bashi». Después de impartir dichas órdenes, entró en un mosquitero de lujo, en cada una de cuyas cuatro esquinas estaba prendido un cascabel; se hizo abanicar por las criadas que se turnaban hasta que su ama se durmiera bajo el viento calmo de los abanicos que hacía sonar los cascabeles.

¡Tan solo para mirar las flores, en sus casas, en el jardín de atrás, las mujeres se vuelven así de amaneradas! Pero no son las únicas en ser ligeras y amar el lujo vistoso. Si la esposa

es pródiga, el amo de casa muestra aun mayor ostentación. Pone su orgullo en cortejar a la vez a Nokaze, hetaira célebre de Shimabara en Kioto, y Oguino del barrio de Shinmachi en Osaka; va a verlas diaria y alternativamente. Esta mañana salió temprano con el pretexto de visitar el templo de Tsumura y se hizo acompañar de un doméstico que llevaba en la mano un traje de ceremonia para ponerse delante de la estatua del dios, pero seguramente se fue derecho al lupanar desde la hora en que abren la gran puerta.

El once de agosto, un poco antes de la aurora, alguien tocó sigilosamente la puerta de la vieja, diciendo: «Soy yo, Osen». Apenas pronunció estas palabras, arrojó, por la puerta entreabierta, un paquete atado a prisa, y se marchó. Temiendo que Osen se hubiera olvidado de poner en ese equipaje algún objeto necesario, la vieja encendió su lámpara y examinó el contenido del atadizo. Encontró cinco tiras de centavos, cada una de las cuales tenía el valor de un *monme* de plata, y dieciocho *monme* en pequeñas monedas de plata; alrededor de tres *sho* y medio de arroz blanco; una barra de bonito seco; un par de peines en una bolsita para amuletos; un cordón teñido en varios colores para fijar el cinturón; un vestido con forro, color de hollín plateado; una bata ligera con dibujos de abanicos ya bastante usada; medias de algodón con las costuras deshechas; sandalias de paja cuyos cordones estaban flojos; un sombrero de juncos trenzados sobre el que se hallaba escrita la dirección de Osen: «Tenma Jorikawa». Considerando que esta inscripción no era conveniente, la vieja se puso a borrarla, lavándola de manera que no quedara ninguna huella. Justo en ese momento, alguien tocó la puerta y se escuchó la voz de un hombre que dijo antes de marcharse: «Anciana señora, voy adelante. Ya nos veremos». Momentos después llegó Osen que, con voz temblorosa, anunció: «Ahora es el instante

oportuno para partir sin ser vista por los amos». La vieja tomó el paquete y partió vivamente con Osen, por un camino donde no corrían riesgo de ser notadas. «Aunque sea un gran esfuerzo para mi edad, os acompañaré hasta Ise, ya que se trata de una peregrinación a los templos de los dioses», le dijo a Osen. Pero esta mostró una expresión desaprobadora y le dijo que no podía ser asunto para una persona de edad un viaje tan largo. Añadió: «Presentadme a ese joven y, hecho eso, volved a Osaka por el barco nocturno desde Fushimi». Quería dejar plantada a la vieja, para librarse de ella, y caminaba rápidamente como impacientada.

En el momento de atravesar el puente de Kiobashi, se dieron con Kiushichi, fámulo de la casa donde servía Osen. Había venido a ver el desfile de los *samurai* que esa mañana entraban de guardia al Castillo de Osaka. Para Osen fue una sorpresa ser así descubierta, pero no podía hacer nada para evitar este obstáculo a su amor. «Yo mismo —le dijo él— me proponía desde hace tiempo realizar esta peregrinación, y he aquí que me encuentro a los mejores compañeros de viaje. Voy a cargar vuestro equipaje. Muy felizmente, llevo conmigo algún dinero y cuidaré de que no os falte nada». Si se expresaba con tanta amabilidad, era porque también él tenía un secreto sentimiento para con Osen. A estas palabras, la vieja cambió de expresión y, de mal humor, declaró: «Os ruego insistentemente, tened a bien no venir. No está permitido a un hombre acompañar a mujeres que viajan, pues, en definitiva, la gente no considera el asunto como algo natural; más aun, los dioses de Ise reprueban severamente esta suerte de escolta. Yo misma he visto gente, u oído hablar de ella, que se ha expuesto a la vergüenza pública por haberse comportado así». Pero Kiushichi replicó: «De vuestra parte, no me esperaba tantas sospechas, pues no experimento ningún sentimiento amoroso por la señorita Osen; no tengo sino una

piadosa intención respecto de los dioses. En cuanto al amor, los dioses lo favorecen sin que haya necesidad de rogarles. Con tal que el corazón sea sincero, los dioses del Sol y de la Luna nos muestran compasión. Según le plazca a la señorita Osen, os acompañaré por doquier. Al regreso, pasaremos por Kioto para descansar cuatro o cinco días. Es precisamente el momento en que los arces se han vuelto rojos en Takao y ya están maduros los hongos para su recolección en Saga. En Kawaramachi se halla el albergue adonde acude habitualmente nuestro amo, pero nos presentaría todo género de inconvenientes. Reservaré un gracioso cuartito muy agradable, al oeste del gran puente de Sanyo, en la tercera avenida, y haré que la anciana señora haga una peregrinación al templo de Jonganyi, en la sexta avenida». Al disponer así, a su guisa, de la situación, Kiushichi creía haber ya conquistado a Osen, mas aquello era solo una conclusión precipitada.

El sol de otoño se inclinaba al fin para su puesta en las montañas hacia Yamazaki, y nuestra gente había llegado a medio camino, a la sombra de los pinos que orillan el dique del río Yodogawa. Pudieron entonces divisar, sentado al pie de un álamo blanco, a un hombre engalanado que parecía esperar a alguien. Al acercársele, las mujeres reconocieron al tonelero. Con la mirada, la vieja le hizo señal de ir a su lado, en vista de que las circunstancias eran incómodas, y él hizo su camino ya precediéndolas, ya siguiéndolas. Era una situación imprevista y enfadosa. Entonces, la vieja le dirigió estas palabras al tonelero: «Parece que vos también marcháis en peregrinación a Ise, y os halláis solo. Veo que sois de buen natural; id pues a la misma posada que nosotros». El tonelero, feliz, respondió: «Se dice que tener compañía en el viaje es lo más alentador. Muchísimas gracias por su invitación». Pero el semblante de Kiushichi expresaba una absoluta

reprobación. «Es inconcebible —dijo—, tomar a alguien por compañero de viaje sin saber quién es ni de dónde viene y, sobre todo, tratándose de un viaje de mujeres». Pero la vieja, con un tono de voz impregnado de benevolencia, respondió: «Confiemos en la divina providencia. En cuanto a Osen, ella tiene a su lado a un bravo mozo como tú. De modo que nada malo puede suceder». Osen y el tonelero se alojaron en la misma posada, mas no les fue posible conversar íntimamente de sus proyectos, por ello ambos jóvenes buscaban una ocasión favorable. Pero Kiushichi estaba allí vigilándolos: había retirado la puerta corrediza uniendo, de tal manera, los dos cuartos; hasta cuando tomaba su baño, estiraba el cuello hacia afuera para observar los movimientos del otro. Acabado el día, se acostaron pero con las cuatro almohadas alineadas.

Desde su lecho, Kiushichi, alargando la mano, inclinó el plato de la lamparilla a fin de que la mecha no se remojara más en el aceite y se apagara pronto. Por lo concerniente al tonelero, este levantó entonces el postigo que se hallaba cerca de su cabecera, diciendo: «¡Hasta el otoño este calor!». La luna, que iluminaba todo el cielo, dibujó netamente la forma de los durmientes. Osen aparentó roncar y Kiushichi le puso encima el pie derecho. Al ver esto, marcando el compás con su abanico, el tonelero se puso a declamar un pasaje del drama para marionetas Yotsugui-Soga, (Los Soga herederos): «El amor es un traidor que nos hace caer a todos en el abismo del error...». Osen entonces abrió los ojos y dirigiéndose a la vieja le dijo: «No hay nada más terrible para las mujeres que traer niños al mundo, de ahí que siempre he tenido la idea, cumplido mi tiempo de servicios, de llegar a ser novicia en el templo de Fudo en Kitano y de hacerme monja por el resto de mi vida». La vieja, que escuchaba medio despierta, medio en sueños, le contestó: «Es lo mejor que puedes hacer. En esta vida

solo nos esperan desilusiones». Era de observar cómo se presentaban las cosas a la sazón: la almohada de Kiushichi, que en la noche estaba vuelta hacia el oeste, se hallaba ahora pasada al sur. Su faldellín estaba deshecho, lo que, en el curso de una peregrinación, es señal de una cierta negligencia. Por lo que respecta al tonelero, era chistoso ver el aire contrariado que presentaba llevando en la mano un fajo de papel de seda y una concha de almeja con aceite de clavo de olor. Mutuamente, durante la noche, se obstaculizaban, estableciendo en el camino que conduce al amor una especie de paso difícil de franquear.

A propósito de paso, al día siguiente del paso de la montaña de Osaka, alquilaron un caballo en la posta de Otsu. Montaron en él en una albarda de compartimientos, destinada a llevar tres personas. Los viandantes podían hallar este espectáculo extravagante, pero nuestra gente no pensaba en el juicio que podía provocar al ser vista: primero, estaba fatigada y, sobre todo, cada cual tenía en qué pensar. Osen iba sentada en medio, y cuando Kiushichi le apretaba la punta del pie, el tonelero le introducía la mano en el pecho; ambos retozaban así a hurtadillas, el corazón regocijado. Como la verdadera intención de cada uno de ellos no era la peregrinación, no fueron ni siquiera al templo interior ni a la bahía de Futami y se contentaron con una corta visita al templo exterior. Para señalar esta, se limitaron a procurarse amuletos y algas marinas.

Bien que mirándose oblicuamente durante la ruta, ambos rivales tomaron sin incidentes, hasta Kioto, el camino de vuelta. Al llegar a la posada que había escogido Kiushichi, el tonelero, sacando la cuenta de memoria, pagó los adelantos que el otro le había hecho durante el viaje, se excusó de las molestias que había podido causarle y, después de agradecerle, se despidió.

Convencido de que en adelante podría valerse libremente de las dos mujeres, Kiushichi le ofreció regalos a cada una de ellas. Impaciente por alcanzar el fin del día, fue en el intervalo a visitar a uno de sus amigos en el vecindario de Karasumaruru. En su ausencia, la vieja salió de la posada con Osen; de creerles, iban a hacer sus devociones en el templo de Kiyomizu. A prisa, ganaron el barrio de Guion y se detuvieron a la entrada de un restaurante en el que se preparaba comidas para llevar en cajas. En la persiana de bambú había un papel donde, como señal, estaban dibujados un taladro y una sierra. Osen entró a la tienda y se encaminó directamente al segundo piso, donde la esperaba el tonelero. En presencia de la vieja, cambiaron las copas que ligan de por vida a los esposos. Después de lo cual, la vieja bajó a la tienda y se puso a tomar una taza tras otra de té, exclamando: «¡Qué buena es el agua de aquí, el té está delicioso!».

Ese fue el comienzo de la unión entre Osen y el tonelero. De Fushimi, por barco diurno, el tonelero volvió a Osaka.

De vuelta a la posada, la vieja y Osen le dijeron bruscamente a Kiushichi: «En seguida volvemos a Osaka». Quiso retenerlas proponiéndoles quedarse dos o tres días para visitar la capital. Pero ellas partieron, diciendo la vieja: «¡Oh no, oh no!, ¡el ama va a creer que Osen se ha divertido con un muchacho!».

Kiushichi se quedó malhumorado y cuando le pidieron que les hiciera el favor de ayudarlas con uno de los paquetes, se rehusó pretextando que le dolía el hombro. En el camino de vuelta, pasaron delante del gran Buda del templo de Jokoyi y del santuario, consagrado al zorro, de Fushimi. Se detuvieron a descansar un rato en Fuyi-no-mori, pero esta vez cada quien pagó su taza de té.

*Encendido el amor en el corazón de los enamorados,  
fundan estos un nuevo hogar*

**A**SU VUELTA, el ama, molesta, les dijo: «Ya que teníais la intención de ir en peregrinación a Ise, era necesario decirlo en casa, y os habríamos ofrecido para el viaje un palanquín o un caballo de albarda que hace directamente el camino. ¡Pero divertirse en hacerlo a ocultas! Y estos regalos, ¿con los centavos de quién han sido comprados? ¡Aun..., aun un matrimonio no haría nada semejante! ¡Y habéis llegado hasta a permitirnos retornar juntos de la peregrinación! ¡Kiushichi, para festejar la vuelta de Osen anda a hacerle la cama! Osen era una mujer ingenua, y se ha consentido, ¿es que tú la has inducido a ello? Tú te has aprovechado de su inocencia para provocarla y enseñarle placeres prohibidos». Kiushichi tuvo a bien a buscar su justificación, sin embargo, el ama no quiso aceptar ninguna de sus explicaciones. Pese a ser inocente de toda falta, se dudó de él; tanto que, sin esperar el cinco de noviembre, fecha en que se hace el relevo de los domésticos, fue despedido. Buscó trabajo en una casa de transportes que se dedicaba a llevar el arroz a la capital. La agencia se llamaba Bizenya y tenía su local en el barrio de Kitajama. Aquí estuvo trabajando varios años y tomó por mujer a Yatsujashi-no-Cho, sirvienta destinada a satisfacer los bajos deseos de los compradores. Kiushichi posee ahora un restaurante de *sushi*, en Yanagui-koyi, y hace largo tiempo que aquella pasión por Osen se esfumó completamente de su corazón. No hay nada que hacer, los hombres son caprichosos e inconstantes.

Osen, por su parte, sin que nada cambiase de su condición, continuó sirviendo en casa de sus amos, pero no podía

olvidar su pasajero amor con el tonelero. Tenía el espíritu ausente, no distinguía el día de la noche. De modo muy natural, se descuidó de sí misma, no se ocupó más de su arreglo personal, cosa esencial para una muchacha. Su aspecto se había hecho vulgar; adelgazaba cada vez más. Mientras tanto, un gallo, equivocándose de hora, cantó por la noche; el gran caldero se pudrió por sí solo hasta perder su fondo; la pasta de soya fermentada que se sirve diariamente cambió de sabor; un rayo cayó sobre el tejadillo del almacén interior; estos y otros signos nefastos fueron acumulándose. Bien que tales fenómenos se produjeron naturalmente, causaron alguna inquietud en la casa. El rumor se propagó, sin que se le pudiese atribuir a alguien en particular, de que todo ello era el efecto de la venganza obstinada de ese muchacho que ardía por Osen, y que ese muchacho era el tonelero. El rumor llegó a oídos del amo de Osen, quien entonces dijo: «De todos modos, hay que darle a Osen como mujer a ese muchacho». Ordenó a la vieja de la calle transversal que tratara confidencialmente el asunto. Esta, con mucha astucia, hizo observar que, en su conocimiento, habiendo Osen repetido a menudo que no deseaba casarse con un obrero, el proyecto casi no tenía visos de lograr éxito. El amo observó que sería inútil para ella mostrarse difícil en su elección, pues «lo que importa en el matrimonio es ante todo contar con medios de existencia». Consiguió que la vieja aceptara este parecer. Se pusieron al habla con el tonelero respecto al matrimonio, cuyo compromiso se decidió. Osen debió cerrar, bajo las axilas, la abertura de sus vestidos; se tiñó de negro los dientes. Se fijó un día fasto para las bodas. De regalo, recibió en esta ocasión un baúl de madera blanca de tamaño mediano; un par de cestas para vestidos, como se fabrican en Fushimi, de tres pulgadas de espesor; una de esas cajas para guardar ropa que se llevan al cabo de un palo y que están forradas con

papel; dos trajes con forro, de mangas cortas, que había llevado su ama; frazadas acolchadas; un mosquitero de bordes rojo granza; un abrigo teñido a la moda antigua; veintitrés piezas en total. Además, doscientos *monme* de plata. El carácter de los cónyuges se convenía; la felicidad estaba predicha. El marido era honesto y laborioso, se dedicaba íntegramente a su trabajo; la mujer aprendió a tejer las telas de negras listas longitudinales. Y como trabajaban diligentemente, el día entero, no tenían necesidad, para evitar a sus acreedores, de abandonar su domicilio en la época de arreglo de cuentas, antes de la Fiesta de los Muertos o del último día del año. Vivían, pues, hartamente convenientemente. Ella cuidaba de modo muy especial a su marido: en los días nevados, o cuando levantaba viento, envolvía la pequeña artesa de madera con tapa que contenía el arroz cocido, a fin de que no se enfriara; en verano, no separaba su abanico de la almohada de su marido y así podía refrescarlo. Cuando él se hallaba ausente, cerraba la gran puerta desde la caída de la noche. Jamás miraba a otro hombre que no fuera su esposo, y no pronunciaba un par de palabras sin agregar algún comentario afectuoso sobre su marido. Pasó el tiempo. El feliz matrimonio tuvo dos hijos; sin embargo, su amor hacia su marido se hallaba aún corroborado.

Pero toda mujer es de humor versátil. Se deja cautivar íntegramente al escuchar dulces historias de amor. Toma por reales los dramas fabricados que va a ver en los teatros de Dotombori. Tarde o temprano, su corazón se encuentra pervertido. En Tennoyi, antes de que los cerezos pierdan sus flores, o en Kannondo, cuando las glicinas están en su plenitud, van también ellas a disipar su espíritu admirando a los hermosos muchachos. De vuelta a casa, terminan por disgustarse del esposo que las mantiene toda la vida. Nada menos razonable. Abandonan entonces todo cuidado de

economía: ya no vigilan a los criados que queman demasiada leña en el horno; les importa poco que la humedad licue la sal o que se hayan encendido lámparas de aceite allí donde no se necesitan; se impacientan de no ser repudiadas bastante pronto cuando ha menguado el dinero de la casa. Para un hombre, este género de vida conyugal es simplemente horrible. Hay mujeres que, en menos de siete días, le dan sucesor a su difunto marido; otras que se vuelven a casar cinco veces, aun siete, después de su divorcio. ¡Qué bajeza en el corazón de la gente de vil origen! Pero, en las clases altas, es cosa verdaderamente impensable. En ellas, una mujer no se debe, su vida entera, sino a un solo hombre. Si alguna dificultad surgiera entre los esposos, no era raro que la mujer, así fuese aun joven, se retirara del mundo, sea en el templo de Doyoyi en la provincia de Kawachi, sea en el de Jokkeyi de Nara. Mas entonces, ¿por qué, en las clases viles, se cuentan hoy tantas mujeres que tienen un amante secreto? Es que, dolorosamente consciente de su deshonra, pero deseoso de que no se divulgue, el marido la devuelve sin más formalidades a su familia; o bien, aun comprobando el delito, es bastante vil y ávido de oro y plata como para arreglar el asunto amistosamente, a cambio de una indemnización. Y como fácilmente se les perdona la vida a mujeres culpables, admiraos si nunca se acaba con estos asuntos inmorales.

Sin embargo, en este mundo hay dioses; hay la retribución de las acciones. Por más que se las oculte, son conocidas. ¡La vida de la lujuria es terrible!

*La vida es tan frágil como las virtudes que deja caer el tonelero*

UN COMERCIANTE de levadura había enviado a la gente de su barrio la carta de invitación que sigue: «El próximo dieciséis, deseoso de ofrecer una modesta comida con ocasión de un oficio religioso, os quedaré reconocido por el honor de vuestra presencia. No se observará ningún orden de precedencia. Chozaemon, mercader de levadura».

Este comerciante se decía: «En este mundo, meses y años pasan como sueños o apariciones fantasmales. He aquí ya el quincuagésimo aniversario de la muerte de mi padre. Me felicito por haber vivido hasta ahora para poder celebrar esta ceremonia. Tal como lo enseña la tradición de los antiguos, en el quincuagésimo aniversario se come ligero en la mañana, pero en la noche se come pescado, se canta y se bebe. Y a partir del siguiente año ya no se celebra ninguna ceremonia de condolencias para el difunto». Considerando que la ceremonia era la última, estimó que debía hacer mayores gastos, y con ese fin había ordenado todos los preparativos. Las mujeres del vecindario que tenían trato con la tienda se habían reunido allí y secaban, para colocarlos enseguida en los estantes, las tazas y utensilios diversos, así como los objetos laqueados tales como jarras, vasos chatos, tacitas y platos tendidos montados sobre pie. A la mujer del tonelero, que estaba en términos de amistad con la casa, habiéndose presentado para ayudar en la cocina, se le pidió, ya que era atenta y hábil, que fuera a la repostería y acomodara los pasteles en los azafates rectangulares de altos bordes. En estos azafates, ordenadamente se disponían los pasteles rellenos de pasta de frijoles rojos, caquis redondos y chatos, gruesas

nueces mondadas; pasteles secos llamados *rakugan* que se preparan con harina de arroz; frutos de *kaya*, mondadientes de cedro para picar y coger los dulces. Había ya casi terminado su trabajo, cuando al amo de casa, Chozaemon, queriendo bajar del estante unas escudillas, se le resbalaron de la mano y fueron a dar sobre la cabeza de Osen. Los lazos que mantenían el lindo tocado de la mujer se desanudaron de inmediato; pero ella le dijo al amo, que se disculpaba: «No se preocupe, no es nada» y, después de haber arrollado su cabellera deshecha, se dirigió a la cocina. Al verla, la mujer del amo, presa de los celos, le dijo en tono de reconvención: «Tu cabellera estaba muy linda no hace un instante, pero de pronto se te ha deshecho toda en la repostería. ¿Qué ha sucedido, pues?». Osen, que no tenía nada que reprocharse, respondió tranquilamente: «Es que al señor se le cayeron unas escudillas cuando las sacaba de la repisa». Por más que dijo la verdad, la mujer del amo no quiso admitirla en absoluto. «Así pues —dijo— ¡he aquí escudillas que caen extrañamente, aun de día! No sabía que en casa teníamos escudillas tan seductoras. El tocado se deshace cuando una se acuesta demasiado a prisa, sin descansar la cabeza en una almohada. Y ese hombre, a su edad, y en el curso de una ceremonia para su difunto padre, dedicándose a hacer el amor». Furiosa, derribó y arrojó de lado los platos donde se había dispuesto con todo esmero, en las más variadas formas, tajadas de pescado crudo. Todo el día, en toda ocasión, no cesó de remachar sobre el incidente y no dejó de perturbar a todos con el relato del incidente. Fatal desgracia para el amo ser el esposo de una mujer tan profundamente celosa. Después de haber oído todo el día, con gran disgusto, las palabras del ama, Osen juzgó que el corazón de aquella mujer era verdaderamente detestable. «Y bien, ya que me ha desprestigiado acusándome injustamente —se dijo—, peor para ella. ¡Voy a

emprender la seducción de Chozaemon para darle una buena lección a esa mujer!». Pero este particular sentimiento de venganza pronto se convirtió en un amor real. Llegó a intercambiar con el amo secretas confidencias y ambos no esperaban sino una ocasión para llevar a buen término la satisfacción de su pasión amorosa. Esto fue el veintidós de enero del segundo año de la era de Yokio, en 1685. Esa noche era favorable, pues es para las mujeres la oportunidad de reunirse, como distracción del Año Nuevo, a fin de jugar a la rifa y otros juegos. Entretenidas con estos, todas se divirtieron hasta horas bastante avanzadas. Algunas que habían perdido se retiraron del juego, pero otras que habían tenido suerte seguían incansables probando su fortuna. También había algunas que sin darse cuenta se habían quedado dormidas y roncaban plácidamente. La lámpara estaba a punto de apagarse en casa del tonelero quien, fatigado por su trabajo del día, dormía tan profundamente que nada habría sentido, aun si lo hubieran agarrado de la nariz. Chozaemon, que había espiado la vuelta de Osen, le hizo comprender que, ahora era buena la ocasión para realizar lo que ellos se habían prometido secretamente. Como ella no podía rehusarse, introdujo al amo en su casa. Fue para ellos el principio y fin de su aventura amorosa; pues no bien habían terminado de despojarse de su faldellín, el tonelero abrió los ojos: «¡Ah! ¡Os he sorprendido! ¡No os dejaré escapar!». Chozaemon, sin recoger sus prendas, se dio a la fuga completamente desnudo, aterrado como si el alma se le escapara del cuerpo.

Ya que no pensaba sino en salvar su pellejo, se refugió bien lejos, en casa de una persona conocida en Fuyi-no-tana. En cuanto a Osen, quien comprendía que todo estaba perdido para ella, resolvió acabar con su vida. Cogió un escoplo para atravesarse el corazón, y murió miserablemente. Más tarde, sus despojos y los de su culpable amante fueron

expuestos, para su vergüenza, en el campo de ejecución. Su renombre sirvió de tema a numerosas canciones que se han difundido hasta las provincias más remotas. Las malas acciones no pueden dejar de ser castigadas. Terrible. ¡Terrible, en verdad, es este mundo!

estos, para su vergüenza, en el campo de ejecución. Su nombre sirvió de tema a numerosas canciones que se han difundido hasta las provincias más remotas. Las malas acciones no pueden dejar de ser castigadas. Terrible. ¡Terrible, terrible, es este mundo!



*HISTORIA*  
*DE*  
*OSAN Y MOEMON*



*Una garita para el examen de las bellas. En la avenida Shijo en Kioto, se contempla un espectáculo de flores vivas*

EL CALENDARIO del segundo año de la era Tenna (1682) menciona: «Primer día del Año: “Dedicado a la práctica del arte caligráfico; día favorable para todo”. Segundo día: “Propicio para la reanudación de las relaciones conyugales”». Desde los lejanos años cuando los dioses fueron instruidos acerca de estas relaciones por los pájaros llamados *conocedores del amor*, hombres y mujeres no han cesado jamás de hacer el amor.

Ahora bien, a la sazón vivía la bella esposa de un editor de almanaques. Aún muchacha, había dado pábulo a comentarios galantes y levantado una montaña de pasiones en la capital. Sus cejas igualaban en belleza a la luna creciente fijada como ornamento a las lanzas que acompañan los carros en la Fiesta del Templo de Guion; su figura tenía el candor de las flores de los cerezos tempranos al abrirse en el templo de Kiyomizu; el brillo de sus labios poseía el color de las hojas de arce bermejas en la cima de las ramas cuando el otoño se las contempla esplendorosas en Takao. Por ese tiempo, vivía en la calle de Muromachi. Se vestía a

la moda; su *kimono* era de un diseño nuevo y original. Era, sin duda, la mujer más hermosa y atractiva de toda la capital.

La estación primaveral, en la que el corazón de los hombres se anima, ya se hallaba avanzada. Las glicinas de Yasui eran una nube violeta de flores que eclipsaba hasta el verdor de los pinos. Al atardecer, un mar de gente regresaba de contemplar las flores, creando sobre el monte Jigashi otra montaña de bellas mujeres.

Ahora bien, por otra parte, vivían entonces cuatro inseparables compañeros de juega, conocidos en toda la capital por su apostura y entrega al libertinaje. La herencia que sus padres les dejaron les permitía darse diariamente a los placeres de la voluptuosidad y sin tregua desde el comienzo hasta el fin del año. El día anterior habían pasado la noche en el lupanar de Shimabara, en compañía de cortesanas de alto vuelo, tales como Morokoshi, Janazaki, Kaoru, Takajashi. Hoy habían amado a los jóvenes actores del teatro *kabuki* en Shiyo-gawara, como Takenaka, Kichisaburo, Karamatsu Kasen, Fuyita Khichisaburo, Mitsue Sakon. Agotaban, así, todo placer que estuviese a su alcance; no les importaba que fuera noche o día, hombres o mujeres. Ese día, ya terminada la función teatral, se encontraban sentados en la casa de té Matsuya. Uno de ellos dijo: «Es raro que se pueda ver tal como hoy un gran desfile de bonitas mujeres de la ciudad. A ver si hallamos alguna belleza que llame nuestra atención». Con este fin, pidieron a un actor, de ojo bien ejercitado, que les sirviera de experto en este arbitraje. Para ellos era una excepcional satisfacción aguardar así, al fin del día, el pasaje de las mujeres que volvían de ver las flores. Pero la mayoría pasaba en palanquín y era lamentable no poder verla. Otras volvían a pie, en grupos esparcidos. Ninguna era desagradable, pero hasta allí ninguna había cautivado el corazón de

los jóvenes. En todo caso, habían depositado al alcance de la mano papel y pincel para anotar las únicas bellezas que serían juzgadas satisfactorias. Para comenzar, una de ellas parecía tener treinta y cuatro o treinta y cinco años. Su cuello era alto y precioso, los ojos inteligentes. El nacimiento del cabello en la frente dibujaba una hermosa línea. La nariz, ligeramente más grande que lo deseable, pero no tanto como para estropear su belleza. Vestía tres *kimonos*: el de abajo tenía un forro de seda blanca, el del centro, azul y el de encima, amarillo. En la manga izquierda había hecho dibujar un pasaje de la obra del *bonzo* Yoshida: «sentado al pie de una lámpara, leo en la soledad un texto antiguo...», lo cual denotaba de su parte un gusto refinado. Tejido en relieve, el dibujo de su cinturón de terciopelo era el de tejas almenadas en damero. Llevaba el rostro cubierto con un velo de los que usan las damas de la Corte. Sus medias eran de seda violeta claro y los cordones de sus sandalias estaban hechos de hilos trenzados, de tres colores. Su andar era silencioso y movía rítmicamente las caderas. Mientras que ellos la miraban, diciéndose: «¡Tiene suerte el tipo que la tenga por mujer!», abrió la boca para hablar a sus criadas, lo que dejó ver que le faltaba uno de los dientes inferiores. Ese defecto enfrió de inmediato todo el deseo amoroso de los jóvenes.

Muy poco después, pasó una joven que podía tener diecisiete años cuando más. A su izquierda llevaba por compañera a una persona que parecía ser su madre; a su derecha, con traje negro, una monja; detrás, criados y criadas le formaban un cortejo muy atento, lo que podía hacer creer que aún no estaba casada. Pero tenía los dientes teñidos de negro y las cejas rasuradas, lo cual daba a conocer que sí lo estaba. Rostro de una atrayente redondez; mirada inteligente; orejas graciosamente dispuestas; grosezuelos los dedos de la mano

y el pie; la piel fina y blanca. Su indumentaria le asentaba a las mil maravillas. El pliegue interior de su *kimono* era de color amarillo entero, el del medio violeta y el de encima de raso gris con un bordado sobrepuesto figurando un vuelo de gorriones perfilados. El cinturón, de un solo ancho, estaba tejido con hilo de colores diferentes, dispuestos escalonadamente. El cuello se abría un poco más de lo común sobre el pecho; el andar era elegante. Su sombrero cónico, laqueado de negro, estaba sujeto por cordones de papel retorcido y variopinto. Con toda seguridad, era la más hermosa. Pero, al mirarla nuevamente, notaron sobre un lado del rostro la cicatriz de un corte de más de siete décimas de pulgada que verosímilmente no podía ser de nacimiento. Todos rieron cuando uno de los jóvenes comentó: «Debe de habersele caído a la nodriza cuando era bebe. ¡Cómo ha de odiar a la vieja!».

Luego fue el turno de una mujer que podía tener veintinueve o veintidós años. Su vestido —de tela de algodón tejida en casa— tenía un forro remendado que era vergonzoso de ver cuando un golpe de viento le levanto los bajos. Su cinturón, que parecía confeccionado con los retazos de tela que deja el corte de un abrigo *jaori* era, por eso mismo, de una lamentable estrechez. Sus medias de cuero violeta, pasadas de moda, y sus sandalias de paja, de las que se fabrican en Nara, disparejas. Llevaba un viejo sombrero de algodón sobre una cabellera que, no habiendo sido peinada probablemente desde hacía algún tiempo, se hallaba en un descuidado desorden y había sido enroscado de prisa. Iba, sin ninguna afectación, paseándose por su propio gusto. Pero los rasgos de su rostro eran impecables. Y todos nuestros jóvenes, seducidos ante su vista, pensaban: «¿Podrá haber en el mundo otra muchacha tan bella de nacimiento?». ¡Si se vistiera con hermosos trajes, haría morir de amor a sus pretendientes! ¡Qué lástima que haya nacido pobre!». Así la compadecían.

La hicieron seguir secretamente y se enteraron de que era una obrera que cortaba hojas de tabaco y vivía al cabo de la calle que llevaba al templo de Seiganyi. Tal relato les causó pena y sintieron todavía mayor compasión por ella.

Luego siguió una mujer de veintisiete a veintiocho años cuya indumentaria era de una elegancia exquisita. Sus tres vestidos, que llevaba uno sobre otro, eran uniformemente de seda negra. El borde de los vestidos dejaba ver un forro de seda roja, entera. El vestido de encima presentaba, bordado con áureos hilos, el emblema estilizado de la familia. El cinturón, de gran anchura, que llevaba anudado por delante, era de brocado tejido a la manera china y rayado con hilos trenzados. Su cabellera, tocada de un moño al estilo *nagushimada*, se mantenía por un cordón plano, de papel y atravesado por un par de peines. La cabeza la tenía recubierta con una toalla adornada con un dibujo de estilo pincel arrasado. Como tocado, pero no muy metido, para permitir que apareciera su rostro, del cual estaba orgullosa, un sombrero cónico del tipo de los que usaba Kichiya, el actor de papeles femeninos del teatro *kabuki*, y sostenido por cuatro cordones trenzados de colores diferentes. Caminaba sin hacer ruido, retorciendo ligeramente las caderas. «¡Oh! ¡Aquí la tenemos! ¡Esa es a quien esperábamos! ¡Atención, muchachos!», exclamaron los cuatro compinches al verla venir. Iba acompañada por tres sirvientas, cada una con un niño en los brazos. Menudo chasco se llevaron los jóvenes al enterarse de que la mujer era casada y había estado alumbrando de seguida. Caminaba fingiendo no prestar atención a los niños quienes, detrás de ella, la llamaban: «¡Mamá! ¡Mamá!». «A una mujer tan hermosa, por más que esos niños sean suyos, deben causarle un serio fastidio. ¡A las mujeres les valen su hermosura y elegancia mientras no hayan parido». Profiriendo tales palabras, los mozos se echaron a reír de

tal modo que la mujer estuvo a punto de desvanecerse de vergüenza.

Por último, el aire altanero, en un palanquín, llegó una jovencita de trece o catorce años. Su cabellera la tenía ligeramente levantada en su extremidad y unida por una tela de seda roja replegada. Por delante, sus cabellos estaban separados por una raya, al modo de los efebos, y ceñidos por un cordón de papel dorado. Llevaba allí un peine, cuyo reverso tenía media pulgada de espesor, que se destacaba netamente. Era de una hermosura perfecta; no se le encontraba defecto alguno. La camisa de raso blanco estaba adornada con dibujos a tinta china. El vestido de encima era de raso dorado donde se habían cosido dibujos que representaban pavos reales. Cubría el vestido una red de hilos de seda china, que dejaba ver, por transparencia, esos dibujos. Sobre este vestido refinado, había ella anudado un cinturón de doce colores. Sus pies desnudos calzaban sandalias con cordones de papel. Su sirvienta le llevaba el sombrero cónico, último grito de la moda, y a la altura del rostro tenía una rama de glicinas de la que caían abundantes racimos. En su actitud, se hubiera dicho que quería exponerlos a las miradas de quienes no habían podido contemplarlos en la naturaleza. Su belleza opacaba a todas las que habían observado los cuatro compañeros; estuvieron deseosos de conocer su nombre y se informaron por uno de los del séquito quien, prosiguiendo su camino, respondió: «Es la hija de un gran señor del barrio de Muromachi. Es tan bella como la legendaria Ono-no-Komachi». Verdaderamente, era una mujer de incomparable beldad, sin embargo su liviandad, más tarde, habría de manifestarse.

## *Meter la pata al coger el sueño*

UN JOVEN SOLTERO vive en una agradable despreocupación, pero al no tener a una mujer a su lado, en las horas nocturnas, siente aun más su soledad. Un cierto editor de almanaques permanecía soltero desde hacía tiempo. Como es propio de la capital, en ella se encuentra un buen número de mujeres de gusto refinado; pero como deseaba una que fuera a la vez superior en distinción y belleza, no hallaba ninguna que le conviniera. Encontrándose triste y desamparado, escuchó, de labios de unos conocidos, los rumores acerca de *la bella Komachi*. Fue a verla y reconoció en ella a la linda doncella de andar sensual que llevaba una rama de glicina el día en que los cuatro galanes habían establecido en Shiyo un puesto de observación para juzgar la belleza de las paseantes. El hombre quedó súbitamente enamorado de la joven y quiso casarse con ella de inmediato. La gente se divertía viéndolo llevar tan de prisa los preparativos de su matrimonio, descartando todas las dificultades posibles.

A la sazón, vivía en el barrio de Shimo-tachiuri-karasuma-agaru una vieja casamentera bien conocida por todos bajo el nombre de la Charlatana. El editor de almanaques le pidió su ayuda, y gracias a ella las negociaciones se llevaron a cabo con éxito. A los padres se les envió un tonel de sake en prenda del noviazgo. El matrimonio pudo así arreglarse según sus votos. La ceremonia fue celebrada un día fasto y acogió como esposa a la muchacha, cuyo nombre era Osan.

El editor de almanaques perdió todo interés por el atardecer primaveral de fragantes flores, o por el amanecer de otoño con la luna aún en el cielo; estaba completamente feliz de tener a Osan a su lado y le bastaba contemplar su belleza para sentirse satisfecho. Durante tres años, los esposos vivieron

en perfecta unión. De la mañana a la noche, Osan se ocupaba con celo de los quehaceres que en un matrimonio incumben a la mujer y, además, hilaba la seda china que hacía tejer por sus sirvientas. Velaba por que el vestido de su marido tuviera buena apariencia. Ahorrativa por principio, obraba de suerte de no usar demasiado combustible para el horno y anotaba cuidadosamente en el libro de cuentas los menudos gastos corrientes. Se podría decir que era el modelo de esposa deseable para un comerciante.

La casa prosperaba cada vez más, con la máxima alegría de los esposos. El marido tuvo que viajar a Edo (Tokio) por razón de sus negocios. Lamentaba dejar Kioto, pero las circunstancias de la vida crean así penosas obligaciones. Decidido su viaje, y sus preparativos acabados, se dirigió a casa de los padres de su mujer, que vivían en Muromachi, y les explicó las circunstancias que motivaban su partida. Preocupados por la situación en que se encontraría su hija durante la ausencia del amo de casa, estos le dijeron: «Sería necesario hallar a alguien bastante listo en todo para que le podamos confiar, en vuestra ausencia, los asuntos de vuestro comercio y que sea igualmente buen consejero para Osan en los menesteres domésticos». Movidos por su afecto, como por doquier lo son los padres, enviaron a casa de su yerno, como ayuda, a Moemon, un joven empleado que servía en casa de ellos desde largos años.

Ese muchacho era escrupulosamente honesto: indiferente a la moda, no prestaba atención a su peinado; su frente parecía estrecha, pues no trataba de hacerla aparecer más alta modificando la línea de nacimiento de sus cabellos; su seriedad se notaba en la estrechez de sus mangas que solo tenían cinco pulgadas de sisa; jamás se había dado al libertinaje en los barrios licenciosos; nunca había ocultado su rostro tras un sombrero de juncos para andar por aquellas

calles, ni tampoco había hecho gastos superfluos para complacer a alguna cortesana. No dejaba su ábaco sino para colocarlo en la cabecera de su lecho y, aun en sueños, pasaba la noche pensando en algún nuevo proyecto para ganar dinero.

Era, entonces, finales de otoño, época de tempestades nocturnas y frío penetrante. Preocupado por conservar su salud durante los rigores invernales, Moemon decidió hacerse aplicar *moxas* para prevenir posibles enfermedades. Como la camarera Orin era conocida por su habilidad en ese arte, se dirigió a ella, quien le preparó varios trocitos de *moxa*. Doblaron un colchón a rayas y lo colocaron sobre el tocador de Orin de modo que el paciente pudiera apoyarse allí. Cuando se le aplicaron las primeras *moxas* en la espalda, Moemon tuvo que aguantar el dolor con los dedos crispados cerca del sitio donde ardía el trocito de yerba esponjosa. Al ver la mueca que le torcía la cara, la nodriza y demás sirvientas, incluyendo a la cocinera, se morían de risa. Luego el humo de las *moxas* restantes no hizo sino espesarse y Moemon aguardaba impacientemente que le fuera puesta la última sobre sal, cuando por descuido Orin dejó caer una pizca de *moxa* encendida, que se deslizó por la espalda de Moemon y le quemó la piel. Este experimentó por un momento un vivo dolor, pero, como no quería causarle pena a Orin, cerró los ojos y apretó los dientes, soportando la quemazón. Orin, afligida por su error, apagó en seguida la moxa ardiente y se puso a acariciarle la espalda, a fin de aliviarlo. Este primer contacto de ambas pieles hizo brotar en el corazón de Orin una cierta terneza para con Moemon. Comenzó a querer en secreto al joven hasta el punto de sufrir por ello. Más tarde la gente se dio cuenta, chismorreó y el rumor llegó finalmente a oídos de la señora Osan. Sin embargo, la muchacha no podía renunciar a sus sentimientos.



*Orin, afligida por su error, apagó en seguida la moxa ardiente y se puso a acariciarle la espalda, a fin de aliviarlo. Este primer contacto de ambas pieles hizo brotar en el corazón de Orin una cierta terneza para con Moemon.*

De educación vulgar, Orin no sabía escribir y deploraba no poder enviarle una misiva a su bienamado. Envidiaba al criado Kiushichi, quien garrapateaba mediocrementemente una que otra cosa. Le pidió que la ayudara, pero este pillo, en vez de favorecer a Moemon, trataba de aprovecharse de la situación para hacer suya a Orin. Los días pasaron así vanamente y, con el mes de octubre, llegaron los chubascos de finales de otoño. La señora Osan, habiendo terminado de escribir una carta a su marido en Edo, se ofreció a llevar la pluma por Orin. Con ágil pincel, escribió un recado amoroso que concluía con las siguientes palabras: «...a mi querido señor Moemon, con todo mi amor». Llena de felicidad, Orin aguardaba el momento favorable para entregarle la misiva, cuando escuchó la voz de Moemon quien, desde la tienda, pedía fuego para su pipa. Nadie se encontraba, por suerte, en ese momento a la entrada de la cocina, de modo que pudo, bajo ese pretexto, remitirle la carta que le concernía personalmente.

Moemon, quien ignoraba que la señora Osan había escrito la carta, y que juzgaba ingenua a Orin, le remitió una respuesta medio en broma. Como Orin no podía leerla, esperaba que su ama estuviera de buen humor para enseñársela. Sin miramientos, la carta decía así: «Vuestra carta, que no me esperaba, me hace saber los sentimientos que experimentáis por mí. Como también yo soy joven, no los rechazaré; pero relaciones amorosas repetidas entre nosotros necesitarían, asunto enojoso, la intervención de una comadrona. Sin embargo, si prometéis pagar por mí los gastos de mi vestido, de mi abrigo, de mi baño y de mi arreglo personal, corresponderé a vuestros sentimientos, bien que para ello no esté casi dispuesto». Después de haber leído esta carta descortés, Osan dijo: «¡Qué descarado!

¿Quién se cree ese hombre? Ni que faltaran hombres por doquier. Tú, Orin, eres bonita y no tienes por qué rebajarte ante tan poca cosa que ese hombre es. Vamos a rogarle de nuevo con otros recados, y cuando acceda le daremos una tremenda paliza». De modo que le hizo una asidua corte epistolar por cuyas frases Moemon se dejó ganar, al punto de sentir por Orin una profunda compasión, lamentando vivamente haberse burlado de ella al comienzo. Le contestó finalmente con gran sinceridad: «Nos veremos la noche del catorce de mayo para confirmar nuestro amor. Aprovecharemos que ese día se espera en vigilia la salida del sol». Esta respuesta alegró a Osan y a sus criadas, quienes se echaron a reír a carcajadas. Ya que las cosas habían llegado a su punto, se pusieron de acuerdo para divertirse bien a costa del galán. Osan haría el papel de Orin; se vistió con un traje de algodón sin forro, fue a acostarse en el sitio donde dormía habitualmente la sirvienta y esperó hasta una hora cercana a la aurora; pero sin darse cuenta cayó en un agradable sueño. Se había convenido en que las sirvientas debían acudir cuando su ama lanzara un grito; con ese propósito, se habían colocado en diversos sitios, prestas a responderle, unas con un palo en la mano, otras con un candelero. Pero, cansadas por la excitación de la noche, inconscientemente se durmieron y se pusieron a roncar.

Después de la campana de las cuatro de la madrugada, Moemon se quitó el taparrabo y, en el secreto de la oscuridad, deslizó suavemente su cuerpo desnudo debajo de la frazada, ardiendo de deseo. Con corazón impaciente y sin siquiera cambiar palabras, satisfizo sus ganas. Luego, diciéndose: «¡Qué suave perfume despide esta mujer!», la cubrió nuevamente con la frazada y se retiró de puntillas. Pensaba, sin embargo: «¡Qué irritante es este mundo!, yo que creía que Orin jamás había conocido varón, y hete

aquí que alguien antes que yo la hizo mujer». Horriblemente decepcionado, se prometió no renovar jamás semejante cosa. Tiempo después, Osan se despertó naturalmente de su sueño y se sorprendió al ver el desorden de su almohada, que se hallaba lejos de ella; su cinturón desanudado ya no estaba al alcance de la mano; sin razón, las servilletas de seda se hallaban desparramadas aquí y allá. Quedó totalmente avergonzada al descubrir que inconscientemente se había entregado. «Con seguridad, será imposible que el asunto pase inadvertido —pensó—, no tengo sino que abandonarme a mi suerte y vivir plenamente una existencia escandalosa, seré la compañera de Moemon en ese viaje que nos llevará hacia la muerte». Comprendió que ya no podía evitar la continuación de sus relaciones con Moemon; empezó a sentir una loca pasión por él y lo hizo partícipe de sus propósitos. Quedó él extremadamente sorprendido por este hecho imprevisto, y aunque hasta entonces solo había tenido en mente a Orin, cambió gustosamente el rumbo de su pasión hacia Osan; fue pues a encontrarla en secreto cada noche. Sin importarle un bledo la reprobación de los demás, se dedicó íntegramente a los placeres del adulterio. Fue un juego peligroso con la vida y con la muerte.

*Un lago engañoso que hacer creer que los suicidas han sido tragados por él*

COMO ESTÁ ESCRITO en el Cuento de Guenyi, la vía del amor en este mundo escapa a la razón. Debido a que la diosa Kannon había sido expuesta a la veneración de los fieles en el templo de Ishiyama, la gente de la capital se dirigía allá en peregrinaje; se olvidaba del espectáculo de los cerezos floridos en Jigashi-yama. Franqueando el paso

de Osaka, se podía observar a la multitud de peregrinos que mayormente estaba compuesta de lindas mujeres elegantemente vestidas a la moda; sin embargo, ninguna de ellas parecía hacer el peregrinaje a fin de orar por el bien de su vida futura. Todas estaban ahí rivalizando en trajes y belleza, de la que estaban orgullosas; con seguridad, la diosa Kannon estaría riéndose amargamente al conocer las verdaderas intenciones de sus devotas.

En esta ocasión, Osan también había acudido con Moemon al templo de Ishiyama. «Las flores duran tan brevemente como la vida; en cualquier momento sus pétalos han de caer. No sé si tendremos la oportunidad de disfrutar de este paisaje. En recuerdo de este día, demos un paseo por los alrededores». Osan le dijo esto a Moemon, y ambos se dirigieron al puerto de Seta. Allí alquilaron un bote y surcaron el lago. Al pasar cerca del largo puente de Nagajashi, pensaron que, aunque desearan una felicidad tan larga y duradera como aquel puente, su amor imperdonable tendría un destino breve. Las olas sirvieron de almohadas en el lecho de la embarcación. Con los cabellos en desorden, Osan contempló el rostro afligido en un espejo que quedó empañado por las lágrimas de su tristeza. Al acercarse al Promontorio del Cocodrilo, estaba ya completamente segura de que las fauces del cocodrilo castigarían su infidelidad. Al oír los gritos de la gente en el puerto de Katata, creyeron que eran los policías que habían llegado de Kioto en su persecución, y sintieron como si su corazón se hundiera en el fondo del lago. El monte Nagara, cuyo nombre les recordaba la longevidad, les infundía el deseo de vivir mucho tiempo, pues no tenían aún veinte años; sin embargo, su vida se desvanecería como la nieve de los montes Fuyi o Jiei. Sabían que, tal como la antigua capital de Shiga ubicada junto al lago, pronto ellos iban a desaparecer de este mundo. La melancolía calaba sus

corazones y las mangas de sus vestidos quedaron empapadas de lágrimas. A la hora en que se enciende el fuego destinado al dios Dragón, Osan y Moemon arribaron al santuario de Shirajigue, donde imploraron la protección del dios, sintiendo aun con mayor intensidad el precario destino de sus vidas.

«De todos modos —dijo Osan—, cuanto más prolonguemos aquí en este mundo nuestra vida, tanto más penosa nos será. Así, tal vez valiera más arrojarnos al lago para resucitar en el mundo de la Tierra Pura del Buda, donde estaremos para siempre unidos como esposos». Moemon le contestó: «Tampoco extraño la vida, pero no sabemos qué sucederá después de la muerte. He aquí la idea que se me ocurre: Dejemos tras de nosotros un recado dirigido a la casa de Kioto para hacer creer que nos hemos suicidado arrojándonos al agua; hecho esto, abandonemos estos parajes para dirigirnos a algún lugar de campo donde podamos vivir juntos». Osan oyó con alegría estas palabras; dijo que al dejar la casa había tenido, también, la misma idea y que para tal efecto había traído consigo quinientos *ryo*. «Esta suma —dijo— será el capital que nos ayudará a vivir. Ahora no nos queda sino abandonar secretamente estos parajes». Dejaron un escrito, firmado por ambos, donde se leía: «Malos pensamientos nos habían conducido a llevar juntos una vida inmoral. De modo pues que no podemos escapar al castigo del Cielo. Sin morada donde permanecer, en la fecha de este día partimos de este mundo efímero». Osan adjuntó una estatuilla de Buda de una pulgada y ocho líneas que llevaba consigo como talismán, así como un mechón de su negra cabellera; Moemon, el sable de un pie y siete pulgadas que acostumbraba llevar, con vaina de cobre y con guarda de hierro ornada de un dragón arrollado, obra del armero Seki Izu-nokami, objetos que la gente podía reconocer como pertenencias suyas.

Se quitaron los vestidos exteriores, los zapatos: la mujer se descalzó las sandalias de paja; el hombre, sus sandalias con suela de cuero; al pie de un sauce, a orillas del lago, dejaron todas estas cosas escogidas de propósito. Luego, en secreto, alquilaron los servicios de dos pescadores del lugar, expertos en zambullirse arrojándose desde lo alto de una roca. Les explicaron, en líneas generales, su estratagema, ofreciéndoles una suma de dinero. Habiendo gustosamente aceptado estos hombres, los amantes esperaron que la noche estuviera avanzada.

Acabados los preparativos del viaje, Osan y Moemon entreabrieron la puerta, hecha de pequeños bambúes trenzados, que cerraba la casa que habían alquilado para pasar la noche; despertaron a los criados que los acompañaban y se echaron a correr exclamando: «¡Por cierto motivo, hemos de acabar con nuestras vidas!». Pronto se dejaron oír débilmente invocaciones a Buda Amida que procedían de una roca peligrosamente escarpada; luego fue el ruido de dos cuerpos que se estrellaron contra el agua. En medio de los llantos y gritos de los afligidos sirvientes, Moemon, con Osan sobre las espaldas, huía hacia el monte para penetrar en un espeso bosque de cedros. Mientras tanto, los dos hombres que se arrojaron al lago nadaron por debajo de las olas para aparecer después en una playa lejana. La gente del séquito de Osan se golpeaba las manos de desesperación. Pidieron a los de la bahía que buscaran a los ahogados, pero no lograron encontrar nada. Pasada la noche, juntaron en un paquete los recuerdos dejados por los difuntos y volvieron a Kioto. Al ser informada de lo que había sucedido, la familia del editor de almanaques decidió en secreto hacer de suerte que el suceso no se divulgara por temor al escándalo. Pero los oídos atentos de la gente no dejan pasar nada. Los rumores de la aventura pronto se extendieron

por todas partes. Todo el mundo hablaba acerca del suceso sin tener cuándo acabar. Era la inevitable consecuencia de una conducta escandalosa.

*En las afueras de Kioto, el dueño de una casa de té no conoce las monedas de gran valor*

FUGITIVOS, atravesaban los montes de Tamba, abriéndose camino entre yerbas y arbustos. Moemon, que llevaba a Osan de la mano, fue escalando paso a paso la montaña, sintiendo el temor de ser perseguido. Pensaba que no era nada grato darse por muerto estando aún vivo. Al seguir avanzando, llegaron a un lugar donde no encontraron huella alguna de un ser humano, ni siquiera la de un recogedor de leña seca. Sintieron en carne viva la desolación de los hombres que extravían el rumbo de su vida. Osan, mujer delicada que no estaba hecha a estos trajines, quedó agotada a medio camino; ya no podía dar ni un solo paso más. Parecía a punto de perder el aliento. Moemon, viendo el estado lamentable de Osan, no pudo contener las lágrimas. Recogió en una hoja gotas de una fuente que manaba entre las rocas, y se las dio a beber. Le prodigó sus cuidados, pero sin efecto, pues el pulso se hacía imperceptible y parecía que la vida en ella pronto llegaría a su término. Nada tenía al alcance de la mano que pudiese servir de medicamento y ya no esperaba sino el fin, cuando suspirando le dijo al oído: «A unos cuantos pasos se halla un pueblo donde tengo un conocido. ¡Si solo pudiéramos llegar allí, qué dichosos nos sentiríamos! Olvidaríamos nuestras penas y nos acostaríamos juntos para disfrutar tranquilamente de los placeres del amor». Al escuchar estas palabras, Osan recobró repentinamente los ánimos y exclamó: «¡Qué feliz me

hacéis sentir! ¡El hombre que sois me es tan caro como mi vida!». La pasión había vuelto a tomar posesión de su alma, y ya nada sino eso conocía ella. Profundamente conmovido, Moemon la cargó de nuevo sobre sus espaldas y pronto llegaron a la entrada de un pequeño pueblo. La carretera que conduce a la capital pasaba por allí. También había un camino bordeando la montaña, suficientemente ancho como para que pudieran pasar dos caballos. En una tienda con techo de paja, colgaba un letrero que decía: «Tenemos en venta licores de calidad». Dentro de la tienda se podía ver también pasteles de arroz, pero parecían haber sido preparados días antes, pues estaban cubiertos de polvo y habían perdido su blancura. En un costado, se exhibía batidores de té, muñecas de arcilla y sonajas, en forma de tambor, para niños. Este ambiente reconfortó a los fugitivos al recordarles algo de la capital. Descansaron allí unos instantes y Osan, en su alegría, le ofreció generosamente un *ryo* de oro al viejo tendero. Pero este, después de mirar la moneda, puso mala cara y les dijo: «¿Dónde están los centavos del té, señora?». Osan y Moemon encontraron divertido que a solo quince leguas de la capital hubiera lugares donde nunca se había visto una moneda de un *ryo*.

De allí se dirigieron a Kayabara con la intención de visitar a una tía paterna de Moemon; este carecía desde hacía tiempo de sus noticias e ignoraba si aún se hallaba viva. La tía, al comprobar los vínculos familiares que la unían con Moemon, no les puso mala cara; sin embargo, no hizo sino hablar del señor Moseku, el padre de Moemon, y así pasaron la noche, enjugándose las lágrimas con la mano. Pero, ya de día, la tía a quien intrigaba la linda dama que acompañaba a su sobrino, le preguntó quién era; él se encontró en dificultades para contestar esta pregunta imprevista. Dio por respuesta lo que se le vino a la cabeza en ese momento: «Es mi

hermana menor. Ha servido por largo tiempo en una familia noble de Kioto; pero su salud ha desmejorado y no le gusta la vida ceremoniosa de la capital; si ella encontrara una solución favorable, digamos, una casa tranquila en el campo, preferiría establecerse en una condición menos elevada y ocuparse en labrar la tierra. Por eso es que la he traído aquí conmigo. Por lo demás, posee una suma de doscientos ryo destinada a su establecimiento». Todo esto lo dijo con el único fin de explicar la situación. Pero la codicia reina por doquier; al escuchar esas palabras, la tía concibió de pronto un designio. «¡Qué feliz coincidencia! —dijo—, mi hijo aún no tiene mujer. Vos y nosotros somos parientes; no habría mejor condición para una boda. Casemos a mi hijo con vuestra hermana». Al oír tal propuesta, Moemon se quedó perplejo sin poder emitir palabra alguna.

Mientras Osan lloraba a ocultas y se preguntaba, inquieta, qué iba a suceder, el hijo en cuestión volvió a hora avanzada de la noche. Su aspecto era terrible: talla extremadamente alta; cabeza enmarañada como la de los leones chinos; barba que lo habría hecho pasar por un oso; ojos brillantes estriados de rojas venas. Los músculos de los brazos y piernas eran nudosos, como troncos de pino. El vestido, de tela burda, estaba cerrado por un cinturón hecho de lianas de glicinas trenzadas. En una mano tenía un fusil y una mecha; en la otra, un morral de paja, que contenía liebres y tejones. Al parecer, la caza era su oficio. Moemon supo que su nombre era Zetaro el *Salta-rocas*. Al anunciarle su madre que lo iba a casar con una muchacha de la capital, por terrible que él fuera, se mostró muy contento y dijo: «¡El bien no espera; que sea esta misma noche!». ¡Qué conmovedor era verlo, ante esas palabras, sacar un espejito para arreglarse los mechones enredados de las patillas!

Para preparar la ceremonia; el intercambio de las copas de bodas, la madre aportó pequeños atunes encurtidos en sal y una botellita de sake con el gollete desportillado. Luego, a modo de biombo, levantó unas delgadas esteras para aislar el sitio de dos personas; tendió allí otras tantas esteras delgadas y ribeteadas, colocó en la cabecera dos almohadas de madera y cubrió el lecho con una frazada rayada a lo ancho. Por último, alumbró el cuarto con las llamas de un fuego de leña de pino, que hizo llamear en un brasero, lo que dio a la velada una mayor animación.

Extremas eran la aflicción de Osan y la confusión de Moemon. ¡He aquí el resultado de las palabras irreflexivas que había soltado! Se resignaba como ante una fatalidad ineluctable; pero el despecho que sentía no era menos punzante. «¡Aún esta amarga prueba! En vez de pasar este mal rato, mejor hubiéramos acabado con nuestras vidas en el lago de Omi. Aunque sobrevivamos, el cielo no nos perdona». Cogió su sable y se puso de pie. Pero Osan lo detuvo. «Tranquilizaos. No nos faltarán los medios que nos saquen de esta dificultad. Al amanecer huiremos. No os preocupéis, yo me he de encargar de que todo salga bien». Habiéndolo calmado de este modo, aceptó gustosamente intercambiar las copas de bodas con Zetaro. Luego le dijo: «He nacido en un año detestable, el Año del Caballo Fiero». Pero Zetaro le contestó: «¡Que hayáis nacido bajo el signo del Gato Fiero o del Lobo Fiero, no me importa un bledo! Los lagartos verdes que, dicen, son venenosos, yo me los como y no me pasa nada. Tengo veintiocho años y hasta ahora nunca he estado enfermo, ni siquiera un dolor de barriga he sufrido. Qué tal primo Moemon, vos también debéis ser tan fuerte como yo. A decir verdad, esta mujer tan frágil y debilucha no es de mi agrado, pero bueno, qué le vamos a hacer. Me tengo que conformar». Dicho esto, puso la cabeza en las rodillas de

Osan y se estiró muy a su gusto. La actitud de Zetaro les causó mucha gracia, pese a que la aflicción los estremecía; esperaron a que se durmiera y una vez llegado el momento abandonaron el lugar a toda prisa, para ir a ocultarse más lejos, al fondo de la provincia de Tamba. Al cabo de unos días, llegaron al camino que conduce a la provincia de Tango. Se detuvieron en Kiredo para orar toda la noche en el templo del santo Monyu, sin embargo el sueño los invadió y se quedaron dormidos. Hacia medianoche, tuvieron un sueño singular. El santo se les apareció y les anunció: «Habéis cometido una mala acción sin par, y sea el que fuere el lugar adonde huiréis, no podréis escapar a la desgracia. El pecado ya se ha cometido y no se puede reparar. Sin embargo, si, de aquí en adelante, dejáis la condición de laicos, entráis en religión después de haberos cortado la negra cabellera que os es querida y vivís separados uno de otro, renunciando al espíritu del mal para ingresar en la vía de Buda, la gente misma os hará gracias de la vida». A esta benevolente exhortación, respondieron, siempre en sueños: «No os cuidéis de nuestro porvenir, suceda lo que sucediere. Obramos así por placer; a riesgo de perder la vida, hemos entrelazado nuestros cuerpos. Maestro Monyu, se dice que vos no conocéis sino la vía de los homosexuales. Cierta es vuestra ignorancia sobre el amor entre hombres y mujeres». Entonces, se despertaron de este sueño desagradable y escucharon que el viento soplaba entre los pinos de Ama-no-Jashidate. Pensaron: «Este mundo es tan insignificante como el polvo que se lleva el viento», y prosiguieron abandonándose a su culpable voluptuosidad.

## *Moemon escucha oculto los comentarios de sus compañeros*

**L**A GENTE OCULTA lo que no le conviene: el jugador no habla de sus pérdidas; el galán calla los engaños sufridos en los barrios licenciosos; no cuenta sus derrotas el rufián; el mercader se hace el que olvida sus errores de cálculo. En fin, tratan de disimular sus fracasos como el hombre que pisa en la oscuridad el excremento de un perro.

Sin embargo, el adulterio cometido por una esposa voluble es difícil de ocultar; entre todos los infortunios, el del marido engañado es el más penoso. El editor de almanaques solo daba a conocer que Osan había muerto. Para él y su familia esa era la única realidad. A veces, recordaba los momentos felices que había pasado con ella y, a pesar de que no podía dejar de reprocharle su traición, invitaba a los *bonzos* para que celebraran una ceremonia por el reposo del alma de la difunta. Los hermosos vestidos de gusto refinado que pertenecían a Osan fueron ofrecidos al templo de la familia para convertirse en banderas o baldaquines que flotaron en el viento de la impermanencia, suscitando aun mayor tristeza en el corazón de la gente. Verdaderamente, no hay nada más temerario que el hombre. De carácter estricto, Moemon no franqueaba su puerta, aunque fuese de noche, por temor a ser reconocido. Pero, al cabo de cierto tiempo, olvidó su condición de recluso y fue víctima de nostalgia por la capital. Se vistió con un humilde traje, se encajó profundamente en la cabeza un sombrero de juncos trenzados y confió a Osan a gente del lugar. Luego se puso en marcha para la capital, adonde sin embargo no lo llamaba ningún asunto. Iba más medroso aun que aquel a quien una venganza expone a darse con su enemigo. El sol se puso cuando

se encontraba a la altura del estanque de Jirosawa. La imagen de la luna allí se reflejaba doblemente y le recordó a Osan, lo que le hizo a pesar suyo mojar de lágrimas sus mangas. Dejó detrás la montaña donde la cascada de Narutaki se estrellaba contra las roquedas salpicando gotas de agua que a él se le antojaban lágrimas. Atravesó rápidamente los poblados de Omuro y Kitano, que le eran familiares, y cuando arribó a Kioto estaba tan espantado que tenía miedo hasta de su propia sombra, que la luna proyectaba.

Llegado a la tienda donde antes había trabajado, se puso a espiar su interior; pudo ver que unos empleados se preguntaban por qué tardaría tanto la letra de cambio enviada por la sucursal de Edo (Tokio); otros platicaban acerca de las modas de peinados y comparaban sus vestidos, opinando sobre la manera más elegante de confeccionar los kimonos de algodón. Bien se veía el interés que tenían por agrandar a las mujeres. Moemon estuvo allí un buen rato hasta que escuchó que empezaban a hablar de él. Dijo uno: «Ese tipo de Moemon logró hacer suya a una mujer de incomparable belleza. Por una de esas sí valdría la pena perder la vida. ¡Qué hombre más afortunado!». Otro asentía: «Así es, así es, debe haber sido un dulce recuerdo para toda la vida». Alguien, que parecía tener alguna sagacidad, añadió, con tono sentencioso: «Ese pillo de Moemon no debería ser tratado como un ser humano. Ha engañado a sus amos. ¡Es un malvado sinvergüenza como no hay otro!». Moemon, que paraba la oreja, se dijo: «Esa es la voz de Kisuke de la casa Daimoyiya. Sin compasión alguna por la desgracia, helo aquí que me abrumba detestablemente. Ese maldito no comprende los sentimientos humanos. Me debes sin embargo ochenta *monme* de plata cuyo recibo guardo. ¡Como premio por tu maledicencia mereces que te los exija cogiéndote del pescuezo!». Se puso de pie, rechinando los dientes. Pero su condición lo

obligaba a ocultarse y no podía sino soportar su resentimiento. En este instante, alguien contó: «Dicen que Moemon no está muerto. Lo han visto por Ise. Vive con Osan. La hizo muy bien el pendejo». Ante esas palabras, Moemon empezó a temblar y de pronto se sintió helado de escalofríos. Dejó el lugar a paso rápido y fue a alojarse en una posada en Sanyo donde reposó sin siquiera darse un baño. Como pasaba un compañero, de la cofradía del templo de Atago, que se dirigía al santuario como emisario de los fieles deseosos de expresar sus votos, en el momento de elevarse la luna, le remitió, en un sobre, una ofrenda de doce centavos para las velas y, a solas, rogó al dios para que su persona permaneciera siempre desconocida y oculta. Pero cualesquiera fuesen las plegarias que se le dirigieran, ¿cómo el dios del templo de Atago podría socorrer a una persona que había obrado inmoralmente?

Al día siguiente, como un último recuerdo de la capital, Moemon hizo un recorrido a hurtadillas desde Jigashi-yama a Shiyo-gawara. Al pasar por la entrada de un teatro, un voceador anunciaba la primera representación de una pieza de *kabuki* en tres actos, en la que trabajaba el actor Fuyita Kojeyi. Deseoso de conocer la intriga a fin de, a su vuelta, contársela a Osan, Moemon tomó asiento en una estera redonda. Pero la historia trataba de un hombre que rapta a una mujer; lo cual lo hizo sentirse sumamente incómodo. En eso, mira unas filas adelante y se apercibe de la presencia del esposo de Osan. Sintió que su alma se helaba y se lanzó hacia la salida como quien huye de las fauces del infierno, chorreando gruesas gotas de sudor. Volvió a toda prisa a su campo de Tango y ya nunca más se le antojó visitar la capital.

La Fiesta de los Crisantemos se avecinaba y, como todos los años, el comerciante de castañas de la provincia de Tamba

llegó a la tienda del editor de almanaques. En el curso de la conversación, preguntó por la señora Osan. Como nadie contestó a esta embarazosa pregunta, el amo de casa, con gesto amargo, declaró: «Ha muerto». A lo que el comerciante dijo: «¡Hay gente que de veras se parece! Una persona que no se diferencia absolutamente en nada de vuestra esposa y un joven que es el retrato de vuestro empleado Moemon viven en el vecindario de Kiredo, en Tamba». Después de haber soltado descuidadamente esas palabras, el mercader se marchó. Sin embargo, sus palabras ya habían despertado las sospechas del amo, quien en seguida envió gente para comprobar lo que había escuchado. A quienes hallaron fueron, pues, a Osan y Moemon. El amo despachó entonces, en gran número, gente de su casa para detener a los fugitivos. No pudieron escapar al castigo de su crimen. Después de haber sufrido un interrogatorio detallado, fueron condenados a muerte, así como Tama, la criada que les había servido de intermediaria. Estuvieron serenos hasta el último instante sin mostrar ninguna vergonzosa debilidad. Era el veintinueve de septiembre. La historia de Osan y Moemon se divulgó por todo el país y aun hoy en día la gente recuerda la bella figura de Osan envuelta en aquel traje azul claro que llevaba en la hora de su muerte.



*HISTORIA*  
*DE*  
*OSHICHI Y KICHISABURO*



*La noche del Año Nuevo era también oscura para los amantes*

EL VIENTO INVERNAL soplabá con violencia; la gente estaba atareada con sus preparativos para el Año Nuevo y aun las nubes corrían raudas en el cielo de diciembre. En unas casas preparaban la pasta de arroz, el *mochi*, y en otras barrían y sacudían el polvo con ramas de bambú. Como es costumbre liquidar las cuentas para fin de año, aquí y allá se escuchaba el ruido claro producido por el martillito que golpea la aguja de la balanza donde se pesa el oro y la plata. Una sarta de mendigos ciegos pasaba bajo los tejadillos de las tiendas reclamando ruidosamente un centavo; otros, mediando una limosna, venían a recoger los viejos amuletos para entregarlos al templo de origen. Estaban también los vendedores de bandejas para depositar las ofrendas de Año Nuevo. También se escuchaba la voz de los vendedores de frutos de *kaya*, castañas peladas, langostas, etcétera. En la gran avenida de Edo se tenía la feria del año; barracas donde se instalaban panoplias de arcos de juguete, vestidos recientemente confeccionados, calcetines, sandalias, etcétera. El espectáculo recordaba ese pasaje de la obra del *bonzo* Yoshida Kenko en el que, al describir el fin de año,

dice que la gente está tan apurada que parece no tocar el suelo con los pies. Tanto antes como ahora, los últimos días del año no conceden reposo a quien tiene un hogar.

Cuando el año ya estaba por terminarse, o sea el veintiocho de diciembre, se produjo un incendio en medio de la noche. Delante de las casas que ardían, se tenía el ruido de largos baúles que eran arrastrados sobre sus ruedecillas; unos huían, llevando sobre el hombro canastas o cajas que contenían documentos importantes. Unas personas llegaron a levantar la tapa que cerraba el sótano y arrojaron objetos ligeros tales como telas de seda, sin embargo el fuego se propagaba allí en un instante convirtiendo todo ello en humo.

Como la faisana, que cuando ha perdido su nido en la llanura incendiada no piensa sino en proteger con amor a sus pequeños, cada quien lamentándose por su mujer y lleno de compasión por su anciana madre iba a refugiarse en casa de alguna persona conocida, y este era un espectáculo de extrema tristeza.

Ahora bien, en el distrito de Jongo había un verdulero, llamado Yaoya Jachibei. En otra época su familia gozó de alto renombre. Su hija, llamada Oshichi, tenía dieciséis años. Era bella como lo son en Ueno las flores abiertas de los cerezos o como la pura claridad de la luna que se refleja en el río Sumida. ¿Era posible que en este mundo hubiera tanta belleza? Cuán lamentable que no se la haya podido mostrar a aquel legendario galán, Narijira, quien vivió en otra época y cantó a las gaviotas sobrevolando el Sumida. Oshichi era tan bella que quien la veía quedábase enamorado de ella.

Como el incendio se acercaba a su casa, ella y su madre huyeron al templo de Kichiyoyi, en el barrio de Komagome, patrocinado por su familia. No eran ellas las primeras en llegar. Muchas otras personas se habían refugiado así mismo en el templo. Hasta en la alcoba del Superior, se oían los

llantos de los recién nacidos; delante del altar de Buda, paños femeninos se disponían desordenadamente. Uno ponía las piernas sobre su amo; otro posaba la cabeza sobre el padre, a modo de almohadón. Todos estaban acostados, aquí y allá, en inocente desorden. Al rayar el día, usaron los címbalos que servían para el culto como lavatorios para sus abluciones. Las tazas destinadas a las ofrendas de té en el altar reemplazaron a las escudillas de arroz. Pero en vista de la confusión causada por el siniestro, Buda mismo debía ver estos abusos con ojos indulgentes. En cuanto a Oshichi, su madre la cuidaba y, desde todo punto de vista, la tenía en gran vigilancia, pues pensaba que, tal como va el mundo, precisa no relajar la vigilancia, aun tratándose de *bonzos*.

Habiéndose desatado entonces una tempestad con viento glacial, como sobreviene en la estación, y siendo penoso de soportar el frío, el prior del templo tuvo piedad de los siniestrados; sacó para prestárselos todos los vestidos de que disponía. Entre ellos, se hallaba un *kimono* de seda negra y amplias mangas colgantes que llevaba un par de emblemas familiares: las hojas de la paulonia y la hoja del *guinko* bilobulada. El forro de seda roja tenía los bordes teñidos con un dibujo ondulado. El vestido debía tener su historia. Aún se podía percibir el incienso con el que se lo había perfumado. El sentimiento de Oshichi se detuvo allí. «Seguramente debe de haber pertenecido a una muchacha distinguida que ha muerto joven —se decía—, al serles doloroso conservarlo como recuerdo de la difunta, lo han remitido al templo a modo de ofrenda». Y al pensar que debería de haber tenido más o menos su misma edad, sintió una profunda compasión por aquella joven que nunca había visto. Su corazón se impregnó del sentimiento de la impermanencia de los seres. Se dijo: «Este mundo no es sino un sueño; todo en él es inútil; no queda sino desear la salvación en una existencia futura».

Hondamente deprimida, abrió la bolsa que guardaba el rosario de su madre y se puso a pronunciar incesantemente la invocación del *Sutra del Loto de la Ley Maravillosa*.

En ese momento, un joven de apariencia refinada abrió la ventana para ver con mayor claridad en el atardecer, intentando con una pinza de plata sacarse una astilla casi imperceptible que se había clavado en el índice izquierdo. Ante su dificultad, la madre de Oshichi se ofreció a ayudarlo. «Voy a sacársela», cogiendo una pinza, lo intentó un momento, pero su vista de mujer entrada en años no le permitía descubrir el sitio exacto, de suerte que ella misma parecía fastidiada. Oshichi que, de pie, la observaba, se decía que, por su parte, con los ojos propios de su edad, haría mucho mejor ese trabajo; pero no osaba acercarse. En eso, su madre la llamó y le pidió que interviniera. Se sintió muy feliz por ello, tomó la mano del joven y lo libró de su molestia. Este, sin querer, le apretó la mano con fuerza. Bien habrían ellos querido no separarse tan pronto, pero por desgracia la madre tenía la mirada fija en ellos. A propósito, Oshichi se quedó con la pinza. Instantes después, so pretexto de devolvérsela, fue tras él y le devolvió su apretón de manos. Tal fue el origen de su mutuo amor.

La pasión consumía poco a poco a Oshichi. Al preguntarle al ecónomo del templo acerca de la persona del joven, supo ella que se llamaba Onogawa Kichisaburo y que, bien que fuera un *samurai* sin amo, era de noble linaje; en todo caso, de carácter amable y bueno. Este descubrimiento no hizo sino reforzar los sentimientos de Oshichi, quien envió en secreto una carta a su enamorado, el cual, varias veces en retorno, le declaró sus sentimientos. Era bien lo que se llama un amor compartido. De suerte que, sin tener en adelante que responderse, amantes y amados, pronto quedaron profundamente prendados el uno del otro; aguardando una

ocasión para encontrarse, sufrían. Para ellos, el último día del año se pasó en una oscuridad para su amor semejante a las tinieblas de esa noche. El día siguiente fue el día de Año Nuevo, cuando se adorna la entrada colocando una rama de pino a cada lado; uno macho y otro hembra. Un vistazo al nuevo calendario les mostraba que el segundo día del año era propicio para reanudar las relaciones entre los dos sexos; sin embargo, no hallaban ninguna circunstancia favorable para verse. El día concluyó sin que hubieran logrado colocar lado a lado las almohadas de su unión. El siete se preparaba un plato con las siete yerbas primaverales para ser compartido con el ser amado, pero el día terminó sin ninguna novedad para ellos. Así fueron transcurriendo los días; y cuando llegó la noche en que se retiran los pinos de la entrada, o sea el catorce de enero, aunque los rumores de su ferviente pasión ya se habían propagado, ellos aún no habían logrado hacer el amor.

*Pensando en el amado, ni temor por los truenos se siente*

**E**L QUINCE del mes, caía la lluvia de primavera; sus gotitas, que se fijaban en las finas ramas de los sauces, parecían perlas en su hilo. A la medianoche, alguien que afirmaba venir de Yanaguijara tocó violentamente la puerta exterior del templo. Despiertos por el ruido, los *bonzos* supieron que lo había producido un mensajero despachado para anunciarles que el comerciante de arroz Yazaemon acababa de morir por la noche, a consecuencia de una larga enfermedad y que, como desde hacía un tiempo se esperaba este desenlace, habían decidido realizar los funerales esa noche misma. Siendo deber de los religiosos dicho

oficio, el prior reunió a todos sus bonzos y, sin esperar que el tiempo mejorase, todos partieron, cada quien protegiéndose con su paraguas. Detrás de ellos, no dejaron en el templo sino a una anciana con más de setenta años, encargada de la cocina, un joven novicio de once a doce años y un perro de color rojizo. Pero el ruido lúgubre del viento en los pinos quedaba allí también, con el retumbar de los truenos de enero. Todos estaban espantados. La anciana sacó el resto de los frijoles asados la noche del Año Nuevo y comió unos cuantos, según ella, para protegerse de los rayos; luego fue a refugiarse a un cuartito con doble techo. La madre de Oshichi, preocupada por el temor que debía sentir su hija, la había atraído hacia ella bajo la frazada de su lecho y la consolaba aconsejándole taparse las orejas cuando el estallido del trueno era demasiado violento. Oshichi, como les sucede a las mujeres, se hallaba totalmente aterrorizada. Sin embargo, eso no le impedía pensar que, si no aprovechaba de las circunstancias esa misma noche, no hallaría nada más propicio para un encuentro con Kichisaburo. Envalentonándose con este pensamiento, dijo: «No sé por qué la gente le teme tanto al trueno. Uno se muere y ya se acabó, no hay nada más que perder. ¡Yo no le tengo miedo alguno!». De suerte que sus mismas sirvientas criticaron ese inútil desafío, muy fuera de lugar en una mujer.

Siendo la noche avanzada, todos se habían acostado. El ruido de sus ronquidos competía con el de las gotas de lluvia que caían del tejadillo; la claridad indecisa de la luna se filtraba por los intersticios de las contraventanas. Todo reposaba. Fue entonces cuando Oshichi salió furtivamente de la sala de recepción. Temblando y sin saber dónde poner los pies, le pisó la cintura a alguien que, estirado a todo lo largo, dormía profundamente. Quedó tan espantada que sintió desvanecerse el alma, se le apretó el pecho de angustia, la

sangre se le subió a la cabeza e, incapaz de emitir una palabra de disculpa, no pudo sino juntar las manos para implorar que no sucediera nada. Pero, como no hubo protestas, quedó intrigada y, mirando con atención, vio que era Ume, la sirvienta que le cocía el arroz. Cuando iba a sobrepasarla para proseguir su camino, esta la retuvo, tirándole del borde inferior del traje. El corazón de Oshichi se puso a latir precipitadamente: ¿la muchacha quería, pues, detenerla? No era eso, pues Ume le tendió unas servilletas de papel de seda. Eso le dio gusto y se dijo: «¡Tal atención en un caso tan premioso! Esta muchacha es una experta en las cosas del amor». En seguida, fue a la alcoba del prior, pero se entristeció al no ver allí al joven. Entró en la cocina buscándolo, mas se dio con la anciana cocinera que se había despertado y regañaba: «Estos malditos ratones están metiendo ruido toda la noche». Era divertido verla refunfuñar a la vez que escondía con una mano las ollas y platos que contenían la comida de la noche anterior; champiñones cocidos en su jugo, frituras de pasta de harina de trigo (*aguefu*) y bolsas de harina de *arruruz*. De pronto, advirtió a Oshichi y le musitó palmeándole la espalda: «El joven señor Kichisaburo duerme con el novicio en aquel cuartito». La anciana comprendía las cosas del amor. «Merece algo mejor que trabajar en un templo», pensó Oshichi; encariñándose con ella, se desató el cinturón de color violeta jaspeado y se lo ofreció. Luego se dirigió al aposento que le había indicado la anciana. Debería ser entonces las dos de la madrugada, pues la campanilla de la *bandeja del incensario permanente* resonó durante unos instantes. Ya que era su tarea, el novicio se levantó a fin de suspender de nuevo el hilo al que estaba enganchada la campanilla y añadir incienso para llenar la bandeja. Como tardaba en dejar el sitio, Oshichi se puso inquieta. Impaciente por verlo volver a su lecho, imaginó

—astucia femenina— desordenarse la cabellera y salir súbitamente de la oscuridad mostrando un rostro espantoso, para aterrorizar al *boncito*. Pero éste, como muchacho verdaderamente compenetrado con la fe búdica, no pareció intimidarse en absoluto; la miró fijamente, con los ojos muy abiertos, y con tono autoritario le dijo: «Eres una mujer lasciva que se entrega a cualquier hombre. ¡Fuera de aquí! Pues bien, si quieres ser la mujer del prior espera a que regrese». Despechada al ver fracasado su plan, se le echó encima diciéndole: «¡He venido para abrazarte y acostarme contigo!». Pero el novicio le respondió riendo: «Se trata tal vez del señor Kichisaburo. Si es él, dormimos juntos, con las piernas entrelazadas y la prueba hela aquí». Levantó el borde inferior de su hábito, enguatado de algodón, el cual estaba penetrado del olor del crisantemo blanco del incienso. Bajo la influencia de ese perfume, Oshichi no pudo contenerse. Angustiada, se disponía a entrar al cuarto, cuando el novicio rompió a gritar: «Así, pues, ¡he aquí a la señorita Oshichi que la hace buena!». Entonces, aun más espantada, le dijo: «¡Todo lo que deseáis, os lo ofrezco, pero, os ruego, callaos!». A lo cual el otro respondió: «Será, pues, ochenta centavos, un juego de naipes de la casa Matsubaya y cinco dulces *yone-manyu* de Asakusa. Es todo lo que deseo tener por ahora». «Deseo fácil de satisfacer —le contestó—, mañana mismo los tendréis». El novicio se durmió tranquilamente y, medio en sueños, medio despierto, repetía la cabeza en la almohada: «Pasada la noche, recibiré de regalo esas tres cosas; con seguridad, las recibiré».

Una vez dormido el novicio, Oshichi estaba ahora libre de obrar a su antojo. Se acercó al lecho de Kichisaburo y sin decir palabra, se acostó a su lado abrazándolo fuertemente. El joven se despertó de su sueño y, temblando, trató de esconderse bajo la frazada. Ella le apartó las manos, y le dijo que

obrando así iba a echar a perder su peinado. Kichisaburo sin saber qué hacer balbuceó: «Apenas tengo dieciséis años». Oshichi: «Yo también». Kichisaburo insistió: «¡Le tengo miedo al superior!». Oshichi: «Yo también». El progreso de su primer amor sufría de una impaciencia refrenada. Ambos se pusieron en seguida a llorar, sin llegar a nada. Pronto el trueno que anunciaba el cese de la lluvia comenzó a retumbar reciamente. Oshichi: «¡Oh! ¡Qué miedo!», y abrazó con fuerza a Kichisaburo. Del modo más natural, un profundo sentimiento de amor los invadió: él la atrajo hacia sí diciéndole: «¡Qué fríos están vuestras manos y pies!». Ella, con tono de reproche: «¡Vos no me detestáis, ya que me habéis enviado ese género de cartas! Sin embargo, ¿quién ha dejado que mi cuerpo quede tan frío?». Y se aferró con más fuerza al pecho de Kichisaburo. Poco después, llegaron al fin a satisfacer su pasión. Estrechamente unidos luego, mojaron las mangas con sus lágrimas y se juraron, de por vida, mutuo amor.

Poco después, avecinándose la aurora, la campana del templo de Yanaka empezó a sonar precipitadamente; el viento matinal soplabla con violencia en los almacenes de Fukiague. Cuánto lamentaban tener que separarse y no poder seguir bajo las frazadas abrigando mutuamente sus cuerpos. «El mundo es vasto; ¿no habrá un lugar donde el día fuera la noche?». De esta guisa se atormentaban el espíritu anhelando lo imposible. Fue entonces cuando apareció la madre en busca de su hija; la arrastró, lanzando gritos de indignada sorpresa.

Presa de sentimientos semejantes a los del legendario galán Narijira, a quien, una noche de lluvia un ogro le arrebató de un bocado a su compañera, Kichisaburo, en el colmo de la estupefacción, se sentía desconsolado.

En cuanto al novicio, no había olvidado la palabra que le habían dado la noche pasada y se declaró presto a denunciar

lo sucedido, de no ofrecérsele las tres cosas prometidas. La madre volvió sobre sus pasos y le dijo: «No sé qué es lo que mi hija os ha prometido, pero sea lo que fuere, yo me encargaré de su cumplimiento».

Como conviene a una madre cuya hija es liviana, comprendía los hechos sin buscar mayor información. Más atenta aun que Oshichi, al siguiente día temprano, consiguió los naipes y los dulces y se los envió junto con los ochenta centavos.

### *Un albergue de amor en una noche nevada*

EN ESTE MUNDO donde la vigilancia no se debe relajar, hay ciertas cosas que es particularmente necesario no mostrarlas a un borracho, como el dinero que se lleva al viajar o el sable. Además, hay que cuidarse de no tener cerca de la hija a un *bonzo* depravado. Así los padres de Oshichi, después de haber dejado el templo, vigilaron severamente a su hija y cortaron toda relación entre ella y su enamorado. Pero, por la benevolencia de una criada, ambos pudieron escribirse a menudo y verter en sus cartas toda la pasión que se albergaba en sus corazones.

Cierto día, cuando el sol ya se ocultaba, un muchacho que parecía ser oriundo de un pueblo cercano a Itabashi pasó frente a la casa de Oshichi vendiendo en un cesto frutas y colas de caballo. Le pasaron la voz y le compraron algunas cosas. Pese a ser primavera, no cesaba de nevar; y como ya había oscurecido, el muchacho se lamentaba de la dificultad de volver a su casa. El amo se apiadó de él y, sin mayor reflexión, le dijo: «Acuéstate en un rincón de la cocina; una vez de día, vuelve a tu casa». Muy contento, el muchacho puso al lado las esteras que envolvían nabos y

raíces de bardanas. Se ocultó la cara con su sombrero cónico de hojas de bambú, se rodeó el cuerpo con el manto de paja que le ceñía la cintura y se dispuso a pasar la noche. Como el viento de la tempestad nocturna soplaba en su almohada y el suelo de la cocina estaba helado, su vida estuvo pronto a punto de peligrar. La respiración se le hacía cada vez más corta y los ojos se le velaban. Entonces, se oyó la voz de Oshichi: «El joven aldeano recién llegado es muy de lamentar; que al menos se le dé de tomar agua caliente». Ume, la cocinera, llenó con agua caliente un tazón usado por los domésticos y se lo pasó al sirviente Kiushichi, quien se lo llevó al muchacho. «Muchas gracias por vuestra bondad», le dijo este; Kiushichi, a favor de la oscuridad, le acarició los cabellos de la frente: «Si vivieras en Edo (Tokio) estarías justamente en edad de ser buscado para efebo. Lástima grande que no estés allá». El muchacho contestó: «He sido educado rústicamente. Corto leña y jalo los caballos que aran los arrozales. Es todo lo que sé hacer». Acariciándole los pies, Kiushichi observó: «Muy felizmente, no sufres de grietas. Voy a darte un besito». Al acercarle los labios, notó que, muy triste, desamparado, el muchacho apretaba los dientes y derramaba lágrimas. Kiushichi cambió de intención: «Mi aliento huele tal vez a ajo o cebolla», dijo; no pasó más allá, con gran alegría por parte del muchacho.

Luego fue la hora de acostarse. Los domésticos subieron al segundo piso por una tosca escalera. Las luces de las lámparas fueron reducidas y su brillo disminuyó. El amo de casa comprobó que los armarios estaban bien cerrados, mientras que su mujer recomendaba se prestase mucha atención al fuego. Además, preocupada por su hija, fue a cerrar con cuidado la puerta intermedia que daba acceso del fondo de la casa a la tienda, cortándoles, ¡ay!, toda vía hacia el amor.

Cuando sonó la campana anunciando las dos de la madrugada, llamaron a la puerta delantera; mientras, se dejaban oír voces repetidas de mujer y de hombre: «¡Señora!, ¡Señora!, Nuestra ama acaba de dar a luz. Como es un niño, el amo está sumamente dichoso». Toda la casa se levantó en tumulto. «¡Qué felicidad!», exclamaron marido y mujer, quienes inmediatamente dejaron el lecho para salir en compañía, llevando consigo el alga marina y la raíz de regaliz para purificar al bebé. En su prisa se calzaron las sandalias disparejas y salieron precipitadamente, después de haber encargado a Oshichi que cerrara la puerta exterior. Hecho esto, y a punto de entrar en la casa, esta se acordó con compasión del joven campesino llegado a la caída del día. Retuvo a la sirvienta que se retiraba con la vela y miró el rostro del muchacho. Al verlo dormido profundamente, lo halló aun más digno de piedad y, como la sirvienta le decía: «Tened a bien, pues, dejarlo dormir tranquilo», fingió no haberla oído y se acercó a él. Sintió la fragancia del perfume *kiobukio* que el joven llevaba en una bolsita pegada al cuerpo. Al quitarle el sombrero, percibió un perfil distinguido, de fisonomía serena, y cuyos mechones de cabello en las sienes no presentaban ningún desorden. Durante un momento, se quedó absorta en la contemplación de ese rostro seductor que le recordaba el de otro, de la misma edad. Introdujo la mano en la abertura de la manga; el vestido interior era de seda fina de color amarillo claro. ¡Extraño! Examinó al muchacho más detenidamente: ¡era Kichisaburo!

Poco le importaba ser oída: «¿Y cómo es que os veo aquí y bajo este aspecto?». Diciendo esto, lo apretó estrechamente en sus brazos llorando de emoción. Kichisaburo volvió el rostro hacia ella y se quedó un instante incapaz de hablar. Luego: «Si me he disfrazado así, es que deseaba veros, no fuera más que un momento. Comprenderéis la angustia



*Al quitarle el sombrero, percibió un perfil distinguido, de fisonomía serena, y cuyos mechones de cabello en las sienes no presentaban ningún desorden. Durante un momento, se quedó absorta en la contemplación de ese rostro seductor que le recordaba el de otro, de la misma edad. Introdujo la mano en la abertura de la manga; el vestido interior era de seda fina de color amarillo claro.*

que he experimentado esta noche». En tanto le contaba detalladamente, a partir del comienzo, cómo habían sucedido las cosas, ella le cogió la mano y le rogó que, en todo caso, entrara a la casa, a fin de poder enterarse de sus tormentos. Pero el frío de la noche le había dejado el cuerpo tan adolorido que desgraciadamente no se podía levantar. Oshichi y la sirvienta tuvieron que hacerle un asiento con los brazos para trasladarlo al dormitorio. Allí lo friccionaron lo mejor que pudieron y le dieron de tomar una que otra medicina. Al ver, momentos después, que en los labios de su enamorado se insinuaba una ligera sonrisa, Oshichi se puso contenta y le dijo: «Intercambiaremos, como es propio de los recién casados, unas copas de *sake* y pasaremos la noche hablando de nuestro amor». Oshichi hizo que Kichisaburo se escondiera detrás de un colgador de *kimono*, y luego, como si nada hubiera sucedido, le dijo a su padre: «¿Qué tal se encuentra la señora Ojatsu? ¿Tanto la madre como el recién nacido gozan de salud?». Él, muy contento, respondió: «Como es mi única sobrina, me hallaba algo inquieto. Ahora, al fin, siento un gran alivio». De excelente humor, se puso a examinar la ornamentación que convendría adoptar para el vestido del bebé. «¿Qué os parece —dijo— si escogemos los cuatro emblemas de la felicidad: grulla, tortuga, pino y bambú? Estos estarían enchapados de oro y plata». Oshichi y las sirvientas le preguntaron si no sería demasiado tarde y por lo tanto mejor reflexionar al respecto, con la cabeza fresca, al día siguiente. El padre protestó afirmando que, en este género de asuntos, lo más pronto sería lo mejor. Con gran contrariedad de su hija, helo aquí pues que pone sobre su almohada de madera unos fajos de servilletas de papel y que las recorta a fin de hacer modelos para esos adornos. Cuando al fin hubo terminado, se logró, por medio de toda suerte de lisonjas, que se fuera a acostar.

Ambos enamorados deseaban conversar. Pero, separados como estaban del cuarto vecino por un simple tabique corredizo, temieron que sus palabras se escucharan. Así, se valieron de papel y pincel bajo la luz de la lámpara y se dieron mutuo testimonio de sus sentimientos. El cariño y la ternura con que se trataban hacían pensar en una pareja de patos mandarines. Pasaron la noche en esta íntima y premiosa correspondencia. Tuvieron que separarse a la aurora, sin poder agotar las confidencias de su amor. Este mundo efímero es asimismo un mundo muy triste.

*Las flores de cerezo que ella contempla por última vez antes de dejar este mundo*

**B**IEN MISERABLE es el corazón de una mujer que, sumida de la mañana a la noche en la aflicción, no confía a nadie su quebranto. Oshichi no tenía ya ningún medio de volver a ver a Kichisaburo. Sin embargo, un cierto día, al crepúsculo, mientras soplabá un viento huracanado, se acordó del tumulto que antes había armado la gente al huir para refugiarse en el templo. Se dijo, que, si circunstancias semejantes podían renovarse, hallaría ocasión para ver de nuevo a Kichisaburo. Empujada así por un miserable deseo y por su deplorable destino, decidió cometer un crimen. Habiéndose elevado solo un poco de humo, resultó de ello un tumulto. La cosa pareció extraña; se quiso conocer el origen y es entonces que, en el lugar mismo, se les apareció el rostro de Oshichi. Interrogada, confesó exactamente, sin ocultar nada, todo lo que había sucedido; el asunto tuvo para ella una conclusión lamentable. Por castigo de su crimen, fue paseada a través de toda la ciudad. Un día, su vergüenza fue públicamente expuesta cerca del puente de Kuzure-

bashi en Kanda. Los siguientes días, la exhibieron también a los ojos de la muchedumbre en Yotsuya, Shiba, Asakusa y Nijon-bashi. De todos los que se habían congregado para ver su pasaje, ninguno, al verla, pudo librarse de un sentimiento de pena. Ciertamente de nada sirve obrar mal. El cielo no perdona las malas acciones. Pero como Oshichi ya tenía el corazón preparado, no se turbaba ni se desmejoraba. Cada día, como tiempo atrás, se hacía arreglar su negra cabellera y se ofrecía en toda su belleza. No existía nadie que no deplorara ver marchitarse esta flor en la primavera de su decimosexto año. Los cuclillos también parecían compartir ese sentimiento; el mes de abril había comenzado y por doquier se escuchaban sus tristes cantos. A Oshichi se la exhortó a prepararse para su fin próximo. Su corazón no dio señales de perturbación alguna. «La vida en este mundo no es más que sueños e ilusiones», declaró; dicho lo cual se entregó, con fervor que conmovía, a desear su arribo al país de Buda. Alguien le ofreció, con ocasión de su partida al otro mundo, una rama florida de cerezos tardíos. Oshichi fijó en ella su mirada y entonó este poema improvisado:

*Triste es este mundo  
Al soplo del viento primaveral,  
dejando un renombre,  
como las flores del cerezo tardío,  
he de caer.*

Al oír este adiós al mundo, la gente se afligió aun más y la acompañó al lugar del suplicio.

La vida humana es limitada. La suya se fue en el humo de Suzu-no-mori, cerca del barrio de Shinagawa, a la vera de un camino herboso, a la hora en que resonaba la campana, anuncio del fin del día. De todos modos, el destino de los

hombres es no poder evitar que su vida acabe en humo. Pero Oshichi tuvo particularmente un fin digno de piedad. Esto sucedió cierto día, y quien viera ese lugar, la mañana del día siguiente, no vería ni polvo ni cenizas. Solo quedaba el viento de los pinos de Suzu-no-mori. Pero los viajeros que se enteraron de la muerte de Oshichi no pasaban sin detenerse en el lugar de la ejecución a fin de ofrecer una plegaria por la salvación de la difunta. Además, la gente se esforzó en recoger hasta los más pequeños trozos del vestido de seda rayada que Oshichi había llevado el día de su muerte. Era un recuerdo que les serviría para contar la historia a través de varias generaciones.

Mientras, ciertas personas, que ni siquiera habían conocido a Oshichi, no dejaban de depositar, en ofrenda sobre su tumba, una rama de anís de la China, para rendirle el culto femenino cada siete días a partir de su muerte; decían cuán extraño era que aquel joven, tan íntimamente ligado a ella, no supiera su fin. Ahora bien, precisamente en esa época, Kichisaburo, que había caído enfermo a causa de su amor por ella, no estaba en sus plenos sentidos y parecía a punto de morir en cualquier momento. No se tenía gran esperanza de verlo recuperarse; hacía ya días que deliraba. Temerosos de que si se enteraba de la verdad no sobreviviría, le dijeron: «¡Qué sorpresas tiene la vida! Oshichi había preparado su corazón, estaba ya dispuesta a recibir con serenidad la muerte, pero ¡vaya suerte!, a último momento la han absuelto». Y para animarlo aun más le decían: «Oshichi debe de venir uno de estos días. Pronto podréis estar con ella todo el tiempo que queráis sin que nadie os fastidie». Entonces Kichisaburo quedaba reconfortado, ni siquiera pensaba en tomar la medicina que se le presentaba y respondía divagando: «Mi querida Oshichi, ¡cuánto la amo! ¿Todavía no viene? ¿Cuándo va a venir?».

Al llegar el trigésimo quinto día de la muerte de Oshichi, sin que Kichisaburo lo supiera y a escondidas, celebraron un oficio por el descanso de su alma. El cuadragésimo noveno día, los padres de Oshichi llegaron al templo trayendo pasteles de arroz para ser depositados como ofrenda en el altar búdico. Suplicaron a los *bonzos* que les permitieran entrevistarse con el enamorado de la difunta. Estos les informaron en qué estado se hallaba Kichisaburo y los disuadieron de su intención alegando que «sería mejor dejar tranquilo al joven y no aumentar su aflicción». Los padres convinieron en que, dada la nobleza de Kichisaburo, si supiera la muerte de su hija no querría sobrevivirla y que sería preferible ocultarle la verdad hasta el momento en que, fuera de peligro, los *bonzos* aceptarían consolarlo trasmitiéndole las últimas palabras que Oshichi le había destinado. Se resignaron, por esta vez, a colocar detrás de la tumba una tablilla *stupa* en memoria de su hija. Luego, llorando de tristeza, rociaron sobre la tumba el agua votiva que, al correr sobre la lápida, les hizo creer que eran las mismas lágrimas de Oshichi. Sin duda alguna, la vida es efímera, pero de todos modos es un crudelísimo dolor para los padres tener que sobrevivir a los hijos.

*En vista de las circunstancias, Kichisaburo entró súbitamente en religión*

NADA MÁS precario y más incierto que el destino, el cual se nos escapa. Si solo hubiera estado muerto, en adelante ya no habría para Kichisaburo ni pena ni amor. El centésimo día después de la muerte de Oshichi, dejó su lecho por primera vez y, apoyándose en un bastón de bambú se puso a dar tranquilamente un paseo en el patio del templo. Le llamó la atención un nuevo *stupa*; ¡si no quedara

sorprendido al leer lo que allí se hallaba escrito! «He aquí algo que ignoraba —se dijo—, pero es lo que la gente no querrá creer y esparcirá el rumor de que, por cobardía, no la he seguido en la muerte. ¡Es insoportable!». Repentinamente, se llevó la mano al sable que portaba en la cintura. Pero los *bonzos* que lo acompañaban pudieron sujetarlo a tiempo. Trataron de disuadirlo por toda suerte de razones. Le dijeron: «Si estimáis que debéis poner término a vuestra existencia, convendría no hacerlo sino después de haberos despedido de vuestro amado protector y haber obtenido el consentimiento del prior. De otro modo, tendremos tropiezos, ya que somos responsables ante aquel que os está ligado como protector y os ha confiado a este templo. No sabríamos cómo disculparnos ante él. Tened a bien, pues, tomar en consideración estas diversas circunstancias y no crearos, además, mala reputación». Comprendiendo lo razonable de esta exhortación, Kichisaburo renunció al suicidio, pero de todas maneras no tenía interés alguno en proseguir un largo trayecto en este mundo.

Fue a ver al prior y le comunicó su propósito. Este, bastante alarmado, le dijo: «Os tengo a mi lado debido a los ruegos de una persona que os tiene afecto. Ahora se halla en Matsumae y me ha hecho saber recientemente que, sin falta, vendrá aquí este otoño. Si, en el intervalo, os sucediera algo, quien estaría inmediatamente en dificultades sería yo. No dispongáis de vuestra persona sino después del retorno de vuestro amigo». Amonestado así, Kichisaburo, que recordaba la constante benevolencia que hasta entonces le había testimoniado el prior, le prometió no contravenir sus órdenes. Pero sus palabras no bastaron para calmar la inquietud de aquel: le confiscó todo instrumento cortante y le puso numerosos guardianes para vigilarlo. Kichisaburo no tuvo más remedio que retirarse al cuarto donde se hallaba habitualmente. Dijo entonces: «Cuánto siento ser objeto de censura

de los demás. Encontrándome aún en la condición de efebo y a pesar de haber jurado fidelidad a mi protector, no solo he cedido mi corazón a una mujer, sino que he ocasionado su infortunio. ¡Ay! ¡Qué aflicción para mí! ¡No hay nada que hacer, los dioses y los budas que protegen a los homosexuales me han abandonado!». Kichisaburo no pudo contener las lágrimas: «¿Qué le diré a mi protector? ¿Con qué cara lo voy a recibir? ¡Si pudiese morirme antes! Pero no sería vil cortarme la lengua o ahorcarme. ¡Por favor, prestadme un sable! ¿De qué me sirve seguir viviendo?».

Al escucharlo, la asistencia, profundamente conmovida, dejó así mismo mojar de lágrimas sus mangas.

Los padres de Oshichi se enteraron de estos acontecimientos y acudieron al templo. «Comprendemos muy bien vuestro dolor —le dijeron—; sin embargo, he aquí las recomendaciones reiteradas que Oshichi dejó para vos en sus últimos instantes: “Si el señor Kichisaburo me profesa un sincero amor, que tenga a bien abandonar este mundo de dolor y hacerse *bonzo*, no importa de la secta que fuere. Si ruega por la salvación futura de quien va tan tristemente a terminar, jamás sabré olvidar su bondad. El lazo conyugal dicen que también es válido para la próxima vida. Con vuestros rezos, dicho lazo ha de mantenerse firme y nuestro amor podrá perdurar”». De una y otra manera, trataron de hacerlo volver sobre sus propósitos, pero Kichisaburo no quería oír nada. Y cuando parecía que ya iba a cortarse la lengua con los dientes, la madre de Oshichi se le acercó y le murmuró al oído unas palabras. Quién sabe qué le habrá dicho, pero Kichisaburo accedió con un movimiento de la cabeza. «En ese caso...», dijo, y renunció a su tentativa.

Días después, el protector de Kichisaburo arribó al templo. Como sus argumentos fueron pertinentes, logró convencer al joven, quien decidió hacerse *bonzo*.

Al ponerse a cortarle el cabello, los bonzos experimentaron tal pena que no pudieron menos que arrojar a un lado la navaja. Cuando su cabellera se desperdigó, sintieron aquella tristeza que producen las flores de cerezo al ser esparcidas por una ráfaga de viento.

Kichisaburo prosiguió su existencia; pero a quien comparaba su vida con el fin mismo de Oshichi, su suerte le parecía aun más digna de piedad. Cuando su cabeza quedó completamente rasurada, tuvieron ante sus ojos el semblante de un *bonzo* de una deslumbrante belleza. No había nadie que no lamentase el destino de aquel joven que había tenido que abandonar la vida secular. De una manera general, la sinceridad en la fe es la marca de los que, por amor, entran en religión.

Se cuenta que el protector de Kichisaburo, una vez vuelto a Matsumae, su tierra natal, también decidió vestir el hábito negro de los *bonzos*.

Es esta, pues, la historia de los amores entre un hombre y una mujer. Un relato triste. El mundo es transitorio; la vida, un mero sueño, una ilusión.



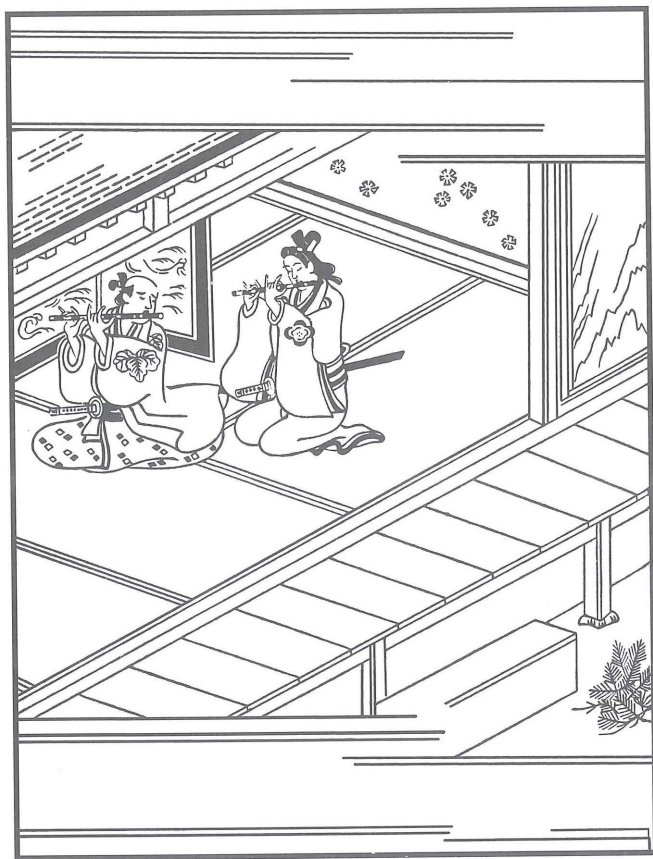
*HISTORIA*  
*DE*  
*OMAN Y GUENGOBEI*



## *El sonido de una flauta cesa con una nota triste*

**G**UENGOBEI, el personaje que hoy en día aparece en las canciones de moda, era de Kagoshima, provincia de Satsuma. En una región tan lejana, pocas veces se ha visto a un hombre tan atractivo. Llevaba, siguiendo el uso local, un peinado con la castaña caída hacia atrás y el moño corto a la manera actual. Su largo sable, de un tipo que salía de lo común, llamaba la atención, pero se le toleraba en esta provincia donde se aprecian las actitudes marciales. De la mañana a la noche, se entregaba a las voluptuosidades homosexuales, sin haber jamás conocido, por poco que fuera, el retozo con el sexo delicado de la larga cabellera. Tenía ya veintiséis años.

Desde hacía tiempo, profesaba un vivo afecto a un joven efebo llamado Nakamura Jachiyuro. Desde el comienzo, habían trabado fraternalmente íntima amistad, por la que habrían llegado hasta el mismo sacrificio de sus vidas. El muchacho era de una belleza sin par, solo comparable a las de las flores semiabiertas de los cerezos simples, acabados de florecer y que se diría quisieran hablar. En una triste noche lluviosa, ambos se hallaban dentro de un saloncito de la vivienda de Guengobei y tocaban a dúo una misma flauta travesa. Los sonidos, de una dulzura muy singular, exhalaban



*En una triste noche lluviosa, ambos se hallaban dentro de un saloncito de la vivienda de Guengobei y tocaban a dúo una misma flauta traversa. Los sonidos, de una dulzura muy singular, exhalaban una intensa melancolía. El viento nocturno entraba por las ventanas, trayendo consigo el perfume de las flores del ciruelo.*

una intensa melancolía. El viento nocturno entraba por las ventanas, trayendo consigo el perfume de las flores del ciruelo. El vestido del adolescente se impregnó de este aroma. Despiertos por el susurro de los bambúes, los pájaros revoloteaban espantados; su aleteo aumentaba la tristeza del momento. La llama de la lámpara por sí misma había disminuido. Los músicos habían cesado su concierto. Jachiyuro mostraba un semblante más afectuoso aun que de costumbre. Su actitud era la de una perfecta entrega. Al escuchar sus agradables expresiones, cada una de cuyas palabras contenía una viva pasión, Guengobei sentía acrecentársele una extrema ternura para con él y formulaba, a propósito de ello, un voto imposible de realizar en este mundo: verlo conservar para siempre inalterables sus bellas formas y sus cabellos delanteros de adolescente. Compartían el encantador desorden de la misma almohada. Insensiblemente, Guengobei se durmió hacia la aurora. Pero fue despertado por Jachiyuro quien, quejándose de dolores, le preguntó: «¿Pensáis pasar esta última noche durmiendo vanamente?». Aún dormido a medias, Guengobei no tenía clara conciencia de lo que oía, cuando su compañero prosiguió: «Esta es la última noche que podemos estar juntos. Decidme algo, a guisa de despedida». Esas palabras resonaron lúgubrementemente en los oídos de Guengobei quien, con ojos soñolientos, le dijo: «Aunque sea en broma, vuestras palabras me inquietan. Sabéis la desesperación que siento con solo no veros un día. Sois muy cruel si tratáis de hacerme sufrir diciendo que esta es la última noche». Se tomaron de la mano. Pero Jachiyuro, con leve sonrisa en los labios, dijo: «Triste es este mundo, incierta nuestra vida». No bien había acabado de pronunciar esas palabras, el pulso le cesó de latir. Su vida en este mundo había concluido.

«¿Es posible?», se preguntaba Guengobei estupefacto y, olvidando el carácter secreto de sus amores, se echó a llorar ruidosamente. A estos gritos, acudió la gente pero los medicamentos de toda suerte que le administraron de nada le sirvieron. Jachiyuro había expirado y ya nada se podía hacer. Se avisó a los padres, cuya aflicción fue extrema. Dijeron que Guengobei había tratado con cariño a Jachiyuro desde hacía muchos años y que no podían sospechar en absoluto de él en cuanto a la muerte súbita de su hijo. No les quedaba más remedio que resignarse. Se celebraron los funerales del difunto, cuyo cuerpo fue colocado tal cual en una gran tinaja que se enterró en un rincón bajo las tiernas yerbas.

Profundamente prosternado en el túmulo, Guengobei deploraba su duelo y se lamentaba. No le quedaba más que morir también él. En su desamparo, se le vino toda suerte de pensamientos; después de haber reflexionado bien, concluyó: «Fragil es la vida humana; pero, durante tres años al menos, voy a orar por el espíritu de Jachiyuro. Tres años después, en este mismo mes y día, sin falta he de volver aquí para acabar con mi vida».

Delante de la tumba, se cortó el moño y se dirigió inmediatamente al templo de Saienyi. Allí encontró al prior, a quien le contó toda su historia de comienzo a fin y, de todo corazón, se hizo religioso. Durante todo el retiro estival de los religiosos, diariamente cogía flores para las ofrendas y nunca dejó que el incienso se extinguiera. Rogando así por la salvación de Jachiyuro, los días pasaron como un sueño y vio llegar el otoño. En los setos, el dondiego de día comenzaba a florecer; pero aquellas flores se marchitaban en seguida haciéndole recordar la impermanencia de las cosas de este mundo. Al recuerdo del pasado caduco, estimaba que el rocío mismo que se deposita en las flores toma más tiempo en desvanecerse que la vida humana. Esa noche era aquella

en que se celebra a las almas de los muertos que retornan para visitar a los vivos. En el altar habían colocado una capa de tallos de alhucema sobre la cual se acomodaron pepinos, berenjenas y ramas secas de soya. Delante del altar, débilmente alumbrado por faroles cuadrados cubiertos de papel blanco, los monjes leían los *sutras* con animación. Era el catorce de julio. Los fuegos de agramizas encendidas, destinados a acoger a las almas de los difuntos, se extinguían en el crepúsculo. Por más alejado que ese templo estuviera de las cosas profanas, le era necesario también pagar sus deudas; se oía las voces de los comerciantes que venían a reclamar lo que se les adeudaba. Delante del portal del templo, resonaba el tambor ritmando las danzas de la Fiesta de los Muertos.

Aun en ese lugar, Guengobei experimentaba todavía el disgusto de este mundo vulgar, así que decidió cumplir, al menos una vez, el peregrinaje al monte Koyasan. Al día siguiente, que era el quince, dejó su tierra natal. Su vestido negro de *bonzo* estaba a la sazón descolorido, tantas lágrimas había derramado que las mangas se habían estropeado.

*Frágil es la vida de los pájaros; frágil también la del efebo que los captura*

**E**N LAS ALDEAS montañosas se hacían ya los preparativos de invierno. Antes de que empezara a nevar, almacenaban leña y colocaban una hilera de troncos alrededor de la casa para contener la nieve. Cerraban herméticamente las ventanas que dan al norte. Se oía, resonante, el ruido de los mazos abatanando telas. Al caminar por el campo, lejos de una aldea, Guengobei avistó a un muchacho que espiaba a los pajaritos, urgidos de posarse por la noche en un bosque cuyo follaje enrojecía el otoño. Este

muchacho podía tener quince o dieciséis años; con seguridad, aún no contaba diecisiete. Llevaba un vestido forrado, de color azul claro, que cerraba un cinturón violeta oscuro de mediana anchura en el cual se hallaba un sable con guarnición damasquinada de oro. La cabellera la tenía anudada descuidadamente por detrás, en un capote parecido al batidor de té *chasen*. Las opulentas formas de su cuerpo se parecían a las de una mujer.

Con una vara que sostenía por el medio, apuntaba a los pájaros que pasaban volando, pero, pese a los intentos mil veces reiterados, no acertaba a atrapar uno solo, y parecía desconcertado. Cautivado por el espectáculo, Guengobei miraba y se decía que, en verdad, se encuentran en este bajo mundo muy lindos muchachos y que éste, de edad igualmente aproximada a la del difunto Jachiyuro, lo superaba sin duda en belleza. Olvidándose del sentimiento religioso que había abrigado hasta hace unos momentos, se puso a contemplar al mozo hasta la caída del día. Finalmente, se le acercó y le dijo: «Por más sacerdote de la ley búdica que yo sea, tengo algún talento para capturar pájaros. Prestadme vuestra vara». A fin de que sus movimientos fueran más holgados, se desnudo medio pecho dejando libre uno de sus brazos, e interpeló de esta guisa a los pájaros: «¡Caten, caten, pájaros! ¿Cómo podéis afligiros de perder la vida cuando es por la mano de un bello muchacho? ¡No sois sino seres vulgares que nada entendéis del amor para con los efebos!». En unos instantes, atrapó un buen número. Se los ofreció al muchacho quien, gozoso en sumo grado, le preguntó: «¿Por qué razón habéis abandonado este mundo para convertirlos en *bonzo*?». Guengobei, entusiasmado, le contó toda su historia. El muchacho quedó tan profundamente conmovido que, con lágrimas en los ojos, le dijo: «Practicáis la ley búdica con un noble propósito. Admiro vuestros profundos

sentimientos. Os ruego pasar la noche en mi humilde casa». Guengobei se dejó llevar sin cumplidos.

En un espeso bosque se levantaba un magnífico edificio a manera de un palacio. Se oía el relincho de los caballos. Atravesaron una vasta sala ornada de armas y de equipos militares. El corredor exterior de esta daba a un pasadizo que los condujo hacia otro cuerpo de edificios, al lado del cual crecían con profusión pequeños bambúes de puntiagudas hojas. Al fondo, en una pajarera colocada en el mismo jardín, cantaban en todos los tonos faisanes blancos moteados de negro, palomos chinos y faisanes dorados. Un poco a la izquierda se levantaba un pabellón de dos pisos, desde cuya parte alta se tenía vista sobre los cuatro orientes. El cuarto estaba adornado con un estante de libros. Era el gabinete donde el muchacho estudiaba de ordinario. Este rogó a Guengobei que se sentara. Luego llamó a sus criados y les hizo saber que el *bonzo* peregrino era su maestro de estudios y que debían tratarlo con todo miramiento. Variados platos fueron servidos; llegada la noche, ambos se divirtieron conversando con dulce cordialidad. En un momento dado, acabaron por unirse y se amaron de todo corazón en una noche que valía por otras mil. A la aurora, el joven se mostró desolado por la separación, y le dijo a Guengobei: «Cuando hayáis cumplido en el Koyasan el peregrinaje que habéis proyectado, no dejéis de volver por acá en el viaje de regreso». Se hicieron la promesa de no dejar de verse y lloraron con igual y mutua aflicción.

Guengobei dejó el palacete sin ser visto. Luego, a través de un aldeano, se enteró de que la casa era del gobernador de aquella región. Volvió a sentir un inmenso cariño por aquel muchacho que lo había tratado con tanta bondad. Sus pasos eran lentos, pues lamentaba tener que alejarse del lugar. Recordaba al difunto Jachiyuro y luego solo se

ponía a pensar en el joven efebo. Ya no se preocupaba más de la vía del budismo, pero aun así llegó a Koyasan, la montaña sagrada fundada por el *bonzo* Kobo. No se detuvo más que un día en la posada para peregrinos de Minamitani y, sin hacer sus devociones en el santuario, retomó el camino de su pueblo. Volvió al lugar de su promesa; el muchacho vino a su encuentro bajo el mismo aspecto de antes y lo condujo a un aposento donde se contaron los diversos acontecimientos que se habían producido desde su separación. Fatigado por el viaje, Guengobei se durmió. Ya de día, el padre del muchacho se alarmó al encontrar en su casa a un *bonzo* desconocido. Ordenó que lo despertaran para interrogarlo. Guengobei quedó muy sorprendido al verse despertado bruscamente, y sin omitir ni agregar nada, le contó al padre las circunstancias que lo habían incitado a hacerse rapar la cabeza y cómo había conocido y vuelto a ver a su hijo la noche anterior. A estas palabras, el amo de casa dio una palmada: había comprendido. «Verdaderamente lo que me acabáis de contar es algo sorprendente —dijo—, aunque fuera mi hijo, estaba orgulloso de su belleza; pero su existencia fue efímera. Hace ya unos veinte días de su muerte. Hasta sus últimos instantes, no cesaba de reclamar: “¡El *bonzo*! ¡El *bonzo*!””. Tomaba yo esas palabras como efecto del delirio que le causaba la fiebre; ¡era de vos que se trataba!». El padre no cesaba de lamentarse. De resultas, Guengobei se aferró menos que nunca a la vida; quería abandonarla en el mismo sitio y en el acto. Pero la vida humana está hecha de tal modo que no se muere tan simplemente. En poco tiempo, había pasado por la aflicción de ver morir a dos jóvenes efebos y lamentaba tener que permanecer aun más tiempo en este mundo. Pensaba que aquella desgracia se debía a su desdichado destino, el cual seguramente era la consecuencia

de los oscuros comportamientos de su vida anterior. Triste y amargo era su destino.

*Dos bellos jóvenes como dos ramilletes de flores que se desvanecen en ambas manos*

**N**O HAY NADA más bajo y de sentimientos más someros que el ser humano. Quien observa a los hombres, ve que pierden a sus hijos en todo el encanto de la inocencia o que ven morir, aún joven, a su esposa que amaban de por vida. Cuando les sucede esa deplorable desgracia, quieren, en seguida, acabar ellos también con su vida; pero, en medio de sus lágrimas, se ve ya asomar la baja del deseo.

Seducidas por riquezas o arrastradas por locos pensamientos, ciertas esposas prestan oídos a un nuevo matrimonio mientras que su marido enfermo aún no ha exhalado su último suspiro. Apresuradamente aceptan casarse con el hermano menor del difunto o están ansiosas de que le escojan un marido adoptivo entre la parentela. Olvidadizas de la intimidad que las ligaba al difunto, le rinden el culto funerario por puro compromiso y sin fe alguna. Si depositan en el altar ofrendas de incienso y de flores, es solamente para no quedar mal ante los familiares y vecinos. Impacientemente esperan que haya pasado la ceremonia del trigésimo quinto día después del deceso para maquillarse en secreto. Pese a que lústranse la cabellera muy adecuadamente con aceite, la dejan de modo expreso sin peinar. Su ropa interior es de colores vistosos, pero las externas, simples y sin adornos. Esta discreción fingida es pura coquetería.

A veces, sienten la impermanencia de las cosas o se conmueven al escuchar algún relato referente a la fragilidad

de la vida y se ponen a decir: «Voy a cortarme el cabello y abandonar este mundo. Me retiraré a un templo del campo. Entonces, todas las mañanas podré al menos ofrecer, al altar de mi difunto esposo, las flores que recogeré cubiertas aún de rocío». Luego empiezan a desplegar en desorden vestidos bordados de oro y plata o teñidos en color gamuza. «Los ofrezco al templo —dicen— para que hagan baldaquines, banderas o manteles, pues ya no los uso más». Sin embargo, al mismo tiempo se preocupan al pensar que las mangas pequeñas de sus kimonos hayan quedado pasadas de moda.

En este mundo no hay nada más terrible que las mujeres. Ante quienes buscan disuadirlas de su propósito, es frecuente que derramen lágrimas fingidas, a fin de imponerse a ellos. Es por eso que no hay viuda alguna que se mantenga fiel a su difunto esposo. Siendo así las mujeres, con mayor razón no habría que censurar a un hombre que después de haber enviudado cuatro o cinco veces, vuelva a casarse con otra mujer.

Pero el *bonzo* Guengobei no mostró tanta infidelidad. Por haber tenido la desgracia de ver morir lastimosamente a dos jóvenes, experimentó un sentimiento de sincera devoción, que lo incitó a establecer una ermita en la falda de una montaña a fin de rogar únicamente por su salvación en el mundo futuro. Tenía, por añadidura, el sumo mérito de renunciar enteramente al amor sensual.

A la sazón, en el barrio de Jama-no-cho, en Kagoshima, vivía Oman, hija de un cierto comerciante dueño de la casa Riukiuya. A los dieciséis años, su belleza nativa tenía de qué volver envidiosa a la luna de la decimasexta noche. De amable corazón, se hallaba madura para el amor. No había muchacho que la mirase sin quedar prendado de ella. Desde la primavera del año precedente, se había enamorado de

Guengobei, quien se hallaba en toda su belleza viril. En secreto, le había enviado numerosas cartas a fin de revelarle el tormento de su corazón; pero éste, habiendo renunciado a las mujeres, jamás le envió la menor respuesta. Apenada por esta indiferencia, pasábase la vida pensando en él día y noche. Manifestaba, pues, gran aversión a las peticiones de mano. Simulaba caprichosamente estar enferma y profería palabras que la hacían odiosa. Se la tenía ciertamente por loca.

Ignoraba que Guengobei había entrado en religión. Cuando lo supo de alguien que hablaba del asunto ante ella, se dijo sin escuchar más: «¡Qué infortunio! Yo que me sentía dichosa de poder algún día aliviar mi corazón entregándome a sus brazos. ¡En vano todo! Le guardaré rencor por haberse hecho *bonzo*. Pero de todas maneras he de ir a verlo para expresarle mi resentimiento». En seguida, se dispuso a llevar a cabo su decisión. A hurtadillas, se cortó la cabellera como conviene, se rapó la cabeza por el medio y vistiendo las ropas masculinas, que sin duda había preparado de antemano, se disfrazó muy hábilmente de un perfecto efebo. Se puso, luego, en camino a escondidas. Impulsada por el amor, avanzó por los senderos montañosos, esparciendo la escarcha que cubría las hojas puntiagudas de los pequeños bambúes. Era el mes de octubre. La joven disfrazada de mozo prosiguió a lo lejos su camino y, tal como se lo había enseñado la gente, llegó a un bosque de cedros. En el fondo se erguían masas enormes de ásperas rocas; al oeste, una profunda caverna abría sus fauces como queriendo devorar a quien pasara por allí. Tres o cuatro troncos podridos y tambaleantes servían como puente sobre un precipicio. Abajo, las olas de una corriente rápida se quebraban contra las rocas. Horrorizada, Oman sentía que el alma también se le hacía añicos y se desvanecía como las espumas del río. A duras penas

llegó, finalmente, a un escaso terreno llano donde se levantaba una ermita. Del tejadillo, colgaba toda suerte de plantas trepadoras, de cuyas hojas caían gotas de agua. Parecía como si estuviera lloviendo en ese paraje.

Dando al sur, había una ventanilla. Oman se acercó y echó un vistazo al interior. Allí percibió un hornillo, como se ve en casa de gente rústica, en el cual quedaban agujas verdes de pino que no habían ardido. Aparte de dos tazas de té, no se veía ni siquiera una cuchara. «¡Qué pobreza! ¡Hacer su morada en semejante lugar ha de responder bien al sentimiento de Buda!», se dijo. Miró a los alrededores para comprobar con pena que el amo estaba ausente. A menos de interrogar a los pinos, ningún medio de saber acerca de su paradero. Decidió esperar su regreso. Pero, como por suerte la puerta podía abrirse, entró en la morada. Había un libro sobre el atril, lo cual le hizo pensar en el refinamiento del *bonzo*. Lo miró por curiosidad; era un volumen titulado *En espera de tu cuerpo*, donde estaban expuestos en detalle los principios fundamentales del amor por los efebos. «¡Así, pues, aun ahora no había renunciado a ese género de voluptuosidad!», se dijo.

Impaciente aguardaba el retorno de Guengobei. Pronto cayó el día y ya no pudo distinguir los caracteres. No sabía cómo prender la lámpara. Se sentía cada vez más triste, pero estaba dispuesta a pasar la noche allí enteramente sola. El amor le daba coraje para ello.

Debería ser ya medianoche cuando Guengobei volvió a la ermita abriéndose camino a la débil luz de una antorcha. Mientras que, llena de felicidad, Oman lo contemplaba, de una maleza de hojas secas salieron dos jóvenes de la misma edad, elegantes y distinguidos. Su belleza podría compararse con las flores del cerezo o las hojas del arce. Mientras uno se quejaba, el otro suspiraba, sosteniendo cada cual, con

obstinación de jóvenes efebos, sus pretensiones al amor del mismo amante. Uno era el amante y dos los pretendientes. Guengobei no sabía qué partido tomar, incapaz de darle a ninguno de ellos la preferencia. Oman sentía cierta lástima de verlo en tales aprietos, pero a la vez se decía: «¡Qué hombre más libertino!». Y notaba que en su corazón nacía cierto disgusto hacia aquel hombre. Sin embargo, su pasión era mucho más fuerte. No pudo permanecer más al margen de aquella disputa. Salió de su escondite: «Yo también os he de decir todo este amor que siento por vos». Al verla venir, ambos jóvenes, sorprendidos, desaparecieron instantáneamente. «¡Qué extraño!», pensó Oman, pero fue entonces cuando Guengobei la percibió y le preguntó asombrado: «¿Quién sois vos?». A lo cual Oman respondió en seguida: «Como lo veis, tengo alguna pretensión como efebo. Desde hace largo tiempo os conozco de nombre y he venido a veros arriesgando mi vida. Sin embargo, vos derrocháis vuestros afectos. Lo ignoraba y veo que es muy en vano que me haya prendado de vos. Mis esperanzas quedan decepcionadas».

A tales reproches, el *bonzo* respondió sacudiendo las manos en signo de perfecta comprensión. «Vuestras palabras me conmueven», le dijo, y ya se advertía que ciertos propósitos amorosos brotaban en su corazón. Prosiguió explicándole que los dos jóvenes habían dejado el mundo y que eran sus fantasmas los que se le habían aparecido. Le contó su historia desde su inicio, de tal modo que, derramando lágrimas con él, Oman le dijo: «Yo los sustituiré; pero tened a bien no abandonarme». Guengobei lloró de emoción, y diciendo: «Por más *bonzo* que sea, no puedo renunciar a la sodomía», empezaba ya a acariciar al efebo, sin saber que tal joven era de hecho una moza. Muy seguramente, hasta el mismo Buda le perdonaría su ignorancia.

*Dos voluptuosidades diferentes*

**C**UANDO ME hice monje —contó Guengobei—, formulé un voto a Buda de renunciar enteramente al amor de las mujeres, pero en aquella ocasión también le rogué que me permitiera lo que mi corazón ya no podía abandonar: mi pasión por los bellos mancebos. De tal manera que nadie puede hoy reprochármelo. Os ruego ahora a vos, que habéis tenido la bondad de venir a verme hasta aquí, que tengáis a bien no dejarme por un prolongado porvenir. Entonces se puso a holgar con ella. La singularidad de todo aquello le cosquillaba a Oman, quien para evitar la risa tuvo que pellizcarse los muslos. «Servíos escucharme y comprenderme bien —dijo ella—, porque amo el recuerdo de la persona que fuisteis antaño, y como ahora encuentro mayor encanto en vuestro aspecto de religioso, mi corazón arde de pasión por vos. He puesto vida y corazón en vuestras manos, por consiguiente vos también en el futuro, aparte de mí, tened a bien no pensar más en uniros con otros jóvenes. Tal vez no os agrade esta idea, pero desearía que jurarais por escrito no faltar a vuestra promesa. Y de una vez uniremos nuestras vidas eternamente como marido y mujer». Ante estas palabras, Guengobei, imprudentemente, puso por escrito su promesa. Luego dijo: «Si es por vos, nada importaría tener que volver a la vida laica». Pero su respiración ya se había tornado jadeante; introdujo las manos en la abertura de las mangas de Oman, a fin de acariciarle la piel. Divertido fue ver la cara de desconcierto que puso al notar que el muchacho no llevaba taparrabo.

Luego sacó de una cartera de servilletas algo que masticó para ablandar con la saliva y, como ella le preguntó qué hacía, se ruborizó y ocultó el objeto. Era sin duda lo que los

pederastas llaman *nerigui*, una especie de pasta de almidón. Más divertida aún, Oman libró sus mangas del brazo de Guengobei, y se echó boca abajo sobre el colchón. El religioso se quitó la vestimenta, que arrimó con el pie a un rincón, y se puso a emprenderla con su pareja. En este juego, en verdad, no hay hombre que no se excite. Empezó a desanudar por detrás el cinturón de mediana anchura de Oman, a la vez que tendía sobre ella una bata de algodón de anchas mangas, diciéndole: «Aquí no es como en la ciudad. El viento sopla fuerte. Hay que cubrirse bien». Luego le pasó el brazo por debajo de la cabeza, a modo de almohada. Aún no era hora de dormir, pero Guengobei ya no podía aguantar más. Temeroso y titubeante, comenzó a pasear la mano por la espalda de Oman. «Todavía no os han colocado *moxas*. Tenéis la piel suave, sin ninguna cicatriz». Y cuando aquella mano empezó a deslizarse suavemente por sus nalgas, Oman no supo qué hacer. En un momento que juzgó propicio, simuló quedarse dormida; el *bonzo*, impaciente, se puso a acariciarle las orejas para excitarla. Ella movió una pierna hacia el cuerpo del otro, quien se dio cuenta entonces de que el muchacho llevaba ropa interior femenina de color escarlata. Guengobei se quedó boquiabierto. No volvía de su sorpresa, pues cuando más miraba el rostro de su compañero, más le iba descubriendo una dulzura mujeril. Permaneció unos instantes desconcertado. Y cuando se disponía a levantarse, Oman lo retuvo diciéndole: «¿Habréis olvidado ya la promesa que me habéis hecho hace unos instantes? Jurasteis no abandonarme. Soy una muchacha. Me llamo Oman de la casa Riukiuya. El año pasado a menudo os he enviado cartas, pero vos habéis estado tan fríamente insensible que jamás me habéis contestado. Sin dejar de guardarnos rencor, no puedo sin embargo impedirme el quererlos, y es por eso que he venido a buscaros hasta aquí bajo este

disfraz. ¿Hallaréis detestable este hecho?». Ante una confesión de tan viva franqueza, el monje volvió a ser seducido con extremada facilidad. «¡En el amor no hay diferencia alguna entre hombres y mujeres!», exclamó; preso de una loca pasión, había caído en un deplorable desorden. Es bien propio del ser humano cambiar de idea constantemente. No solo Guengobei, sino todos los que por capricho han ingresado a la vida religiosa, son de fe voluble. Pero pensándolo bien, no podemos negar que en el cuerpo de las mujeres hay una sabrosa trampa o grieta que es muy difícil de salvar. Tal vez hasta el mismo Buda metería la pata.

### *Molesto es también poseer muchas riquezas*

**L**A CABELLERA vuelve a crecer en un año. Al dejar un vestido, se vuelve a ser lo que uno era antes. Guengobei retomó su nombre. En el ocio de la montaña, las flores de ciruelo, tal un calendario, le enseñaron el retorno de la primavera. Pero este año se abstuvo del ayuno de enero y volvió a Kagoshima al mes siguiente. Por intermedio de un viejo amigo, alquiló allí, cerca de la ciudad, una casita con el tejadillo de tablas, donde vivió secretamente. Sin ningún medio de existencia, fue a ver la casa de sus padres. Había pasado a otras manos. No se oía ya el ruido del martillito sobre el astil de la balanza, como en el tiempo en que allí se practicaba el comercio del cambista. Siguió adelante, disgustado al ver, colgada del tejadillo, la enseña de un negociante de *miso*, la pasta de soya fermentada. Se acercó a un desconocido que pasaba por allí y le preguntó: «¿Me podréis decir qué es del señor Guengoemon, que antaño vivía por acá?». El hombre le contó lo que había sabido de oídas: «Guengoemon al principio había prosperado y llevaba una

vida acomodada. Pero para su mala suerte tenía un hijo llamado Guengobei, de sin par belleza, aunque sin par asimismo para amar la voluptuosidad. En ocho años, este hijo había llegado a disipar unos mil kanme de plata de la fortuna paterna, lo cual arruinó a toda la familia, llevándola a la miseria. Dicen que el hijo, no teniendo con qué comer, se hizo *bonzo*. En verdad, en este mundo hay personas tan increíblemente necias como aquel sujeto. Me gustaría verle la cara a ese estúpido para después contárselo a todo el mundo». Sintiendo una terrible vergüenza, Guengobei inclinó aun más el sombrero que le cubría la cara y se alejó del lugar, regresando apresuradamente a su casa.

Llegada la noche, ninguna luz para alumbrarse; en la mañana, sin leña para la cocina. ¡Qué tristeza! Sin lugar a dudas, los placeres del amor son cosas que se disfrutaban cuando hay dinero. Por las noches, Oman y Guengobei colocaban lado a lado sus almohadas, pero carecían de ánimos para intercambiar dulces frases. Al día siguiente, el tres de marzo, se celebraba la Fiesta de las Niñas. Niños y niñas salían a repartir dulces de arroz, los *kusamochi*. Aquí y allá se organizaban peleas de gallos y toda suerte de diversiones; sin embargo, la vivienda de Guengobei permanecía triste. Tenían, sin duda, una bandera para las ofrendas a los dioses, pero no disponían ni siquiera de una sardina para depositarla en ella. Cogieron flores de duraznero que pusieron en un jarrito de sake vacío. Pasó ese día; el siguiente, que era el cuatro, les fue aun más aflictivo. Ambos se habían consultado sobre la elección de un medio de existencia, Guengobei resolvió utilizar los elementos de arte dramático que había aprendido en la capital al frecuentar los teatros. Se maquilló la cara y se pintó un bigote representando a un fornido galán *yakko* que, a causa de un amor, se había degradado. Era la viva efigie del actor Arashi San'emon. Pero, bien que,

para marcar el compás, cantara como éste «¡He aquí el *yakko!* ¡He aquí el *yakko!*», no acertaba a asentar convenientemente la cintura en su andar. Avanzaba clamando con voz ronca: «Guengobei ¿adónde vas, pues? ¡A la montaña de Satsuma! La vaina de mi sable vale tres centavos; el cordón que lo sostiene, vale dos. ¡Dentro, un pedazo mal cortado de madera de ciprés japonés...!»». Así se producía para diversión de los pequeños aldeanos. Por su parte, Oman hacía reír a la gente con cómicos ademanes. De esta guisa, llevaban una existencia precaria como la del rocío.

Se puede decir que aquellos en quienes el amor ha causado la ruina ya no tienen vergüenza ante los demás. Debilitados ambos por la miseria, habían perdido su hermoso aspecto de antes. Pero, como el mundo es insensible, nadie les manifestaba compasión. Su destino se parecía al de las flores de la glicina, que van marchitándose poco a poco. Lamentaban su miserable situación, a la vez que se sentían decepcionados por la indiferencia de sus amigos. Habían llegado a tal grado de indigencia que su vida parecía no poder alcanzar un mañana. Fue justamente en ese momento que los padres de Oman, que la habían estado buscando por doquier, lograron al fin dar con su paradero. Inmensa fue la alegría de los padres. «Bueno, por algo nuestra hija debe de haberse enamorado de ese muchacho. Vamos a casarlos y cederles la casa», dijeron, y enviaron a su encuentro un gran número de empleados que la trajeron consigo. Toda la casa estuvo feliz. Los dueños le entregaron a Guengobei las trescientas ochenta y tres llaves de la mansión.

Un día fasto fue escogido para la apertura de los almacenes de depósito. Se hallaron seiscientos cincuenta cofres de monedas de oro; cada cofre llevaba una marca con la indicación de que contenía «doscientas» piezas grandes de oro (*oban*). Encontraron también ochocientos cofres que encerraban

cada uno mil piezas pequeñas de oro (*koban*). Al lado, había una montaña de cajas cada una de ellas con casi cuarenta kilos de plata; las cajas estaban mohosas y las de abajo parecían no poder aguantar más tanto peso. En un rincón, se hallaban siete ollas repletas de nuevas piezas de oro (*ichibu-kin*); las tapas habían saltado y las monedas parecían a punto de desbordarse como un montón de arena, por lo que ya no daba ni ganas de tocarlas.

El almacén exterior reveló un amontonamiento de costosas piezas de brocado chino importadas al Japón en la antigüedad. Se encontraban también maderas preciosas como la madera aromática *kiara*, en pila, como leña para quemar; mil doscientas treinta y cinco piezas de coral, sin tacha, con un peso que variaba entre unos cuantos gramos y el medio kilo; un número incalculable de pieles de tiburón para guarnecer las empuñaduras de los sables; utensilios en porcelana verdeceledón; recipientes para guardar el té de aquel célebre estilo Asukagawa; todo esparcido en desorden, sin temor de verlo echarse a perder. Salazones de carne de sirena, cubetas de ágata; el mazo para pilar el arroz que aparece en el cuento taoísta *El sueño de Hantan*; el cofre del pescador Urashima Taro, que visitó el palacio de la princesa Otojime en las profundidades del mar; el bolso de Benzaiten, la diosa de la música; la navaja con la que se rasuraba su larga cabeza Fukurokuyu, el dios de la felicidad; la lanza del guardián del cielo Bishamonten; el cedazo del dios de la riqueza Daikoku; el registro de pequeños gastos del dios de los comerciantes Ebisu, etcétera. Verdaderamente, una infinidad de objetos cuya enumeración sería interminable. Allí se encontraban todos los tesoros del mundo.

Guengobei, frente a tanta riqueza, se sentía feliz, pero también desconcertado. Pensaba que, aunque rescatara para siempre a todas las cortesanas de primera clase de Edo

(Tokio), Kioto y Osaka, y financiara todos los espectáculos teatrales del país, derrochándolo a diestra y siniestra, no le sería posible acabar con aquel dineral durante el curso de su vida. Esa era su preocupación. ¿Cómo agotar aquella fortuna? Lo pensaba una y otra vez pero no hallaba solución. ¡Qué barbaridad!





Próximos títulos de la colección:

*Historia de la literatura coreana*

Cho Dongil et. al. (eds.)

*La Luna en el agua*

Selección y notas de Javier Sologuren

